

A black and white close-up photograph of an elderly woman, Jacqueline Harpman, with short, curly grey hair. She is looking slightly to the side with a gentle expression. Her hand is visible near her chin, wearing a ring. The background is out of focus.

**Jacqueline
Harpman**
**Yo que
nunca supe
de los
hombres**



Lectulandia

En un futuro cercano, en un planeta irreconocible, cuarenta mujeres son mantenidas en una jaula custodiada por silenciosos hombres uniformados. La más joven de ellas, la única que no recuerda cómo era el mundo antes de la catástrofe, narra este relato inquietante y se pregunta sobre lo que nos hace humanos. Mientras, va descubriendo las emociones esenciales: la nostalgia, el amor, la amistad y la muerte.

Los años pasan en esa cárcel subterránea hasta que un día los guardias desaparecen, y las mujeres consiguen salir al exterior. Entonces comenzará una errancia en busca de sentido por una tierra baldía, en un mundo sin pasado ni futuro.

Jacqueline Harpman (1929-2012) fue una novelista y psicoanalista belga de origen judío, cuya obra fue galardonada con el Premio Médicis y traducida a varios idiomas. Parte de su familia fue asesinada en Auschwitz, y la experiencia del antisemitismo que sufrió en carne propia inspiró el escenario postapocalíptico de esta novela inusual, que indaga sobre la dignidad y la dificultad de permanecer humanos frente al sufrimiento, en un relato conmovedor, fantástico y terrible.

Jacqueline Harpman

Yo que nunca supe de los hombres

ePub r1.0

Titivillus 24-09-2021

Título original: *Moi qui n'ai pas connu les hommes*
Jacqueline Harpman, 1995
Traducción: Alicia Martorell

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Denise Geilfus, por la amistad.

Ya casi no salgo, así que paso mucho tiempo en uno de los sillones, releendo libros. Hasta hace poco, no me había interesado por los prefacios, los autores suelen hablar de sí mismos, explicar por qué han escrito la obra en cuestión. Me parece sorprendente: resulta que en aquel mundo no estaba más clara la necesidad de transmitir los conocimientos adquiridos que en el mundo en que me ha tocado vivir. A menudo parecen sentir la necesidad de precisar que en su tarea no hay inmodestia alguna, que les han pedido que escriban, pero se lo han pensado mucho antes de aceptar. ¡Es muy curioso! Como si las personas no estuvieran ávidas por instruirse y hubiera que pedir disculpas por la osadía de querer transmitir conocimientos. O bien explican por qué consideran que es adecuado publicar una nueva traducción de Shakespeare, pues las anteriores, por muy loables que sean, presentan tal o cual imperfección. ¿Por qué traducir, si debía de ser muy sencillo aprender los diferentes idiomas y leer cualquier obra sin necesidad de intermediarios? Son cosas que me dejan perpleja. Está claro que soy muy ignorante: aparentemente, todavía sé menos de lo que creía. Hablan con agradecimiento de las personas que los formaron, les abrieron las puertas de tal o cual campo del conocimiento y, como no entiendo de qué están hablando, leo en general con cierta indiferencia. Sin embargo, ayer mis ojos se llenaron de lágrimas, pensé en Théa y me invadió una inmensa pena. La volvía a ver, sentada en el borde de un colchón, con las rodillas de lado, cosiendo pacientemente con su hilo de mala calidad, hecho con cabellos trenzados, que se rompía constantemente, parando de vez en cuando para mirarme, asombrada, a punto de descubrir mi ignorancia y enseñarme lo que sabía, desolada de que fuera tan poco. Sentí una congoja inmensa y me puse a sollozar. Nunca había llorado. Me dolía tanto el alma como el cáncer me duele en el vientre y yo, que ya no hablo porque nunca hay nadie que me escuche, me puse a llamarla, repetía ¡Théa! ¡Théa! Era incapaz de tolerar que no esté aquí, que dejara que la muerte se apoderase de ella, que la arrancase de mis torpes brazos, me reproché no haberla podido retener, no haber comprendido que no podía más, me dije que la había abandonado porque soy tan tiesa como lo he sido toda mi vida, como lo seré cuando muera sin poder estrecharla cálidamente, que mi corazón estúpido estaba congelado, que no me había dado cuenta de lo desesperada que estaba.

Nunca había estado tan angustiada, y eso que habría jurado que tal cosa nunca me pasaría. Había visto temblar, llorar, gritar a las mujeres, pero era ajena a su drama, testigo de movimientos que me parecían ininteligibles, silenciosa, incluso cuando hacía lo que me pedían para ayudarlas. Estábamos todas atrapadas en la misma tragedia, tan potente, tan total, que era insensible a lo que no viniera de ella, pero había acabado pensando que yo era diferente. Y allí, estremecida por los sollozos, no tuve más remedio que reconocer, muy tarde, demasiado tarde, que yo también había amado, que podía sufrir y que, a fin de cuentas, era humana.

Me parecía que ese dolor nunca se calmaría, que había tomado posesión de mí de una vez por todas, que me impediría definitivamente consagrarme a algo que no fuera ese dolor, y lo aceptaba. Creo que se refieren a algo así cuando hablan de estar devorada por los remordimientos. Ya no podría levantarme, ni siquiera prepararme la comida, y me dejaría morir lentamente, me causaba un placer oscuro imaginarme abandonada a la desesperación, y, de repente, el dolor físico volvió, tan brutal y agudo que me distrajo del dolor moral. Y yo, que forzosamente nunca me divierto, encontré divertida esta alternancia y, doblada en dos como estaba, me puse a reír.

Cuando el dolor remitió, me pregunté si me había reído ya alguna vez. Las mujeres reían con frecuencia y me pareció que a veces me había unido a ellas, pero no estaba segura. Ahí me di cuenta de que nunca pensaba en el pasado, vivía en un presente perpetuo, estaba olvidando mi historia. Al principio, me encogí de hombros, diciéndome que no sería una pérdida demasiado grande, ya que no me había pasado nada, pero pronto este pensamiento me inquietó. Después de todo, si era un ser humano, mi historia era tan importante como la del rey Lear o la del príncipe Hamlet, que ese William Shakespeare había descrito con tanto detalle. La decisión se tomó en mi interior casi sin darme cuenta: haría como él. Con el tiempo, había aprendido a leer con fluidez; escribir es mucho más difícil, pero nunca he retrocedido ante las dificultades. Tengo papel y lápices, quizá no tenga mucho tiempo y desde que ya no salgo de expedición no tengo ocupación alguna: decidí empezar inmediatamente. Fui a la despensa, saqué la carne que comería a mediodía y la puse a descongelar: así, cuando tuviera hambre, mi comida estaría lista rápidamente. Luego me instalé en la mesa grande y empecé a escribir.

En el momento en que escribo estas líneas, he terminado mi relato. Todo está en orden a mi alrededor y he llevado a cabo la última tarea que me había impuesto. Solo me ha llevado un mes, que quizá haya sido el más feliz de mi vida. No lo entiendo: después de todo, mis recuerdos se limitan a esa

existencia extraña que no me ha deparado demasiada felicidad. ¿Habrá en el trabajo de la memoria una satisfacción que se alimenta de sí misma y aquello que recordamos es menos importante que la actividad de recordar? Otra pregunta que también quedará sin respuesta: me parece que no soy más que eso, preguntas sin respuesta.

Por muy lejos que me remonte, solo veo el sótano. ¿Es eso lo que llaman recuerdos? Las escasas veces que las mujeres se animaron a relatar momentos de sus historias, no había más que anécdotas, idas y venidas, hombres: yo me tengo que limitar a llamar recuerdo al sentimiento de existir en un mismo lugar, con las mismas personas, haciendo las mismas cosas, que eran comer, evacuar y dormir. Durante mucho tiempo, los días fueron idénticos, luego me puse a pensar y todo cambió. Antes solo había una cosa: la repetición de gestos similares y el tiempo que parecía inmóvil, aunque me diera cuenta confusamente de que pasaba porque estaba creciendo. Mi memoria empieza con la ira.

Evidentemente, no puedo decir qué edad tenía. Las otras ya eran adultas cuando parecía que me iba a llegar la pubertad. Solo tuve los primeros signos: me salió vello en las axilas y en el pubis, mis senos se hincharon un poquito y ahí se quedó todo. Nunca tuve la regla. Las mujeres me dijeron que era una suerte, que no tendría que bregar con la sangre ni tomar precauciones para no manchar el colchón, escaparía a la tarea fastidiosa de lavar todos los meses esos harapos que llevaban entre los muslos como podían, es decir, apretando los músculos, ya que no tenían nada para sujetarlos, y no sufriría los dolores de vientre tan frecuentes entre las jóvenes. Pero no las creía: casi todas tenían la menstruación, ¿cómo puede ser una ventaja no tener lo que tienen todas las demás? Tuve la sensación de que me engañaban.

En aquella época, no me hacía preguntas sobre las cosas, ni se me ocurrió preguntarme para qué servía la regla. Quizá fuera de naturaleza silenciosa; en todo caso, no me alentaban las respuestas que recibían mis escasas preguntas. En general, las mujeres suspiraban, apartaban la vista y me respondían «¿de qué te servirá saberlo?», lo que me hacía sentir que las molestaba o las entristecía. Como no tenía ni idea, no insistía. Hasta mucho tiempo después, Théa no me explicó lo que era la regla. También me dijo que ninguna de las mujeres tenía mucha instrucción, eran obreras, mecanógrafas o vendedoras, palabras que en mi cabeza nunca llegaron a adquirir un sentido preciso, y que no estaban mucho más informadas que yo. No obstante, hasta que lo supe, me pareció que me daban la información de mala gana. Lo viví como una ofensa. Théa me dijo que me equivocaba del todo y trató de explicarme las razones de

que se comportaran así: volveré más adelante, si me acuerdo, pero en ese momento del que quiero hablar estaba furiosa, me sentía menospreciada, como si hubiera sido incapaz de comprender las respuestas a mis preguntas (que tampoco eran muy numerosas), y decidí no prestar atención a las mujeres.

Estaba todo el rato de mal humor, pero no lo sabía, porque no conocía los términos que designan los estados anímicos. Las mujeres iban y venían dedicándose a las escasas ocupaciones de la vida cotidiana y nunca me pedían que participase. Me acucillaba y miraba todo lo que hubiera que ver. Cuando lo pienso, no era casi nada. Estaban sentadas y charlaban o bien, dos veces al día, preparaban la comida. Poco a poco, mi atención se centró en los guardias que recorrían constantemente el pasillo exterior. Siempre iban de tres en tres, separados por solo unos pasos, observándonos, y en general hacíamos como si ignorásemos su presencia, pero me estaba volviendo curiosa. Me di cuenta de que uno de ellos era diferente: más alto, más delgado y, tardé un poco en comprenderlo, más joven. Eso me interesó mucho. En sus periodos de buen humor, las mujeres hablaban de los hombres, del amor, se reían como locas y se burlaban de mí cuando les preguntaba qué tenía aquello de divertido. Recopilé todo lo que sabía: los besos en la boca, los abrazos, poner ojitos, roces con el pie, que no entendía en absoluto, y luego venía el séptimo cielo, pero como no había visto ningún cielo, ni el primero ni los otros, tampoco perdí mucho tiempo en ello. Y también las quejas sobre la brutalidad, me hace daño, no se preocupan de las mujeres, las preñan y se marchan diciendo «¿cómo puedo saber que es mío?». A veces declaraban que no habían perdido nada, otras veces se ponían a llorar. Yo estaba destinada a seguir siendo virgen. Un día, reuní todo mi valor para superar mi ira y pregunté a Dorothée, la menos desagradable de las viejas.

—¡Pobre pequeña!

Y, tras unos suspiros, llegó la respuesta habitual:

—¿Y para qué quieres saberlo, si nunca te pasará?

—Me serviría para saberlo —dije rabiosa, desvelando la razón de mi obstinación.

Ella no entendía que alguien quisiera saber algo sin utilidad alguna y no pude sacarle nada. Ya que, indudablemente, moriría intacta, al menos quería tener satisfacción mental. ¿Por qué se obstinaban todas en no decir nada? Intentaba consolarme diciéndome que era un secreto a voces y que ninguna lo controlaba en realidad. ¿Me lo negaban para darle importancia, para que pareciera algo admirable que estaban creando con su silencio para una chica

que no sabía nada y que las miraría como si fueran las depositarias de un tesoro? ¿Acaso no me mantenían en la ignorancia solo para fingir que no estaban absolutamente privadas de todo? A veces decían que era por pudor, pero yo veía claramente que entre ellas no había pudor alguno, susurraban, soltaban risitas, eran indecentes. Yo no haría nunca el amor, ellas ya no lo volverían a hacer: quizá estábamos en igualdad de condiciones y ellas intentaban consolarse despojándome de todo lo que estaba a su alcance quitarme.

A menudo, por la noche, pensaba en el más joven de los guardias. Utilizaba lo poco que había podido adivinar: en otra vida, se habría sentado junto a mí, me habría invitado a bailar, me habría dicho su nombre, yo le habría dicho el mío, porque habría tenido uno, habríamos hablado y, si nos hubiéramos gustado, habríamos paseado de la mano. Quizá no me habría parecido interesante: era el único de nuestros seis carceleros que no estaba viejo y gastado, así que mi indulgencia podía deberse a que no había conocido a ningún otro joven. Intentaba imaginar nuestra conversación, en aquellos tiempos que no conocí: ¿seguirá haciendo bueno mañana? ¿Has visto los gatitos que han nacido en casa de la vecina? Dicen que la tía se va de viaje... Pero nunca había visto gatitos y no podía hacerme una idea de qué era el buen tiempo, lo que acortaba mi ensueño. Entonces pensaba en los besos, me imaginaba con toda la precisión posible la boca del guardia, que era bastante grande, con los labios bien dibujados, apenas hinchados. Las bocas demasiado hinchadas que veía en algunas mujeres no me gustaban. Me imaginaba acercando mis labios a los suyos: sin duda, necesitaba más información, pues en mi interior no pasaba nada especial.

Una noche la cosa cambió. En lugar de dormirme de aburrimiento intentando imaginarme un beso que nunca llegaría, me acordé de que las mujeres habían hablado de interrogatorios, asombradas de que no los hubiera habido. Monté una fantasía sobre lo poco que habían dicho: me imaginaba que llegaban buscando a una mujer y se la llevaban gritando aterrorizada. A veces no la volvíamos a ver, otras veces la dejaban tirada por la mañana, cubierta de quemaduras, herida, gimiendo, y no siempre sobrevivía. Pensaba: «Ah, si hubiera interrogatorios, vendría a buscarme, abandonaría la sala en la que vivo desde siempre, me arrastraría por pasillos desconocidos y pasaría algo por fin».

Mi mente iba a toda velocidad: el chico que me empujaba con aires decididos parecía concentrado en su tarea, pero tras dar la vuelta a la esquina, cuando nadie nos podía ver, se detenía, se volvía hacia mí, me sonreía y

decía: «No temas nada». Y luego me tomaba en sus brazos. Allí me atravesó algo inmenso, un éxtasis tan desmesurado que parecía más grande que yo misma, una luz inaudita explotó en mi cuerpo, me quedé sin aliento... y lo volví a recuperar enseguida, porque fue algo desesperadamente breve.

Después de aquello mi alma cambió. No volví a intentar que las mujeres me dijeran sus secretos, yo ya tenía uno. Como el éxtasis resultó difícil de obtener, tuve que contarme historias cada vez más largas y complicadas y, con gran dolor de mi corazón, nunca lo logré dos veces seguidas, aunque hubiera querido que eso durase horas. Aspiraba a que esa sensación me recorriese de forma ininterrumpida, noche y día deliciosamente acunada, acariciada como la hierba rala de la llanura por un viento suave que duraba días enteros, algo que no pude ver hasta mucho tiempo después.

A partir de ese momento, me consagré al trabajo de reproducir aquel éxtasis. Tenía que inventar circunstancias extraordinarias, en las que estábamos solos o, al menos, aislados de las demás, frente a frente, para que, tras muchos tormentos, tuviera la divina sorpresa de sentir cómo sus brazos me rodeaban. Mi imaginación se desarrolló. Estaba obligada a entrenarla con mucha disciplina, pues, después de haber intentado varias veces representarme el gesto delicioso que me había llevado al cielo, sin lograr éxtasis alguno, me di cuenta de que no podía recorrer dos veces el mismo relato, la sorpresa era indispensable. La dificultad era muy grande, porque era a un tiempo inventora del relato, narradora y la oyente que necesitaba el impacto del asombro. Lo raro es haber podido superar tantos obstáculos. A qué velocidad debía viajar mi mente para que me sorprendiera la idea que llegaba, de modo que me anegara la conmoción. La primera vez, cuando tuve la idea del interrogatorio, ni siquiera me había contado historias, no sabía que una cosa así fuera posible, estaba completamente atrapada en el juego, maravillada por una actividad tan nueva y por el relato mismo. Luego, enseguida me volví adicta, una experta del relato, aprendí a detectar si empezaba mal, si corría hacia un callejón sin salida, incluso a retomar los hechos para modificar más adecuadamente su curso. Llegué a construir personajes recurrentes, que se modificaban poco a poco y se hacían muy familiares. Estaba muy contenta con ellos. Solo ahora, leyendo los libros, he empezado a ver que eran bastante someros.

Tenía que crear historias cada vez más complicadas, en mi interior, algo sabía lo que esperaba de ellas, y levantaba obstáculos: debía encontrar la forma de que me pillaran desprevenida. A veces tuve que prolongar el relato durante varias horas para despistar a mi público interior, hasta que olvidaba

desconfiar, se dejaba atrapar por el placer de escuchar, se divertía y bajaba la guardia. Entonces llegaba el instante admirable, la mirada del muchacho, su mano en mi hombro y el éxtasis de todo mi ser. Luego podía dormir. Quizá al interrumpir la historia estaba decepcionando a un público interior que prefería el relato a la emoción y se afanaba en demorarlo, tanto que me habría privado de placer para prolongar el suyo. A veces, incluso, intentaba negociar: estoy cansada, quisiera dormir, por favor, que venga el éxtasis, mañana continuaré. Pero no servía de nada, no se dejaba engañar.

Las mujeres se dieron cuenta de que había cambiado. Me observaron un tiempo, siempre estaba sentada, con las rodillas dobladas, la barbilla sobre los brazos cruzados y supongo que mis ojos estaban vacíos. No me di cuenta, porque ya no me ocupaba de ellas en absoluto, así que fue una sorpresa cuando Annabelle me empezó a hacer preguntas.

—¿Qué haces?

—Estoy pensando —dije.

Eso la dejó perpleja. Se detuvo un momento, esperando a que añadiera algo más, luego fue a transmitir a las otras mi respuesta. Hablaron un rato y Annabelle volvió.

—¿En qué?

Tuve un acceso de ira.

—Cuando os preguntaba cómo es el amor no me quisisteis contestar, ¿por qué os diría lo que hago en mi cabeza? ¡Os podéis quedar con vuestros secretos, si os apetece, pero no contéis con que os diga los míos!

Frunció el ceño y se reunió con las otras. Aquella vez su charla duró mucho. Nunca las había visto antes hablar tanto tiempo y con tanta seriedad; en general, a los diez minutos les daba la risa floja. Era como si hubiera hecho nacer algo nuevo en sus mentes. Fue otra la que se levantó y se acercó a mí, la más anciana y la más respetada, Dorothée, que no me caía mal ni a mí. Se sentó y me miró con insistencia. Me resultaba muy molesto, pues interrumpía en un momento muy prometedor el relato que duraba desde hacía mucho tiempo: me iban a encerrar sola en una celda y había escuchado algunas frases a propósito del relevo, quizá el guardia joven hiciera el turno de noche. No podía seguir delante de esta anciana que me miraba sin decir nada. Como mucho, podía intentar no perder el hilo de la situación: estaba sola, jadeando, asustada, oía voces y ruidos de armas en el pasillo. No sabía qué estaba pasando, tenía miedo en ese ambiente de urgencia y agitación. Intenté conservar la escena congelada en mi cabeza mientras examinaba a Dorothée, que me examinaba a mí, me decía que, si el éxtasis no llegaba pronto, estaría

obligada a darle un sentido a la situación, y a saber con qué acontecimiento imprevisto podía remontar el universo inmóvil en el que vivíamos, mujeres encerradas desde hace tantos años que habían perdido la cuenta del tiempo.

—Parece que tienes secretos —dijo por fin Dorothee.

No contesté, porque no era realmente una pregunta. Comprendía que intentaba desestabilizarme con el peso de su mirada y su silencio. Sin duda, antes, cuando todavía no había encontrado el mundo interior en el que me distraía, cuando todavía era curiosa y dócil, me habría sentido intimidada, hubiera dado vueltas pensando qué falta habría cometido que me valiera tal examen y hubiera temido el castigo, pero ahora sabía que estaba fuera de su alcance: los castigos solo consistían en apartarme, excluirme de las conversaciones fútiles y vaporosas sobre nada en absoluto, y yo no deseaba otra cosa para poder continuar en paz mi búsqueda secreta.

Como no reaccionaba, frunció el ceño.

—Te he hablado. Tienes que contestarme por educación.

—No tengo nada que contestar. Le han dicho que tenía secretos. Ahora me lo comunica a mí. Vale. ¿Qué más?

—Los quiero conocer.

Me eché a reír y fui la primera sorprendida. Me habían acostumbrado a respetar la voluntad de las mujeres, especialmente de las más mayores, que estaban dotadas de autoridad, pero todo había cambiado, porque ya no veía en qué se basaba esa autoridad. De pronto descubrí que no tenían ningún poder. Estábamos todas encerradas en el mismo lugar, sin saber por qué, custodiadas por carceleros que, bien por desprecio, bien obedeciendo órdenes, no nos dirigían la palabra a ninguna de nosotras. Nunca entraban en la jaula. Iban de tres en tres, salvo en el momento del relevo, cuando veíamos seis de golpe, y no hablaban entre ellos. A la hora de la comida, una de las hojas de la puerta grande se abría, un hombre empujaba un carro por el espacio que separaba la jaula del muro y otro abría una pequeña trampilla en la reja, por donde pasaba la comida. No contestaban a ninguna pregunta y hacía mucho tiempo que no les preguntábamos nada. Las mujeres viejas eran tan impotentes como las jóvenes. Se habían arrogado algún tipo de poder imaginario, un poder sobre nada, un acuerdo tácito que creaba una jerarquía sin significado, pues no había ningún privilegio que nos pudieran conceder o negar. En realidad, estábamos en absoluto pie de igualdad.

Me quedé inmóvil durante unos segundos, tomando conciencia de estas evidencias familiares que de repente se convertían en revelaciones pasmosas, mirando fijamente a Dorothee. Me acordé de lo que me había dicho.

—Los quiere conocer, pero todo lo que puede hacer es ponerme al corriente de su voluntad.

Observé con interés su forma de recibir mis palabras: en primer lugar, cuando vio que empezaba a contestar, pareció satisfecha, debió de pensar que obedecía por fin. Luego escuchó, comprendió el sentido de mis palabras, pero era tan sorprendente que pensó que no lo había entendido.

—¿Qué quieres decir?

—Piense en ello —le dije—. Exactamente lo que he dicho.

—¡No has dicho nada!

—He dicho que no diré nada sobre los secretos. Ha dicho que quiere conocerlos, no es nada nuevo, ya lo sabía. Piensa que es suficiente con decirme que los quiere conocer para que se los cuente.

Era su posición.

—Así es como deben ocurrir las cosas —afirmó.

—¿Por qué?

Se quedó desconcertada. Vi que no estaba pensando en mi pregunta, de lo asombrada que estaba de que hubiera podido hacerla. Era la heredera de una tradición de la que yo no formaba parte: cuando una mujer mayor le hace una pregunta a otra más joven, la más joven responde. Era una verdad indudable, pero yo, que había crecido en el sótano, no tenía razones para someterme a ella. Tras un momento, preguntó:

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué tendría que contestar? ¿Por qué le parece tan evidente?

Asomó una duda en sus ojos. Intentaba pensar, pero no tenía costumbre de hacerlo, fue como si la ganase el vértigo y se aferró a la primera idea que pasaba:

—Eres una insolente —dijo, aliviada como si hubiera encontrado un sentido a las palabras incomprensibles que yo había pronunciado, segura de que sería suficiente con volver a las formas habituales, a las convenciones, a los lugares comunes.

—Es usted una estúpida —contesté, como embriagada por mis nuevas certidumbres— y esta conversación es absurda. Cree que tiene poder, pero está aquí como todas nosotras, reducida a recibir su ración de comida de manos enemigas, incapacitada para castigarme si me rebelo. Ellos no permiten más autoridad que la suya, no podría ni pegarme ni privarme de nada. ¿Por qué voy a obedecer?

Esta vez, fue evidente que no entendía nada. Creo que hubiera preferido quedarse sorda. Rezongó, se agitó un poco y luego mandó venir con un gesto

a dos mujeres más jóvenes que la ayudaron a levantarse, algo que manifiestamente no necesitaba, y volvió a su lugar habitual, en el otro extremo de la jaula. La miraron intensamente sin atreverse a preguntar. Cerró los ojos para que creyeran que estaba reflexionando y se durmió.

—Es porque es vieja —dijeron las más jóvenes—, estas pruebas son excesivas para una mujer de su edad.

Volvieron a su charloteo y yo a mi historia. Me encontré de nuevo en la celda oscura en la que me habían aislado. No estaba herida, los guardianes eran muy precisos para someter sin golpear. Estaba acurrucada en un rincón, aterrorizada, y mi postura humillante me chocó: acurrucada, temblorosa, ¿era algo propio de alguien que acababa de enfrentarse con una de las mujeres más respetadas de la jaula, mirándola a los ojos y diciendo que era una estúpida? La había dejado sin palabras. Me recorrió un escalofrío delicioso y fue, creo, mi primer placer intelectual. En mi celda imaginaria, ahora tenía que levantarme y sonreír, tenía que hacerles frente. Me resultaba difícil concentrarme en la historia, el pequeño combate que acababa de vivir me había gustado y quería pensar en ello, pero eso no me traería el éxtasis, ya que el joven guardia no formaba parte de la historia, así que apelé a mi disciplina interior para volver a mi universo personal.

Si las mujeres hubieran sido prudentes, habrían dejado las cosas así. Podíamos seguir fingiendo que no pasaba nada sin exponernos a una batalla desigual. Comprendí que era tan fuerte como ellas y que no entregar un secreto, que está al alcance de todo el mundo mientras no se recurra a la tortura, hace creer que el secreto es infinitamente precioso. Sus conocimientos a propósito del amor me habían parecido lo más deseable porque me los negaban. Ahora me burlaba de su mezquindad, me decía que en otros tiempos habría tomado lo que quería de cualquier muchacho y que, al preguntárselo a las mujeres, les otorgaba unas prerrogativas que nunca habían tenido y que solo se debían a mi ignorancia. En cambio, ahora que se había excitado su curiosidad, conocían a su vez la exclusión y el despecho. Yo había encontrado el éxtasis para consolarme, ellas se quedarían agitadas, impotentes, royendo su despecho como único alimento. Comenzaron a vigilarme.

¿Vigilarme? Éramos cuarenta viviendo en esta gran sala subterránea en la que nadie podía ocultarse. A intervalos de cinco metros, las columnas sostenían la bóveda, una reja separaba de las paredes la parte en donde vivíamos, dejando en los cuatro laterales un pasillo amplio para las perpetuas idas y venidas de los guardias. Nadie podía escapar a las miradas y estábamos acostumbradas a satisfacer nuestras necesidades naturales delante de las

demás. Al principio (me lo contaron, mis recuerdos no llegaban tan lejos), las mujeres se sentían muy incómodas, formaron una especie de barrera para aislar a la que estaba defecando, pero los guardias lo prohibieron, nadie podía quedar fuera del alcance de su mirada. A mí me parecía muy natural sentarme tranquilamente en el inodoro y continuar la conversación donde la había dejado, las pocas veces que conversaba. Las viejas rezongaban con furia, hablaban de indignidad y de verse reducidas a un estado animal. Si todo lo que nos separa de los animales es poder esconderse para defecar, la condición humana no parece ser gran cosa, pensaba. Nunca discutía con las mujeres, en realidad ya entonces me parecían estúpidas, pero no me había preocupado por decirlo con tanta claridad.

Cuando lo pienso, ahora, ¡menuda niña impertinente era! Orgullosa de haber inventado una diversión que me parecía extraordinaria, me veía haciendo frente a una jauría que me perseguía, cuando todas éramos igualmente prisioneras e impotentes. Quizá, aislada por mi edad y por las limitaciones que nos imponían, sentía necesidad, como las otras, de inventarme una ilusión para refugiar en ella mi desesperación. No lo sé. Desde que no puedo andar, pienso mucho, pero sin diálogo me parece que mis reflexiones entran en una espiral inútil. Por eso es interesante escribir mis pensamientos: cuando me vienen por segunda vez, los reconozco y no los repito.

Cuando Dorothée se despertó y se encontró con fuerzas para contar nuestra conversación, no reveló que la había llamado estúpida, pero por mucho que intentara conservar su prestigio, no sabía nada de mi secreto y no lo pudo ocultar.

—¡Un secreto! ¡Un secreto! ¿Con qué derecho guarda un secreto en la situación en que nos encontramos?

Théa, que era la más inteligente, comprendió enseguida que lo que importaba no era el contenido mismo del secreto, sino que se pudiera alardear de un secreto viviendo constantemente ante los ojos de las demás, y que te creyeran. Las mujeres encontraron esa explicación muy complicada, apartaron a Théa con un gesto irritado y exigieron que alguien me arrancara el secreto.

—Hay que forzarla. Obligarla.

—¿Y cómo lo harás?

Colette, la más tonta y la más excitada, se plantó frente a mí y me instó a hablar con un tono amenazador.

—¡Si no, ya te puedes preparar!

—¿Preparar para qué? —dije soltando una carcajada.

Hizo un gesto violento, estaba claro que pensaba darme una bofetada. Era tan evidente que los guardias, que nunca nos perdían de vista, se percataron al mismo tiempo que yo y escuchamos el chasquido del látigo. Sabíamos que los golpes no iban contra nosotras, que el látigo solo chasqueaba en el vacío de la galería que nos rodeaba, pero este ruido siempre nos daba miedo y Colette dio un respingo. Ninguna de las mujeres tenía el recuerdo preciso de haber sido golpeada, pero, Théa me lo comentó más tarde, quizá ocurriera en el periodo oscuro, cuando empezó el encierro, porque se había quedado grabado en nuestras memorias un temor muy profundo. Nunca nadie desobedecía al látigo y las mujeres a veces describían las marcas de sangre que dejaba en la piel desnuda, el dolor ardiente que duraba días y días. El hecho es que varias mujeres tenían largas cicatrices blancas. Colette, aterrorizada, retrocedió. Yo le sonreí con dureza. Estaba dudando entre el deseo de burlarme de ellas en silencio, convirtiendo a los guardianes en mis aliados, y el de explicarles su estupidez y su impotencia, cuando Théa intervino. Se acercó a Colette, quien temblaba de ira y de miedo, y le dijo que se apartara.

—Ven. No sirve de nada —dijo con una voz muy dulce.

Colette se estremeció con todo su cuerpo, creí que se iba a arrojar en los brazos de Théa, pero sabíamos que teníamos prohibido tocarnos y agachó la cabeza.

—Ven —repitió Théa.

Y se marcharon las dos juntas. Yo me senté de nuevo, con la cabeza sobre las rodillas, contenta de que por fin me dejaran en paz, y me di cuenta de que no podía volver a meterme en la historia. Me había puesto nerviosa y ya no tenía ganas de quedarme sentada, no podía recuperar la concentración. Me levanté, me uní a las mujeres, que preparaban verduras para hervir, y me ofrecí a ayudarlas, pero estaba muy torpe y las ponía nerviosas.

—¡Vete a jugar! —dijo una de ellas.

—¿Con quién?

Era la más joven, la única que todavía era una niña cuando nos encerraron. Las mujeres siempre pensaron que estaba allí por error, que durante el gran tumulto me quedé en el lugar equivocado y ese error nunca se corrigió: cuando cerraron las rejas fue para no abrirlas nunca más. A veces decían que se habían perdido las llaves y que, aunque quisieran, ya no nos podrían liberar. Creo que era una broma, pero solo me acuerdo ahora y es demasiado tarde para saberlo con certeza.

Aline, la mujer que me había dicho que me fuera a jugar, parecía turbada. Me miró con tristeza, quizá le daba lástima y no aprobaba la obstinación por arrancarme mi secreto.

—Es cierto. Pobre pequeña. Estás sola.

Parecía conmovida, lo que calmó un poco mi ira. Las mujeres no solían ser muy amables conmigo. Supongo que en aquella época me reprochaban que estuviera viva cuando no sabían qué había pasado con sus hijas. Quizá la terrible catástrofe en la que estábamos inmersas podía explicar su actitud: ninguna se preocupaba jamás de mí ni hacía el más mínimo gesto para tranquilizarme. Aunque quizá eso no fuera posible. Mi madre no estaba con nosotras, no sabíamos qué había pasado con las demás, pensábamos que todas estaban muertas. En aquel entonces, ahondé en mis recuerdos, me pareció verlas balanceándose y gimiendo, lloraban, y ninguna volvía los ojos hacia mí, que tiritaba de terror y las detestaba. Me pareció injusto y luego comprendí que, sola y atemorizada, la ira era mi único recurso contra el terror.

Me aparté de Aline y me senté de nuevo, con las rodillas dobladas, pero no logré recuperar mi ensueño. Me aburría. Al no tener entretenimiento alguno, me puse a observarlas. Aquel día nos habían llevado puerros y cordero, toscamente troceado. Mientras limpiaban las verduras discutían con pasión sobre la forma en que las prepararían. Nunca prestaba demasiada atención a lo que comía, que para mí no era ni bueno ni malo, salvo si todavía tenía hambre cuando me terminaba el plato, lo que no era muy frecuente, pues no tenía demasiado apetito, pero al mirarlas hablar me quedé asombrada: parecía, al escucharlas, que podían elegir entre distintas recetas, varias salsas, cuando en realidad solo tenían tres ollas grandes y agua, solo podían poner las verduras a hervir. Nos las comeríamos a mediodía y por la noche haríamos sopa con el caldo. A veces, por la tarde nos mandaban algo más de comida, unos kilos de pasta, o patatas, aunque no era muy frecuente. Nada que se hubiera podido prestar a elaboraciones complicadas. Era evidentemente su forma de contarse historias, hacían lo que podían. Decían (lo había escuchado alguna vez, pero sin prestar atención) que el sabor de una sopa no es el mismo si se pone en primer lugar la carne o las verduras, que también se podían hervir los ingredientes por separado, cortar los puerros en juliana o en trozos grandes, dejar que el agua se fuera evaporando para darle un sabor más fuerte. Charlaban agitadas. Era la primera vez que las escuchaba con atención, me asombró la abundancia de sus palabras, la emoción que ponían para repetir diez veces lo mismo de forma diferente, para no entender que, a fin de

cuentas, no tenían nada que decirse desde hacía una eternidad, pero los seres humanos tienen que hablar, porque si no pierden su humanidad, eso lo he comprendido estos últimos años. Y, poco a poco, empezaron a darme lástima, esas mujeres aferrándose a la vida, fingiendo que actuaban, que tomaban decisiones en la prisión en la que estaban definitivamente encerradas, de la que solo saldrían al morir (¿retirarían los cadáveres?) y donde ni siquiera se podrían matar.

De repente, me encontré reflexionando sobre nuestra situación. Hasta ese momento, la había soportado sin pensar, como si fuera un estado natural. ¿Acaso nos preguntamos por qué tenemos sueño por la noche y hambre al despertar? Sabía, como las demás, que una de las cosas prohibidas era el suicidio. Al principio, algunas de las más desesperadas o más activas habían probado con el cuchillo y la cuerda, lo que nos había hecho comprender hasta qué punto los guardianes nos vigilaban estrechamente, pues el látigo había chasqueado inmediatamente. Eran tiradores excelentes, con gran puntería, incluso de lejos, cortando los cinturones con los que pretendían hacer cuerdas, arrancando el cuchillo sin filo de las manos que lo sujetaban. Nos querían con vida, lo que hizo creer a las mujeres que querían utilizarlas de alguna forma, que había un proyecto. Se imaginaron todo tipo de cosas, pero no pasó nada. Nos alimentaban sin excesos, de modo que las más gruesas adelgazaron, aunque sin pasar realmente hambre. Debíamos preparar la comida en grandes ollas y, cuando las verduras estaban peladas, devolver los dos cuchillos, que cortaban muy mal. De vez en cuando nos mandaban unos metros de tela que nos permitían hacer ropa, con un corte rudimentario, pues no teníamos tijeras, había que desgarrar la tela con precisión. Escribía hace un momento que no pasaba nada, pero eso no es del todo cierto: la llegada de la tela provocaba una gran excitación. Sabíamos qué vestido estaba desgastado más allá de toda posibilidad de arreglo, cuál se podía salvar y ahí empezaban los grandes cálculos, intentando sacar todo el partido posible al algodón nuevo. Había que tener también en cuenta la cantidad de hilo que nos daban, porque a veces nos encontrábamos con retales sin nada para coserlos. Un día, a Dorothée se le ocurrió coser con pelo, se acordaba de que, en un pasado muy remoto, lo habían usado para bordar. Anna y Laurette eran las que tenían el pelo más largo, así que lo usaron para las primeras pruebas. Fue un fracaso, el pelo se rompía. Luego, a alguien se le ocurrió trenzarlo, pero tampoco obtuvimos resultados: las costuras no aguantaban, aunque siempre se podían rehacer. Los guardias no nos daban compresas ni papel de váter y las mujeres se quejaban mucho por ello. Yo no tenía recuerdos de ninguna de esas dos cosas y me las

arreglaba muy bien con agua corriente, que nunca escaseaba y, gracias a mi amenorrea, no tenía que recoger la sangre. Se guardaban hasta los retales más pequeños, porque servían para la regla. Luego se lavaban con agua clara, porque recibíamos muy poco jabón, negro y líquido, y lo reservábamos para la higiene personal.

Esta ausencia casi completa de actividad física nos dejaba sin fuerza, así que nos obligábamos a hacer todos los días un poco de gimnasia, que era lo más aburrido del mundo, pero incluso yo lo aceptaba, porque entendía que era necesario. Una o dos veces, una mujer se puso enferma: llegó un termómetro con las provisiones y el látigo hacía entender que debíamos tomarle la temperatura. Si tenía fiebre, llegaban medicamentos. Al parecer, nuestra salud era especialmente buena, pero con la comida, la luz y la calefacción constante debíamos costarle caro a alguien o a algo y no sabíamos por qué se tomaban tantas molestias. En la vida de antes, las mujeres trabajaban, tenían hijos, se podía hacer el amor con ellas, sé que era una actividad muy cotizada. ¿Para qué servíamos aquí?

Mis reflexiones me asombraban. De repente, el secreto que me negaban y el que no quería entregar me parecieron de poco valor comparados con el que cargaban los guardianes: ¿qué hacíamos aquí y por qué nos mantenían con vida?

Me acerqué a Théa, que siempre había sido la menos desagradable conmigo. Me sonrió.

—¿Qué pasa? ¿Vienes a decirme tu secreto?

Me encogí de hombros, molesta.

—No seas tan estúpida como las demás. Míralas. Hacen como si todavía estuvieran dirigiendo algo en sus vidas, pero solo toman grandes decisiones sobre el orden en que van a hervir las verduras. ¿Qué hacemos aquí?

Théa tomó un aire distante.

—¿Qué quieres decir?

—¡¿Tampoco podemos hablar de esto?! Os pasáis el día intentando convenceros de que sabéis cosas y os aprovecháis de mi ignorancia sobre una sola cosa para refregarme vuestra superioridad. Nadie conoce los motivos por los que nos vigilan con tanta atención y vosotras tenéis miedo de pensar en ello.

—No hables en plural.

—Entonces, singularízate. Responde con tu propio pensamiento. Si es que lo tienes.

No nos podemos abofetear, pero si hablamos tranquilamente, sin que la expresión de nuestro rostro traicione la violencia, podemos intercambiar palabras hirientes.

—¿Y de qué sirve hablar? Eso no cambiará nada.

—¡Eso es una estupidez! Como si hablar solo sirviera para que pasaran cosas. Hablar es existir. Mira: lo saben tan bien que hablan durante horas sin decir nada.

—¿Y hablar nos servirá para conocer las razones de que nos mantengan aquí? Tú no sabes más que yo ni que ninguna de nosotras.

—No, pero sabría lo que piensas, tú sabrías lo que pienso yo, quizá de ahí naciera una nueva idea y además tendríamos la impresión de comportarnos como seres humanos y no como autómatas a los que dan cuerda.

Dejó el trozo de tela que estaba cosiendo con pelo trenzado y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Es eso lo que haces cuando estás sentada, sola y con los ojos cerrados? ¿Reflexionas sobre nosotras?

—Hago lo que me apetece, no intentes arrancarme confidencias, no soy una boba distraída a la que se puede pillar por sorpresa.

Se rio:

—¡Habrías sido muy brillante! ¡Habrías tenido un gran destino!

—Ya no tenemos destino. Lo único que podemos hacer es entretenernos charlando.

—Te burlas de la discusión sobre las verduras, pero lo que me propones es la misma repetición inútil.

Me puse a reír. Era muy divertido tener una interlocutora tan inteligente como yo.

—Ese tema me gusta más. ¿Sabemos por qué nos han encerrado?

—No.

—¿Y dónde está el resto de la gente?

—Ni siquiera sabemos si hay más. Como estamos aquí y nos mantienen con vida, pensamos que debe de haber más gente que vive en algún sitio, pero nada lo demuestra y, si fuera así, nadie sabe a qué se debe. No hay el menor indicio. Aquí solo tienen adultas, seguro que tú estás aquí por error. Al principio (bueno, no al principio, porque hay un periodo que nadie recuerda con claridad, pero a partir del momento en que las cosas se organizan en nuestras memorias), le dábamos vueltas a todo. Te hubieran podido matar, pero no matan, o sacarte de aquí, mandarte a otro sitio, si hubiera otras prisiones parecidas a esta, pero tu llegada hubiera sido una pista y la única

cosa de la que estamos seguras es que no quieren que sepamos nada. Acabamos suponiendo que te dejaron aquí porque hubiéramos podido analizar cualquier decisión y la falta de decisión representa lo único que quieren que sepamos, y es que no debemos saber nada.

Ninguna de las mujeres me había hablado tanto rato. Me parecía que me estaba brindando todo lo que poseía, eso me provocó un vértigo ligero que no era desagradable. Era como un leve eco de mi éxtasis y me prometí ver qué partido le podría sacar en mis historias.

—¿Y nada más?

—Nada.

Suspiró, volvió a la costura, la inspeccionó maquinalmente.

—Y nunca sabremos más. Moriremos una tras otra a medida que nos alcance la vejez. Dorothée será sin duda la primera, no tiene el corazón muy fuerte. Parece que tiene más de setenta años. Yo no debo de tener ni siquiera cuarenta. Sin las estaciones es muy difícil llevar la cuenta del tiempo. Y tú serás la última.

Me miró mucho rato, sin decir nada. Como había ejercitado mucho mi imaginación, adivinaba sus pensamientos: un día me quedaría sola, en la gran sala gris. Por la mañana, un guardia me traería comida, que cocinaría en el hornillo, comería, dormiría y me moriría sola, sin haber comprendido nuestro destino ni por qué nos lo habían infligido. El terror me dejó congelada.

—¿Y no se puede hacer nada?

—No hay una sola de nosotras que no haya pensado en matarse, pero los tenemos encima. No podemos intentar ahorcarnos, llegan antes de que terminemos de formar una soga con un trozo de tela retorcido y lo atemos a la reja. Marie, que está allí sentada hablando con Dorothée, intentó dejarse morir de hambre: la persiguieron con el látigo y la acosaron hasta que renunció. Ya has visto los cuchillos que nos dan: no cortan nada, apenas sirven para raspar las zanahorias y está prohibido intentar afilarlos. Una vez, hace mucho, Alice, una de las mujeres más desesperadas, consiguió que otra la estrangulase. Fue de noche, cuando bajaban la luz. Pensábamos que los guardias caminaban como autómatas fiándose de nuestra inmovilidad, pero seguían vigilándonos atentamente, tan atentamente que se dieron cuenta y chasquearon los látigos.

—Nunca nos tocan.

—Antes lo hacían, hubo heridas, que curaban muy lentamente. No sabemos por qué dejaron de hacerlo. Las rebeliones son inútiles. Tenemos que esperar a que llegue la muerte.

Se puso a coser de nuevo. Unía los trozos más desgastados de un vestido para hacer algo que no recuerdo. Cuando lo pienso, me digo que los retales eran casi un exceso: hacía calor en el sótano y habríamos podido vivir sin ropa. Vuelvo a ver las dos letrinas, en el centro de la sala, donde, como éramos cuarenta, había casi siempre una mujer sentada haciendo sus necesidades y me cuesta creer que estuvieran pensando en nuestro pudor al permitir que nos tapáramos. Observaba a Théa y me vino a la cabeza que, como era la última, algún día tendría que aprender a coser. A menos que, a medida que iban muriendo las mujeres, me fueran dejando su ropa y, heredera de sus harapos, tuviera con qué vestirme hasta el final.

Estaba triste. Siempre había detestado a mis compañeras de prisión por lo indiferentes que se mostraban conmigo y nunca me preocupé por ellas. Cuando llegamos, estaban vencidas por la desesperación y el miedo, yo me quedé aislada, una niña aterrorizada entre mujeres que lloraban sin parar. Al morir, me dejarían sola de nuevo. Me invadió la ira. Así que habían reflexionado sobre nuestra situación, se habían hecho preguntas, pero me habían dejado al margen. Théa era la primera que se tomaba el trabajo de hablar conmigo. La conversación me había interesado, me gustaba escuchar lo que decía, reflexionar, como si durante años no me hubiera tenido tan apartada como las demás.

—¿Por qué hablas conmigo ahora?

Pareció extrañada.

—Has sido tú la que has venido a hablar conmigo —dijo—. Siempre estás sola, como si no quisieras mezclarte con nosotras.

Iba a decirle que siempre se callaban cuando me acercaba, pero de repente me sentí muy muy cansada. Quizá no estaba acostumbrada a conversar tanto tiempo. Me vio bostezar.

—Pronto bajarán la luz. Vamos a prepararnos para dormir. Mañana seguiremos hablando.

Naturalmente, no me pude dormir. Quería volver a la historia que Annabelle había interrumpido cuando el joven guardia estaba a punto de irrumpir en mi celda, pero no me podía concentrar. En general, cuando me contaba historias, me volvía insensible a lo que pasaba a mi alrededor, pero aquella noche todo captaba mi atención: las idas y venidas de las mujeres que colocaban los colchones, sus susurros, la llegada progresiva del silencio. Pensaba en los años, en la pena, en los esposos perdidos, en los niños que no habían vuelto a ver, en mi madre, ya que a la fuerza había tenido una. No la recordaba, solo sabía que tenía que haber existido alguien a quien llamaba

mamá, que no estaba en esta cárcel. ¿Habría muerto? Iba reuniendo lo poco que había escuchado sobre la catástrofe, bastaban pocas palabras: gritos, empujones, la noche y un miedo creciente. Creían que se habían desmayado, quizá varias veces, y que todo había ocurrido muy deprisa, pero al pensarlo me dije que la explicación no era suficiente. Éramos cuarenta, sin ningún vínculo, mientras que antes cada una de nosotras tenía familia, padres, hermanos, hermanas, amigos: solo una selección meticulosa podía haber reunido a personas sin conexión entre ellas. Es lo que Théa me confirmó al día siguiente.

—Date cuenta del trabajo que representa: se las han arreglado para que ninguna de nosotras conozca a las demás. Nos han recogido en todos los rincones del país, de varios países, incluso, cuidando de que el azar no reuniese a dos primas o amigas separadas por las circunstancias.

—¿Por qué? ¿Qué buscan?

—Casi nos volvemos locas a fuerza de preguntárnoslo. Tú eras muy pequeña, no podías entender nada, y además estabas en el suelo hecha un ovillo. Ni siquiera contestabas cuando te hablaban.

—No me acuerdo de eso.

—Creímos que nunca te recuperarías. Como teníamos prohibido tocarnos, ninguna podía tomarte en brazos, intentar tranquilizarte, ni siquiera obligarte a comer. Pensamos que te ibas a morir, pero muy lentamente empezaste a moverte de nuevo. Te empezaste a acercar a la comida, aceptaste algunos bocados. Así que nos acostumbramos a no hablar nunca de nuestros escasos recuerdos delante de ti, pensábamos que te haría daño. Y, poco a poco, dejamos de hablar de ello entre nosotras. No nos aportaba nada. Las mismas preguntas, durante años, de la misma forma, se acaban desgastando.

—¿Y vivís así, en compañía de las verduras, sin perspectivas?

—Sí: la muerte —dijo secamente—. No nos podemos suicidar, pero moriremos lo mismo. Solo habrá que esperar.

Nunca había pensado con tanta claridad en nuestra situación. En mis historias siempre pasaban cosas: en mi vida no pasaría nada. Comprendí que ella tenía razón y que los secretos del amor no eran asunto mío. Quizá habían jugado a saber algo más que yo porque, sobre lo esencial, no sabían nada. Sospechaba que los hombres no están hechos como las mujeres, pero no importaba, ya que nunca me iba a acercar a un hombre... Son las mujeres de otra historia las que necesitan prepararse para su boda, me dije.

Me pareció que el día había sido muy corto, lo que atribuí a la intensidad de mi reflexión. Cuando bajaba la luz, había que extender los cuarenta

colchones para acostarse. No había mucho sitio, casi se tocaban, y todas las mañanas los colocábamos en pilas de tres o cuatro con el fin de podernos mover y sentarnos. Me tumbé e intenté volver a mi historia, pero era incapaz. Tenía la cabeza vacía y una especie de gran dolor en el pecho.

—Cierra los ojos —dijo mi vecina—, que no vean que no duermes.

—¿Por qué?

Era Francine, una de las mujeres más jóvenes, una de las que nunca se habían burlado de mí.

—¿Es que no te das cuenta de nada? Vives con nosotras como si hubieras bajado de la luna. No permiten que no durmamos, si no tenemos los ojos cerrados, nos llaman a la reja y nos obligan a tomar pastillas.

—¿Nos llaman? ¡Pero si nunca nos hablan!

—¡Oh, hablan con el látigo!

Comprendí lo que quería decir. Era raro que una mujer desobedeciera, pero en ese caso el látigo chasqueaba hasta que hiciera lo que le mandaban. Eran incansables y su habilidad era perfecta, podían hacerlo chasquear veinte veces seguidas junto a una oreja, si una mujer se resistía, y siempre había otra que cedía. Cuando Alice, a quien habían obligado a comer, se quiso ahorcar haciendo una soga con su vestido, los nervios de Clotilde habían fallado y se había arrojado sobre el nudo para deshacerlo y detener la atroz amenaza de muerte, siempre prometida, nunca dada. Cerré los ojos.

—¿Qué te impide dormir? —preguntó Francine.

—¿Cómo consigues dormir?

No dijo nada. Fuertes sollozos me cerraban la garganta.

—¿Y podemos llorar? ¿Sin pastillas?

—No. Es mejor que te aguantas.

Entonces me ocurrió algo muy extraño. Me entraron ganas de acurrucarme en sus brazos y fue tan brusco, tan inesperado, que me embargó. Me lancé contra ella antes de darme cuenta de lo que hacía.

—¡Para! —susurró con espanto.

Y el látigo chasqueó sobre mi cabeza. Retrocedí aterrorizada, era la primera vez que se ocupaban de mí. Todavía me entran temblores. Me quedé bloqueada, jadeando como si acabase de correr.

¿Correr? ¡Si no había corrido nunca!

Sabía perfectamente que no podíamos tocarnos y, como no había conocido nada más, me parecía algo evidente. El impulso que me había embargado despertó en mi interior cosas confusas: darse la mano, caminar con el brazo en la cintura, abrazarse, eran palabras de mi vocabulario, pero

designaban gestos que no había hecho nunca. ¿Un paseo? Quizá me acordase del césped o de las estaciones, ya que estas palabras traían un eco muy ligero que se apagaba enseguida. Conocía las paredes grises desconchadas, los barrotes cada quince centímetros, los vigilantes que recorrían regularmente el contorno de la sala.

—¿Qué quieren de nosotras? —pregunté de nuevo.

Se encogió de hombros.

—Solo sabemos lo que no quieren.

Se dio la vuelta y me quedó claro que no seguiría hablando. Théa era la primera que aceptaba hablar conmigo tanto rato, quizá fuera la única.

Me esforcé por mantener los ojos cerrados, esperando dormirme a fuerza de fingir el sueño. Por primera vez comprendía que estaba viviendo en el centro mismo de la desesperación. Me había mantenido aislada: había creído que era por rencor, pero de pronto me di cuenta de que era por prudencia y que todas estas mujeres que vivían sin saber lo que significaban sus vidas estaban locas. Fueran o no responsables, se habían vuelto locas por la fuerza de las cosas, habían perdido la razón, porque ya nada tenía sentido en su existencia.

No sabía qué edad tenía. Como no me había venido la regla y casi no tenía pecho, algunas creían que no tenía ni catorce años, apenas trece, pero Théa, que razonaba mejor que las demás, pensaba que tendría quince o dieciséis.

—No sabemos cuánto tiempo llevamos aquí. Ya no pareces una niña y algunas de nosotras no tenemos la regla desde hace mucho. No es por la edad. Anna es joven, no tiene arrugas, me dicen que yo tampoco. Lo que nos ha secado no es la menopausia, es la desesperación.

—¿Entonces los hombres eran muy importantes?

Asintió con la cabeza.

—Los hombres, pequeña, eran la vida. ¿Quiénes somos, sin futuro, sin descendencia? Los últimos eslabones de una cadena rota.

—¿La vida daba tanto placer?

—Tienes tan poca idea de lo que era tener un destino que no puedes comprender lo que supone haberlo perdido hasta este punto. Mira cómo estamos: sabemos que hay que hacer como si fuera por la mañana, porque suben la luz, luego traen la comida y, en un momento dado, bajan la luz. Ni siquiera estamos seguras de vivir siguiendo un ritmo de veinticuatro horas. ¿Cómo vamos a medir el tiempo? Nos han reducido a la privación absoluta.

Su entonación era dura, miraba fijamente al frente y sentí que, de nuevo, me entraban ganas de llorar. Me hice un ovillo.

—¿Qué tienes?

Su voz era de golpe tan dulce, tan cantarina, que me estremecí como si me estuvieran acariciando. Bueno, supongo que se puede decir así: algo exquisito se extendía por mi interior, tan delicioso que me dio miedo. Me ovillé más fuerte.

—No quiero hablar más —le dije—. Estaba mejor cuando no había entendido nada, cuando os detestaba a todas porque escondíais vuestros secretos. Y no los tenéis. No tenéis nada porque no hay nada que tener.

—¿Qué secretos creías que teníamos?

Mi ignorancia ya no me humillaba, desde que había rozado un conocimiento demasiado doloroso como para soportarlo.

—Cómo se hace el amor, con quién, qué pasa y todo eso. Están ahí, contándose historias del pasado, soltando alusiones y risitas y se callan cuando me acerco. Yo creía que lo más importante era eso, y resulta que no sirve para nada.

—Pobre pequeña —dijo tan triste y tan tiernamente que se me saltaron las lágrimas.

Sin duda toleraban que llorásemos, siempre que fuera tranquilamente, sin escenas: el látigo no chasqueó.

Hubo algo de agitación, pues llegaba la comida. Cuando nos entraba hambre por segunda vez desde la mañana, decíamos que era por la noche. Cocinábamos lo que hubiera, nos lo comíamos y poco después bajaban las luces. Las mujeres decían que, antes de la catástrofe, lo normal era comer tres veces al día, por la mañana, a mediodía y por la noche, pero nosotras solo teníamos hambre dos veces en cada periodo de vigilia, y no estaba claro que estuviésemos viviendo al mismo ritmo que antes. Era un debate que volvía una y otra vez, pero que nunca se resolvía, porque nada cambiaba. ¿Quizá al no trabajar teníamos menos necesidades y nos bastaba con dos comidas? ¿Quizá nuestros cuerpos habían perdido sus hábitos hasta el punto de que podíamos dormir cada ocho o diez horas? ¿Sabíamos cuánto tiempo dormíamos? Quizá nos mantenían despiertas ocho horas y nuestras noches tenían solo cuatro... o seis. Los guardias se relevaban a intervalos que no se correspondían con los de nuestras vidas, a veces en mitad del día, a veces por la noche, o dos veces al día. Los miraba reuniendo lo poco que sabía cuando me di cuenta de que el joven guardia de ojos azules había estado ausente: de repente, lo vi caminando a lo largo de la reja y me di cuenta de que no había vuelto a pensar en él y que no me contaba historias desde hacía varios días. Me pareció igual de guapo.

Fui a buscar mi plato de comida y me senté junto a Théa.

—Guapo —le pregunté—, guapa: supongo que son palabras de antes, de cuando pasaban cosas.

Me miró un rato largo y luego apartó la vista.

—Yo era guapa. No sé si lo sigo siendo, necesitaría un espejo. Ahora tengo el pelo gris, pero eso no quiere decir que sea vieja, a las mujeres de mi familia les salían canas enseguida. Mis recuerdos son confusos, creo que tenía veintiocho años cuando nos encerraron. Al principio, todavía me preocupaba ir bien peinada, me inquietaba mucho no tener un cepillo de pelo.

Hablaba a media voz, como para ella, pero sabía bien que se dirigía a mí.

—Y luego mi vestido se desgastó. Era un vestido de verano precioso, a la última moda, con volantes, ese tejido delicado que no dura mucho. Fui una de las primeras en llevar esa especie de túnica que nos fabricamos. Ahora ya no queda ninguno de los vestidos de antes, ni siquiera retales, los utilizamos hasta el último hilo. No te puedes hacer una idea.

—¿Y ser guapa tenía que ver con los hombres?

Estaba prácticamente segura, pero a veces escuchaba opiniones contradictorias.

—Sí. Algunas decían que se ponían guapas para ellas, pero ¿para qué nos sirve nuestra propia belleza? Yo me habría querido igual jorobada o coja, pero para que te amen los demás hay que ser guapa.

—¿Y yo lo soy?

La vi sonreír, con una de esas sonrisas que te rompe el corazón.

—Sí —dijo—. Sí. Hubieras sido una de las más guapas, porque no habrías tenido esa pinta irritada y rabiosa, te habrías reído, habrías provocado a los muchachos.

—A veces provoqué al guardia joven —dije impulsivamente.

Acababa de entenderlo.

Cuando me contaba historias, siempre me sentaba a poca distancia de la reja, del lado por el que iba y venía. Él caminaba a paso lento, como siempre, vigilando atentamente lo que pasaba en la jaula. Yo, acucillada, mirando hacia él, no me movía, lo seguía con los ojos, lo observaba y, como lo vería todo, no podía no verme mirándolo. Solo una chica sentada, vestida con una túnica informe. Llevaba el pelo largo, me lo sujetaba en la nuca. Salvo eso, no sabía qué aspecto tenía. Ni siquiera conocía el color de mis ojos, Théa me lo dijo más adelante. No tenía ni idea de lo que quería decir ser una de las más guapas. No me parecía que ninguna de las mujeres fuera guapa: estaban limpias, guardábamos nuestro escaso jabón para el cuerpo y el pelo, que

siempre manteníamos bien lavado. Casi todas llevábamos el pelo largo, porque no teníamos nada para cortarlo, ni para cortarnos las uñas, que se rompían de cualquier manera cuando habían crecido demasiado, parecíamos tristes, salvo cuando nos entraba esa risita nerviosa. No sé qué expresión tenía cuando miraba al guardia: eso me ocupaba completamente, solo era esa mirada. Nunca posaba los ojos sobre mí: estaba segura de que sabía que lo miraba fijamente de forma constante y de que eso lo turbaba.

—Quisiera que perdiera el control.

—¿Pero por qué? —preguntó Théa, muy asombrada.

—No lo sé. Para tener poder sobre él. Ellos tienen el látigo y nos obligan a hacer lo que quieren, que es casi nada. No nos dejan hacer nada. Quisiera que se sintiera perturbado, inquieto, asustado, que no pudiera reaccionar. No está prohibido estar sentado y mirar.

—Quizá lo prohíban. Pueden prohibir lo que quieran.

—Entonces habrán reconocido que existo. Si haces una cosa prohibida, lo que cuenta es lo que haces. Si haces algo que no está prohibido e intervienen, el centro de atención no es la actividad, sino uno mismo.

Era la más inteligente de las mujeres, pero había comprendido algo en lo que ella no había pensado: ¡al menos yo era tan inteligente como ella! Me invadieron escalofríos deliciosos y le sonreí.

—Dan de comer a cuarenta mujeres, les permiten calentarse y vestirse. Para ellos, no tenemos nombre, nos tratan como si nada nos diferenciara a unas de otras. Yo soy yo. No soy la cuadragésima parte de un rebaño, una cabeza de ganado entre las demás. Voy a mirarle hasta que se sienta molesto.

La audacia de mi pensamiento me ahogaba. Llevábamos años aquí, reducidas a la impotencia total, abandonadas, privadas de todo, incluso de herramientas para matarnos, defecando a la vista de todos, delante de ellos. Yo quería que un guardia se sintiera molesto y creía que había encontrado la forma de hacerlo.

—No se lo digas a nadie. No quiero que las mujeres sepan lo que pasa. Cambiarían de actitud, no podrían remediarlo, y lo que hago perdería todo su poder.

—¿Y si nos pusiéramos todas a mirar, no se sentirían más molestos?

—No, no se sentirían nada molestos.

Los pensamientos me invadían como certidumbres fulgurantes y me sentía absolutamente segura de ellos. ¿De dónde me venían? Sigo sin saberlo, pero lo que pasaba en mi mente me llenaba de un inmenso placer.

—Una cosa que hace todo el mundo pierde su sentido. Es solo una costumbre, ya no se sabe su origen, se repite maquinalmente. Para lograr que se sienta molesto tengo que ser la única que lo mire.

Théa reflexionaba. No estoy segura de que me entendiese del todo, pero me movía una autoridad irrefutable y nada me detendría.

—No sé hasta dónde nos llevará todo esto —le dije—. Eso es lo prodigioso: en nuestra vida absurda he inventado un imprevisto.

Asintió suavemente con la cabeza.

—Vale —dijo—, lo seguiré pensando.

Retomé mi postura, sentada con las piernas cruzadas, con la mirada clavada en el joven guardia.

¿Era realmente guapo o solo me lo parecía a mí porque era el único de los hombres que no era viejo? Yo, que sabía tan poco y que no me acordaba del mundo, conocía las señales de la edad. Había visto cómo el pelo se ponía gris y luego blanco, cómo aparecían las manchas en la piel, cómo la calvicie amenazaba las coronillas en las mujeres más ancianas, las arrugas, la piel seca, los pliegues, los tendones debilitados, las espaldas encorvadas. El guardia tenía la piel tersa, sus andares eran flexibles como sentía que eran los míos a pesar del poco espacio del que disponían. Caminaba erguido, era joven como yo. Eso me parecía extraño: ¿no había viejos suficientes? ¿Quizá estaban todos muertos? ¿O será que no sabían qué hacer con los jóvenes, no se imaginaban qué tareas les podían confiar y los mandaban a deambular entre la reja y la pared? Antes no había guardias jóvenes, me dije, y se me aceleró el corazón. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Me pareció que no me había fijado en él desde el primer momento, no había contado los días, ignoraba cuándo había comenzado con las historias, no tenía ningún punto de referencia. Si no me equivocaba, si su presencia era reciente, entonces, por primera vez desde hacía años, algo había cambiado. Fuera, más allá de los muros, en ese mundo exterior del que nos ocultaban todo, salvo los alimentos que comíamos y las telas que nos daban, habían tenido lugar unos hechos y sus consecuencias llegaban hasta nosotras. Los guardianes siempre habían sido tan viejos que no los veíamos envejecer. Yo había llegado de niña, era una mujer, definitivamente virgen, pero adulta a pesar de mis pechos inacabados y mi pubertad abortada: había crecido, se podía medir en mi cuerpo el paso del tiempo. Las mujeres ancianas no cambiaban, como tampoco los guardias más viejos, el pelo se volvía blanco, pero tan lentamente que no llamaba la atención. Yo había sido un reloj: al mirarme, las mujeres miraban cómo pasaba el tiempo para ellas. Quizá por eso no me querían,

quizá mi mera existencia las hacía llorar. El joven guardia no era un niño cuando llegó, ya era mayor, con su pelo hirsuto, su rostro sin arrugas: aparecerían las primeras marcas de la edad y yo me tocaría la piel para saber si también me llegaban a mí. Él también sería un reloj, envejeceríamos al mismo ritmo, podría observarle y juzgar, por la flexibilidad de sus andares, el tiempo que me quedaba.

En cualquier caso, había habido un cambio. En algún lugar, alguien había tomado una decisión que nos afectaba, cuyos efectos podíamos comprobar, uno de los viejos había desaparecido, quizá había muerto y lo habían sustituido por otro. ¿Se habría escapado esa información a la atención de quienes regían nuestras vidas?, ¿no les importaba que la tuviéramos?, o bien, ¿habían aflojado la vigilancia?

No quitaba los ojos de los guardias. Siempre eran tres, iban y venían por la galería. No se hablaban. Cuando se cruzaban, no se miraban, pero me parecía que se vigilaban entre sí tanto como nos vigilaban a nosotras. Quizá temieran que uno de ellos se saltara las consignas, que nos dirigiera la palabra. Tuve de nuevo una intuición fulgurante, comprendía por qué tenían que ser tres: eso impedía que entre ellos naciera una complicidad, no les permitían conversaciones privadas cuya exhibición nos hubiera podido dar información, debían mantener todo el rato su posición de carceleros suspicaces. Los dos hombres que hacían la ronda con el joven guardia ya llevaban mucho tiempo allí. En los primeros años, las mujeres habían intentado hablar con ellos, exigir algo o darles lástima, pero nada había logrado quebrar su impassibilidad hiriente, así que renunciaron y actuaban como si no los vieran, como si hubieran borrado esa presencia de sus mentes, o como si fueran como los barrotes: ya sabemos dónde están y dejamos de tropezar con ellos. Nadie esperaba que les molestara lo más mínimo, pero el orgullo de las prisioneras estaba a salvo. Ya no les pedían nada ni sufrían su carácter imperturbable como un insulto. Eso daría más fuerza a la mirada de una chica sentada, inmóvil.

Ya no me contaba historias, así que cuando miraba al guardia estaba creando una. Hacía falta paciencia, pero tenía de sobra. Ni sé cuántos periodos de vigilia pasaron así. Reflexionaba mucho, me pareció que ya no había que pensar en términos de días y de noches, sino de periodos de vigilia y de sueño. Cada vez estaba más segura: no vivíamos en ciclos de veinticuatro horas. Cuando bajaba la luz, no estábamos cansadas: las mujeres decían que era porque no tenían nada que hacer. Quizá llevaran razón, yo no sabía lo que era trabajar. Al observar constantemente al joven guardia me

convencí de ello. El relevo no tenía lugar cuando nos levantábamos, comíamos o nos acostábamos, cuando circulábamos en todos los sentidos, sino en periodos neutros e irregulares. La gran puerta se entreabría, los tres hombres que giraban alrededor de la jaula se reunían, a veces se marchaban mientras que los siguientes entraban, a veces solo sustituían a uno o dos de ellos. ¿Había alguna relación entre sus horarios y los nuestros? ¿Cómo podría medir el paso del tiempo? No tenía más referencia que los ritmos de mi cuerpo.

Théa me enseñó que el corazón siempre late al mismo ritmo, de setenta a setenta y cuatro veces por minuto en una persona con buena salud.

Me puse a contar.

No me habían enseñado muchas cosas. No todas las mujeres contaban igual, tenía que aprender las decenas y enseguida me di cuenta de que no me sabía de memoria la tabla de multiplicar y que prácticamente no sabía dividir. Si, entre el instante en que aumentaba la luz y el momento del siguiente relevo, en el que llegaba el joven guardia, mi corazón había latido siete mil doscientas veces, eso eran cien minutos. Solo tenía que multiplicar por cien los setenta y dos de Théa, pero a veces me daba tres mil doscientos veinte y otras cinco mil doce. No era capaz de hacer las operaciones necesarias. Podía concentrarme y contar, pero no era capaz de utilizar las cifras que obtenía.

—¿Me puedes enseñar a calcular? —pregunté a Théa.

—¿Sin papel ni lápiz?

Se explicó:

—No somos tan indiferentes como piensas y hemos hablado mucho de tu educación. ¿Enseñarte a leer? ¿Con qué y para leer qué? Contar, hasta cierto punto, fue posible, pero solo para cálculo mental y no pudimos enseñarte las operaciones aritméticas. No sabrías leer un número. Hélène e Isabelle te enseñaron las tablas de multiplicar. Quizá las olvidaste de no usarlas. Y luego, cuando comprendiste que no era un juego, nos dejaste plantadas, te ponía de mal humor. No te podíamos forzar y, a causa de los guardias, tampoco te podíamos castigar. No conseguíamos inculcarte el deseo de aprender cosas que para ti no tenían sentido y, en definitiva, tampoco veíamos realmente la necesidad. ¿Ocho por ocho? ¿Y qué más? Aquí no hay sesenta y cuatro de nada. ¿Tenía algún sentido empeñarnos en enseñarte cosas?

Sabía lo que era leer, pero nunca había visto nada escrito. Apenas entendía la idea de las letras, de su combinación, de las palabras, pero ellas hablaban de libros, de poetas.

—Si alguna vez salimos, seré una estúpida.

—Salir...

Me miraba fijamente y comprendí que pasaban por su cabeza imágenes que no era capaz de concebir. Seguro que había visto el sol, los árboles, los días y las noches, pero no tenía ningún recuerdo y, aunque sospechaba en qué andaba la mirada interior de Théa, no me lo podía representar.

—¡Lo siento mucho, pobre pequeña! —dijo—, no es probable que pase, pero es verdad que, si eso te llegara a suceder, nos podrías reprochar haber sido muy malas educadoras y tus reproches nos harían llorar de felicidad.

Miré a las mujeres: acababan de llegar las verduras y, como siempre, daban vueltas para encontrar una nueva forma de preparar las coles y las zanahorias, aunque solo tenían a su disposición agua y sal. Ya no me parecieron tan tontas, pues entendía que, sin tener nada en sus vidas, tomaban lo poco que llegaba y lo exprimían al máximo, aprovechando cada brizna de realidad para alimentar sus espíritus hambrientos.

—Ayer, entre el momento en que subió la luz y el momento en que llegó el joven guardia, es decir, la hora del relevo, mi corazón produjo tres mil doscientos veinte latidos y hoy, cinco mil doce. ¿Eso cuánto tiempo es?

Vi que aguantaba la respiración.

—¿Qué? ¿Lo has contado?

—Puede servir para medir el tiempo.

El joven guardia caminaba lentamente a lo largo de la reja, los otros dos le seguían a unos pasos de intervalo. Nunca se alejaban unos de otros, nunca caminaban los tres juntos. Mientras hablaba a Théa, no quitaba los ojos de mi presa, pero los suyos nunca miraban hacia mí.

—Si tú has podido contar, como mínimo tendría que intentar calcular —dijo—. ¡Hace tanto tiempo que no lo hago! ¿Sabes a qué velocidad te late el corazón?

—Me has hablado de un ritmo normal.

—Sí, pero hay variaciones individuales y ¿cómo puedo saber si tu corazón late a un ritmo normal? Ni siquiera te puedo tomar el pulso, no nos podemos tocar.

—Yo lo puedo hacer, ya lo he hecho antes. Y diré «toc» con cada latido. Compara con tu propio corazón, eso nos dará un punto de partida.

Mi ritmo era más lento que el suyo.

—Eres más joven, debes de estar más cerca de la norma que yo, antes tenía un ritmo un poco rápido. ¿Cómo lo podríamos saber?

—En realidad, no importa si no somos totalmente exactas, lo importante es tener una unidad. Elijamos setenta y dos.

—No. Ya que, de todas formas, no podemos estar seguras, dividiré por setenta. Es más fácil y así estoy segura de no hacerme un lío.

Se quedó en silencio, con los ojos concentrados en un punto, y se puso a murmurar. La escuchaba, sin dejar de mirar al guardia.

—Para tres mil doscientos veinte, me da cuarenta y seis. Bueno, eso creo. Es raro que el resultado sea tan redondo, voy a empezar otra vez.

Uno de los guardias viejos me examinó atentamente durante dos o tres segundos.

—Sí. Son cuarenta y seis. Lo intentaré ahora con cinco mil doce.

Cuando terminó, los guardias habían tenido tiempo de hacer una ronda completa.

—Setenta y uno o setenta y dos, por los decimales.

—¿Eso quiere decir cuarenta y seis minutos después de levantarnos, o bien setenta y uno o setenta y dos?

—Cuarenta y seis minutos o una hora con once o doce minutos.

Estaba encantada.

—¡Qué curioso! ¿Qué relación puede haber entre cuarenta y seis minutos y una hora con doce?

No lo entendía.

—Antes trabajábamos de siete a ocho horas al día, según el puesto —me explicó—. Todos los días empezábamos a la misma hora o bien había turnos, pero nunca hubo una variación de veinticinco o veintiséis minutos de un día para otro. ¿Tiene algún sentido?

Estaba hablando de una forma de vivir de la que no sabía nada y me tenía que limitar a escuchar cómo reflexionaba.

—Sigue contando. Cuenta los tiempos de mañana.

—¿Mañana? ¿Quieres decir mañana en el sentido de antes?

Este primer éxito me volvió ambiciosa. Me dije que habría más ritmos, además de los latidos del corazón, y empecé a prestar atención a mi cuerpo. Sabía que la menstruación tenía lugar cada veintiocho días y me sentí desolada de carecer de este indicio, pero me puse a observar las variaciones de mi apetito. A veces tenía mucha hambre al despertar y se me hacía largo esperar la comida. Estábamos convencidas de que la comida pasaba a horas fijas, pero me di cuenta de que no era así. Entre dos comidas a veces pasaban tres horas y a veces, cinco. Después de contar unas diez veces, me di cuenta de que el guardia joven llegaba en momentos muy variables. No voy a enumerar las cifras que obtuve, aunque las recuerdo perfectamente, representan el momento en que nació mi pensamiento, a Théa le parecieron

tan extrañas que se preguntó si los intervalos no eran totalmente aleatorios. Pero nunca se quedaba más de seis horas, si debo creer a mi corazón. Cuando llegaba, parecía fresco y descansado, lo conocía bien a fuerza de observar, y al final de la guardia empezaba a manifestar signos de cansancio. Su paso mantenía la elasticidad, su cabeza estaba erguida, no podía definir con claridad qué me hacía pensar que se estaba cansando. ¿Quizá estaba más pálido? ¿Su mirada era menos aguda? ¿Caminaba algo más lentamente?

El relevo siempre llegaba en momentos independientes de nuestras horas de comida y de descanso. Me pareció algo extraño.

—Eso es un indicio —le dije a Théa—, su horario no es el mismo que el nuestro. Después de todo, vivimos juntos. ¿No sería lógico que siguiéramos el mismo ritmo?

Vi que no me entendía.

—Cuando uno de los guardias no aparece durante siete u ocho horas, podemos suponer que se ha ido a dormir. Pero esos momentos nunca coinciden con nuestras horas de sueño. Tendría que quedarme despierta para hacer un cuadro mental de sus ausencias.

Théa reflexionó, luego frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—¿Qué pueden significar estos dos horarios desfasados?

—Tú has conocido el mundo real. A mí esto no me dice nada.

Me dijo que no se le ocurría nada, que no podía conectar esas dos informaciones, pero que teníamos que hablar con el resto de las mujeres.

—Ya no consigo pensar. Hay muchos datos y muy complicados, no los puedo relacionar. Necesitamos conocer sus puntos de vista, contarles lo que hemos llegado a saber.

Eso no me gustaba mucho, pero me daba cuenta de que Théa estaba desbordada y le dije que sí. Procedió por pequeños conciliábulos discretos: se llevaba aparte a una o dos mujeres, les avisaba de que tendría que decirles cosas muy asombrosas y les pedía que procuraran no llamar la atención de los guardias con su actitud. El hecho de que algo pudiera ser asombroso en la vida que llevábamos ya provocaba bastante agitación y Théa pronto se volvió experta en el arte de tranquilizar. En los primeros años habían aprendido a controlarse y luego, en la uniformidad insensata de los días, se habían quedado sin nada que controlar. El anuncio de una alteración las asustaba. Al principio, la novedad misma chocaba menos que su mera existencia. Decían: «No es posible», y luego vacilaban. Théa fue inventando técnicas. Empezó pidiendo que mantuvieran la calma: «Sigue haciendo lo que hacías —pelar verduras, reforzar una costura, trenzar cabello, había tan poco que hacer...—,

sin cambiar el ritmo, toma conciencia de la cadencia, de la amplitud de tu gesto». La mujer que la escuchaba quedaba forzosamente intrigada, pero moderadamente. Como vivíamos bajo vigilancia, la idea de ocultarse tras el hecho de no cambiar de actitud era fácil de comprender y seguían sin dificultades las instrucciones de Théa. Corrió la voz de que pasaban cosas extraordinarias y que no convenía perderselas. Me parece que, si hubo un pequeño escalofrío de excitación, fue lo bastante discreto como para pasar desapercibido para los guardias. Las mujeres charlaban sin parar, incluso cuando no había nada que decir, así que los guardias no veían la diferencia. Intentaron recordar lo que sabían del mundo de antes y se dieron cuenta de que habían olvidado muchas cosas. La mayor parte habían sido poco instruidas, vivían tranquilas en sus casas con los niños, la compra, la limpieza, creo que no tenían demasiadas cosas que olvidar. Se pusieron a reflexionar: estaban un poco oxidadas, así que fue difícil.

No encontraron nada.

Yo seguía contando. Poco a poco fui capaz de hacerlo sin pensar, charlando, comiendo, incluso durmiendo. Me despertaba con una cifra en la cabeza: al principio me pareció inverosímil. Desconfié, pero me acabé convenciendo. Théa me dijo que había desarrollado una aptitud que quizá no era tan extraordinaria como parecía, simplemente nadie antes que yo la había necesitado.

Había contado mis latidos uno por uno: pronto me encontré con una colección de números extravagantes que se resistían al cálculo mental. A setenta y dos latidos por minuto, en una hora había cuatro mil doscientos latidos. Al final del día superaba los cincuenta mil y eso ya era imposible de manejar, así que cambié de técnica: contaba setenta y dos, apuntaba mentalmente uno, volvía a empezar, pasaba a dos, pero me dio miedo hacerme un lío con esas dos escalas diferentes. Entonces, una mujer se ofreció a servirme de ábaco: decía uno, ella lo memorizaba, decía dos. Pronto no me hizo falta, no me equivocaba, me di cuenta de que llevaba bien la cuenta. Poco a poco, ya no necesité ni siquiera desgranar las cifras, algo se organizó en mi cabeza que me avisaba cada setenta y dos latidos. Me convertí en un reloj viviente.

Nuestros días duraban de quince a dieciocho horas, con alternancias anárquicas. A partir del momento en que bajaba la luz, lo que llamábamos principio de la noche, pasaban más o menos seis horas antes del momento del despertar. Así que nos quedó claro que vivíamos con un horario artificial. Ahora necesitábamos hipótesis.

Emma apuntó la más loca:

—No estamos en la Tierra. Estamos en un planeta que tarda dieciséis horas y media en girar.

¿De qué forma nos habrían transportado allí?

—¿Cómo hemos llegado a este sótano? —pregunté.

Nadie lo sabía, lo que me dejó atónita. Habría atribuido mi propia falta de recuerdos al hecho de que era demasiado joven, al estado de choque del que Théa me había hablado, pero las demás no sabían mucho más que yo. Me parecía que la vida transcurría como de costumbre y que, de repente, en medio de una noche que había empezado como las demás, hubo gritos, llamas, empujones, cosas que, a mí, que había vivido siempre en la tranquilidad del sótano, no me decían nada.

—Había unas drogas extrañas que cambiaban la memoria, producían falsos recuerdos —dijo Emma.

Théa no estaba segura de que fuera cierto. Habían corrido todo tipo de rumores que nadie podía confirmar, historias de lavados de cerebro, manipulaciones genéticas, robots tan perfectos que parecían seres humanos.

—El hecho es que ninguna de nosotras ha conservado recuerdos coherentes que permitan reconstruir lo que ha pasado. Ni siquiera sabemos si hubo una guerra —dijo Dorothée—. Tengo imágenes confusas, veo llamas, gente que corre por todas partes, me parece que estoy atada, que tengo miedo. Dura mucho tiempo, sigo teniendo miedo, pero ya ni siquiera tengo imágenes.

—Yo ni siquiera tengo tantas cosas que decir. Primero está mi vida ordinaria, las cosas de cada día, y luego una especie de pánico, en el que me sigue dando miedo pensar. Después vino esto, durmiendo en un colchón, y ni siquiera me produce asombro.

—Las guerras no son así. Hay bombardeos, sirenas de alarma.

—No había guerra. No aquí, en todo caso. Por supuesto, era una época confusa, pero las personas instruidas decían que, desde hacía tiempo, ya no había paz.

—Nos invadieron los chinos. O los negros.

—¡O los marcianos!

Siempre estaban dispuestas a reír y empezaba a entender que no era tontería o puerilidad, sino una forma de sobrevivir.

—¿Pero por qué nos habrían llevado a otro planeta? ¿Para qué les podíamos servir?

—Para nada, evidentemente —dijo otra—. Seguimos en la Tierra. Hace quince o veinte años, o no, hace menos tiempo, está la pequeña. Cuando nos

encerraron, había un objetivo, nos estaban reservando para algo. Y luego se perdió algún documento, los empleados se las arreglaron para que no se supiera, nos siguen vigilando y nos mantienen con vida sin que nadie sea responsable de ello. Somos el producto de un error administrativo.

—Pero dieciséis horas... ¡Eso no explica las dieciséis horas!

—Es incomprensible que no podamos encontrar regularidad alguna en el horario de los guardias. Mis recuerdos de antes son muy vagos, pero estoy segura de que trabajábamos siguiendo un ritmo uniforme. Incluso teníamos que fichar.

Una vez, una sola vez, desde que contaba, el guardia joven se quedó cerca de once horas seguidas de pie, dando vueltas alrededor de la jaula. Al final estaba tenso y pálido, pero no protestaba. Nunca le vi manifestar impaciencia.

Nuestras conversaciones iban avanzando. Los intentos de recordar los primeros años de encierro no tuvieron resultado. Parecía que las mujeres hubieran emergido lentamente de una niebla interior para descubrirse ya acostumbradas a la vida extraña que llevaban. Nada hacía pensar en una rebelión. Habían tenido maridos, amantes, hijos: se dieron cuenta de que, a fuerza de tener miedo de pensar en ello, a causa del dolor, lo habían olvidado casi todo. Mis preguntas abrían heridas, pero no intentaron hacerme callar, pues tenían miedo de haber perdido su propia historia. Théa se convenció poco a poco de que las habían drogado.

—Míranos, mira cómo vivimos. Estamos privadas de todo lo que hace de nosotras seres humanos, pero nos organizamos, supongo que para sobrevivir o porque es lo que hacen los seres humanos, es inevitable. Hemos recreado reglas con lo que nos quedaba, hemos inventado un protocolo. La más anciana echa la sopa en las escudillas, yo me encargo de la costura cuando la hay, Annabelle reconcilia a las que se pelean, y no sabemos cómo se han dispuesto las cosas así. Tuvimos que vivir como sonámbulas durante mucho tiempo y, cuando nos despertamos, ya nos habíamos adaptado.

—¿Y el momento en que Alice se quiso matar y Clotilde se lo impidió?

—Es un recuerdo más claro en medio de la confusión, pero nadie sabe cuándo fue.

Ya llevaba cuatro meses contando. Decidimos no preocuparnos más de las alternancias anárquicas que nos imponían, mi corazón nos serviría de reloj. Una noche, cuando bajaban las luces, decidimos que eran las once y que, a partir de ese momento, contaría días de veinticuatro horas, como antes. A veces, cuando estábamos comiendo sin interés unas verduras hervidas, una mujer me preguntaba la hora, y yo respondía:

—Las dos de la mañana.

Eso hacía soplar un viento de rebeldía en las mentes confusas. Teníamos una hora para nosotras que no tenía nada que ver con el tiempo de quienes nos tenían encerradas, y eso nos devolvía nuestra condición de seres humanos. Ya no éramos cómplices de los guardias. En el interior del alambrado, mi corazón potente, regular y furioso nos había devuelto un territorio propio, habíamos fundado una zona de libertad. Nacieron nuevas bromas. Cuando la verja se abría por segunda vez y nos daban unos kilos de pasta, si eran las ocho de la mañana en mi corazón, siempre había una que decía:

—¡Vaya, aquí llega el desayuno!

O bien, a medianoche:

—Se acabó el espectáculo, ahora salimos a cenar por ahí.

Y nos entraba la risa. Yo también me reía, ahora me acuerdo, porque había dejado de considerar a las mujeres como enemigas, desde que recibían de mí lo que les podía dar: la hora. No había olvidado al joven guardia y, cuando estaba de servicio, seguía observándolo, sentada cerca de la reja, esperando que algún día se traicionase y me hiciera ver que era consciente de mi presencia, pero eso no sucedió. Todavía me pregunto si fue por disciplina o si nunca le llamó la atención que una de las mujeres, siempre la misma, no le quitase la vista de encima. Ya no me contaba más historias.

Había hecho nacer lo poco que podía haber de nuevo en nuestra vida inmóvil. Mientras que mi mirada seguía al joven guardia, nadie hablaba conmigo, para marcar la diferencia y llamar la atención sobre mí. Eso me dejaba mucho tiempo para reflexionar. Empecé a temer que la costumbre nos convirtiera de nuevo en seres apagados. Me parecía que algunas discusiones ya no despertaban demasiado interés, varias mujeres bostezaban cuando empezábamos a buscar un sentido al desfase temporal. Cuando nos esforzábamos inútilmente, rezongaban que no serviría de nada, porque todo era arbitrario. Yo me decía que, si volvía a desaparecer la excitación, las detestaría de nuevo y me sentiría sola, después de haberme divertido con ellas. Volverían a gastar bromas excluyentes y volvería a invadirme la ira. Théa pensaba que me engañaba y que realmente se habían despertado.

—Es incluso peligroso —añadió—. Me da miedo que los guardias se den cuenta y nos vuelvan a drogar. Volveríamos a la inercia, a estar medio muertas y ni siquiera lo sabríamos, no me puedo imaginar nada más humillante.

Inevitablemente, la pena volvió con la memoria. Sentadas frente a frente, se atrevían a enfrentarse con sus escasos recuerdos, intentaban exhumar el

pasado en largas conversaciones que avanzaban a ciegas a través de los obstáculos, luchaban contra la amnesia que quizá era una forma de alivio, y contra el miedo. Se escuchaban atentamente unas a otras y, cuando les llegaba una idea, le quitaban la palabra a la que hablaba y la expresaban antes de olvidarla. No obstante, mantenían una cierta rigidez para protegerse de las lágrimas que habrían alertado a los guardias. Yo había ganado un lugar entre ellas, aunque solo pudiera escuchar.

Pero eso no duró mucho tiempo, pues ocurrió lo que ocurrió.

Lo tengo que contar con precisión, lo cual me parece difícil a causa de la conmoción y del estupor. Todo ocurrió en el momento en que los guardias abrían la trampilla de la reja por la que pasaban la comida. Las escudillas y las cacerolas siempre se quedaban en el interior de la jaula, las amontonábamos junto a los fregaderos, pero teníamos que devolver los cubiertos, que deslizábamos entre los barrotes después de comer. La comida llegaba en las bandejas de grandes carros, debíamos tomarla con las manos y depositarla en los recipientes, lo que era desagradable y difícil. En el fondo de la sala, al otro lado de la reja, una gran puerta metálica se entreabría y en el acto nos ganaba la curiosidad. ¿Qué nos darían hoy? ¿Qué podríamos hacer? Dos de los guardias iban hacia la puerta y tiraban del carro, mientras que el tercero nos seguía vigilando, con el látigo dispuesto. Primero teníamos que tomar el cucharón para la sopa, las cuarenta cucharas y los cuchillos romos que nos daban para pelar las verduras. Aquel día había zanahorias y carne de buey cortada en gruesos dados, así que las mujeres se pusieron inmediatamente a discutir si íbamos a hervir todas las zanahorias o a guardar algunas para comer crudas. También había patatas, una buena noticia, pues no las traían a menudo. Las mujeres decían que era raro, porque en el mundo de antes las patatas eran un alimento muy poco costoso y tan rico en diversos nutrientes que, según Théa, podíamos mantenernos sanas aunque no comiéramos nada más. Sin embargo, la ración de comida nos pareció escasa, incluso para el mediocre apetito de mujeres que no se movían y no hacían prácticamente nada, así que el contento no duró mucho. Uno de los guardias metió la llave en la cerradura de la pequeña trampilla. En ese momento exacto resonó el ruido con una violencia terrible.

Yo nunca había escuchado nada parecido, pero las mujeres se bloquearon de repente, pues habían reconocido la sirena de alerta. Era un clamor enorme que subía interminable, devastándonos los oídos. Me quedé atónita y creo que, por primera vez desde que había empezado a contar, perdí la cuenta del tiempo. Las mujeres que estaban sentadas se levantaron de golpe, las que

estaban junto a la reja para recoger la comida retrocedieron. El guardia soltó las llaves, dejándolas en la cerradura, y se volvió hacia los otros. Se miraron un instante y, con un mismo movimiento, tomaron impulso, corrieron hacia la gran puerta, empujaron los batientes y los abrieron del todo, algo que no había pasado nunca, y salieron.

Salieron. Por primera vez desde el encierro, las mujeres se quedaron solas en el sótano.

Para mí, el primer impacto pasó enseguida. Me lancé, deslicé el brazo entre los barrotes, terminé de girar la llave y la retiré con todo el manajo. Empujé la pequeña puerta y se abrió. Retrocedí con las manos crispadas, porque tenía en ellas lo más valioso del mundo. Mi reloj interior se había vuelto a poner en movimiento y puedo decir que nos quedamos más de un minuto inmóviles ante la puerta abierta, incapaces de reaccionar. La emoción me había dejado sin aliento y estaba jadeando. Me recuperé. Me aferré a los barrotes, salté y pasé al otro lado para abrir la cerradura grande. Había varias llaves en el manajo, tuve que probar dos antes de encontrar la adecuada y, como nunca había manipulado una llave, me costó un poco, pero pude abrir la reja grande. Las mujeres, petrificadas por el asombro, me miraban actuar, como si no entendieran lo que pasaba.

—¡Vamos —grité—, salid!

Luego corrí hacia la otra puerta. No tenía ni idea de lo que encontraría. Los cinco pasos que había hasta ella me bastaron para preguntarme si no tropezaría con los guardias, si no estaba avanzando hacia el peligro, pero me dije que, si fuera necesario, vendrían a socorrerme y que cuarenta mujeres furiosas podrían hacer frente a un puñado de guardias, incluso armados. Crucé la puerta y llegué a un pasillo muy amplio en el que no había nadie. A cada lado, varias puertas daban a salas de las que no sabía nada todavía.

La primera mujer que se reunió conmigo fue Théa y la siguiente, Dorothée, la que me había interrogado. Tenían la misma expresión de incredulidad. Decían algo, pero con el aullido constante de la sirena no las entendía. Me di cuenta de que yo hablaba también, decía que ya no estaban allí, que se habían marchado, que habían huido, no sé qué más, repetía constantemente la misma cosa, como una verdad increíble que debía decir una y otra vez para convencerme. Perseveramos unos segundos en esta conversación de sordos y luego la sirena se detuvo bruscamente, como ahogada por su propio clamor.

—Se han ido —dije.

Dorothée asintió con la cabeza. Théa repitió:

—Se han ido.

Estábamos tan desconcertadas que nos quedamos bloqueadas, con los brazos caídos. Las otras mujeres fueron apareciendo poco a poco, tímidamente, y luego, a medida que se iban tranquilizando unas a otras, en tropel, lo que sembró la confusión en aquel pasillo demasiado estrecho para contenernos a todas. Retrocedí, entré en una de las salas, miré a mi alrededor. Había una mesa grande, algunas sillas, armarios. Por supuesto, en aquel instante no conocía todavía el nombre de todas aquellas cosas, veía objetos que no comprendía, que dejé atrás rápidamente, porque había visto una puerta al otro lado de la habitación. También estaba abierta, daba a una escalera.

Ahora digo escalera, como si en aquel momento supiera qué era eso y qué estaba buscando. De hecho, ni siquiera estábamos seguras de encontrarnos bajo tierra. Las mujeres pensaban que era así porque no había ventanas y yo nunca había visto una escalera, pero había oído hablar de ellas y enseguida comprendí lo que estaba viendo. Subí muy rápidamente algunos escalones y me di la vuelta para llamar a alguien, pero no hizo falta, ya que Théa y Dorothée me habían seguido. Avanzaban menos resueltas que yo y luego me dijeron que temían ver aparecer a los guardias, por lo que antes de seguirme habían gritado a las mujeres que se preparasen para luchar. Les habían respondido que se dejarían matar si fuera necesario, pero que no volverían a la jaula. Yo ya ni me acordaba de ellos. Corría hacia arriba, no pensaba, subía siguiendo una especie de impulso ascendente de todo mi ser, inmersa en una embriaguez cercana a las delicias que ya no me podía procurar con las historias desde que había salido de mi aislamiento y hablaba con las mujeres, un impulso tan potente que, creo yo, si en ese momento hubiera aparecido un guardia, aunque hubiera sido dos veces más corpulento que yo, lo hubiera derribado, habría pasado por encima de él: estaba poseída por una felicidad salvaje que no rendía cuentas a nadie, subía sin jadear, sin cansancio, yo que nunca había hecho más de veinte pasos en línea recta, volaba por encima de los escalones como en esos sueños que no tuve hasta más tarde, pero de los que había oído hablar a las mujeres, en los que salimos volando, planeando como los pájaros que pronto podría contemplar dejándose arrastrar por las corrientes, volar sin esfuerzo, bailar horas y horas en el crepúsculo, como yo bailaba por los escalones, aérea, flotando de forma interminable, una ascensión embriagadora hacia algo inaudito, en ese momento todavía no sabía el qué, el exterior, el mundo que no era la jaula, y no tenía pensamientos, sino un arrobo profundo que me arrastraba y unas imágenes que cruzaban mi mente, o quizá solo fueran palabras que yacían en mi interior y se alzaban

para recibir las imágenes inminentes, el cielo, la noche, el horizonte, el sol, el viento, y otras más innumerables, acumuladas desde hacía años, que me obligaban a ir más deprisa, me empujaban hacia delante. ¡Ah, la primera vez que subí la escalera! Cuando lo recuerdo se me llenan los ojos de lágrimas, recuerdo mi impulso como una catarata de gloria, creo que aceptaría otros doce años de encierro a cambio de esta ascensión prodigiosa, esta certidumbre admirable que me hacía tan ligera que subí de un golpe los cien escalones, sin perder el aliento, y además riendo.

De repente, llegué arriba. Estaba en lo que más adelante llamamos una garita: tres muros y una puerta, también abierta, la llanura ante mis ojos. Di un salto y lo contemplé: era el mundo.

Era de día. El cielo era gris, pero no era el gris muerto de los muros del sótano: grandes masas de tonos sutiles se deslizaban suavemente en un viento ligero; reconocí las nubes, que tenían el color del nácar, pues el sol las iluminaba por detrás. Una extraña emoción me apretó la garganta, diferente de la exaltación que me había hecho subir la escalera. Más dulce y exquisita, hubiera querido hacerla durar, pero me llamaban de todas partes. Lloviznaba. El azar quiso que saliéramos un día de lluvia, aunque luego nos dimos cuenta de que no eran frecuentes en aquella estación. Avancé, tendí los brazos y el rostro hacia esa agua increíble, de la que había oído hablar, pero que no era capaz de imaginar. Cayeron algunas gotas sobre mis manos y las lamí, encantada. El viento, aunque muy tenue, pegó el vestido mojado a mis muslos y eso me pareció extraordinario.

—¿Pero dónde estamos? —dijo una voz detrás de mí.

Era Dorothée, sin aliento, sostenida por Théa. Las dos miraban en todas direcciones y yo las imitaba: solo se veía la llanura, apenas ondulada, que se extendía de un extremo a otro del horizonte.

—Estamos fuera —dije riendo— y no hay ningún guardia. Se han ido todos.

—Estamos lejos de cualquier ciudad, ni siquiera se ven suburbios. Siempre pensé que estaríamos cerca de algún gran centro —dijo Théa.

Dorothée frunció el ceño.

—Nunca he visto nada parecido. Esta llanura es inmensa, infinita. No estamos en mi país, allí siempre había montañas.

Théa parecía tan perpleja, tan confundida, que me dio pena.

—No importa —le dije—. Lo esencial es que estamos fuera, libres, y que no hay guardias.

Las otras mujeres empezaron a llegar, sin aliento, titubeantes, y nos apartamos de la garita para dejarles sitio. Pronto estuvieron todas allí, mirando asombradas a su alrededor, intentando situarse, repitiendo, una tras otra, que nunca habían visto nada parecido, casi asustadas de estar en un lugar tan extraño. No entendía que no se entregasen libremente al prodigio de estar fuera, libres de la jaula, de ver el cielo, de sentir la lluvia y el viento. Habían deseado algo toda su vida, pero en lo que les estaba ocurriendo no reconocían lo que habían esperado. Quizá cuando se ha conocido una vida comprensible es difícil familiarizarse con la extrañeza, algo que yo, que solo he conocido situaciones insensatas, apenas puedo suponer.

—Tengo miedo —dijo Annabelle.

Las cuarenta mujeres se apiñaron formando un grupito aterrorizado en medio de una tierra desconocida, incómodas, lejos de la jaula familiar, ante la inmensidad inmóvil que no les enviaba ninguna señal.

—¿Y si volvieran?

Entendí que estaban intentando dar sentido al miedo que las invadía. Miraron por todas partes, solo se veía la llanura pedregosa en la que el único movimiento perceptible era una hierba seca, levemente agitada por el viento.

—No debemos quedarnos aquí, tenemos que marcharnos, ocultarnos —prosiguió Annabelle.

—Pero ¿dónde iremos? —murmuró Francine—. No hay nada, ni una edificación, ni un refugio, ni una carretera, solo...

Miró la pequeña garita por la que habíamos salido:

—Solo esta especie de garita en mitad de la nada.

—Estamos perdidas —dijo otra.

Hubo un coro de frasecitas inacabadas que desfilaban una tras otra, entrechocando y atropellándose. Me enfurecí bruscamente.

—¡Entonces volved a bajar! ¡Abajo sigue estando la jaula, si el exterior os da miedo!

—Oh, tú y tu... —dijo Annabelle exasperada.

Se interrumpió. Creo que pensaba en la insolencia, en la rebeldía, pero también se daba cuenta de que yo tenía razón, de que este miedo no les serviría para nada. Yo también me esforcé por dominarme, pues era consciente de que estábamos a punto de pelearnos, lo cual hubiera dado un sentido a la inquietud general, alzándolas a todas contra mí. Théa, que no perdía la calma, me apoyó.

—La pequeña tiene razón. Debemos reflexionar y organizarnos. No comprendo dónde están los guardias, ni por qué han desaparecido, a mí

también me da miedo. No hace tanto tiempo que salieron del sótano, pero no veo ni rastro de ninguno.

—Once minutos —dije— desde que empezó el ruido, quizá algo más, pues perdí la cuenta del tiempo durante un momento. Hemos tardado once minutos en abrir la verja, salir y subir.

—¿Once minutos? Si tuvieran un helicóptero o una avioneta sería suficiente para esfumarse, supongo, pero nosotras no podemos desaparecer así. Para llegar allí, al horizonte, necesitaríamos dos o tres horas de marcha. Si piensan volver y atraparnos, estaremos en su poder en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo no —dijo Annabelle—. Prefiero morir, no volveré a bajar. Podrán drogarme todo lo que quieran, me siento capaz de transformar la droga mejor calculada en un veneno mortal.

—Yo también —dijo Germaine—. Pararía de respirar. Debe ser una cuestión de voluntad, estoy segura de que es posible hacer que el corazón deje de latir.

Estas palabras les dieron fuerza, se pusieron a decir «yo también, yo también». Empezaban a rebelarse, en esta ocasión no las pillarían desprevenidas, como pasó probablemente la primera vez, no pasarían por ello como criaturas aterrorizadas que se pueden arrastrar al matadero, pues ni siquiera saben que existe el matadero. Se alzaron. Contemplaron el país extraño en el que estábamos, se plantaron más firmemente en el suelo, asomaron algunas sonrisas.

—Llueve —dijo Francine.

Hizo como yo, tendió las manos para recoger unas gotas de agua y llevárselas a los labios. Luego se tocó el cabello, las mejillas:

—Estoy empapada. Ni me acordaba de cómo era. Hace tanto tiempo...

—Más de doce años —dijo Germaine—, solo hay que ver cómo ha crecido la pequeña.

Se volvieron hacia mí, su reloj, me miraron un rato largo, sin decir nada, y luego se dispersaron un poco. Se agachaban, tocaban el suelo. Varias apartaron las piedras para llegar a una tierra gris y seca, porque la lluvia no la había impregnado. Annabelle se humedeció el índice con saliva y lo alzó para medir el viento.

—Las nubes son ligeras. Debe de ser el mediodía, el sol está alto. Si el sol avanza en el sentido habitual, el viento viene del oeste.

—Es normal, porque llueve. La lluvia siempre llega con el viento del oeste.

—Quizá donde tú vivías, pero no estamos allí.

—¡Oh, no! ¡Habría colinas y bosques!

Eso les dio risa. Necesitaban relajarse.

—Es curioso, no hay pájaros. ¿Se esconden los pájaros cuando llueve? —preguntó Germaine, que solo había vivido en la ciudad.

—¿Dónde se iban a esconder? No hay ni un solo árbol, solo algunos arbustos.

—Y pedruscos —dijo Dorothée—. Aquí no podría crecer nada, nunca he visto una tierra tan pobre.

—Además, no tenemos nada para plantar.

Esta frasecita se quedó flotando un instante, como si los espíritus se apoderasen de ella, la palpasen y la guardasen para luego. Pero dejó una estela:

—Hay que cocinar —dijo Germaine—. Era la hora de la comida, tengo hambre. Es muy raro, abajo nunca sentía hambre.

Los alimentos estaban en el sótano, sobre el carro. Las mujeres se estremecieron ante la idea de que, si queríamos comer, habría que volver a bajar.

—¿Y el fuego? ¿Cómo la vamos a preparar?

—No importa, debemos comer, aunque sea carne cruda.

—Yo no bajo, prefiero morir de hambre —dijo Annabelle.

De nuevo, se reunieron, apretujadas, buscando el contacto, supongo que para darse seguridad. Alguien tendría que bajar y naturalmente me tocó a mí. Era la que sentía menos miedo, sin duda porque no recordaba más mundo que el del sótano. Cuando se apretaban unas contra otras yo me mantenía aparte, así que todas me miraban. Lo comprendí y sonreí.

—Desde luego —dije—. Iré yo.

No esperé más y me dirigí rápidamente a la garita. Me siguieron a pocos pasos, como para apoyarme frente a lo que les había dado tanto miedo, lo que me alegró, porque la escalera me provocaba repulsión. ¿Y si volvían? ¿Sabrían pelear? Durante un segundo me rozó la idea de una matanza horrible y me vi subiendo para encontrar solo un montón de cadáveres y a los guardias burlándose y esperándome con un arma en la mano. Me endurecí, porque no quería ser cobarde, y empecé a bajar. Luego he vuelto a bajar centenares de veces, no sé cuántas, es una de las pocas cosas que no he contado, y nunca dejó de ser desagradable, como si entrara en una trampa a punto de cerrarse. Cuando me quedé sola, me acostumbré a sujetar la puerta de la garita con algunas piedras: era absurdo, las cerraduras estaban oxidadas y eran muy

difíciles de desplazar, el viento nunca era lo bastante fuerte como para mover el pesado batiente de hierro, pero me sentía más tranquila.

Bajé corriendo los cien escalones, lo más rápidamente que pude, muy atenta a mis movimientos, porque nunca había bajado por una escalera y tenía miedo de caerme. Luego recorrí el pasillo para encontrarme con la dificultad de transportar las grandes cacerolas, las zanahorias y la carne, así como el agua. Me di cuenta de que necesitaría varios viajes y eso podría ir más allá de mis fuerzas. Media hora antes, había subido sin cansancio alguno, por la excitación, pero ahora estaba sin aliento, me daba vueltas la cabeza y me temblaban las piernas. Me dije que de todas formas tendría que empezar el primer viaje y amontoné los trozos de carne en una cacerola. Estaba a mitad de camino cuando me crucé con Théa, que bajaba.

—He pensado que no lo lograrías sola.

—Es cierto, es demasiado. Y solo habíamos pensado en las cacerolas y las verduras, pero habrá que subir agua para beber y cocinar, y también las escudillas.

—Además, tendremos que hacer fuego. Arriba estaban reuniendo algunas piedras y ramas, pero no sé cómo las vamos a encender.

Decidimos que subiríamos lo que ya había reunido y que luego exploraríamos las salas.

Más tarde, reflexionamos mucho sobre lo que habíamos encontrado, pero ni en ese momento ni después llegamos a ninguna conclusión coherente. No había sala para los guardias, ni cama, lo que extrañó mucho a Théa: ¿Acaso no dormían aquí? ¿Se marchaban todas las noches y volvían todas las mañanas? ¿Dónde iban?

—Han desaparecido en once minutos —murmuró Théa— y no hemos visto ni rastro. Me pregunto si un helicóptero ordinario puede ir tan deprisa.

Los cajones contenían diferentes herramientas: martillos, clavos, destornilladores, cosas cuyo uso tuve que aprender, así como cuchillos y hachas que pronto nos serían muy útiles. Había cuatro mochilas grandes. A Théa le encantaron y me explicó su uso. Luego señalé un montón de cajitas: eran cerillas, que resolvían de forma muy oportuna el problema del fuego. Pero, sobre todo, descubrimos grandes reservas de víveres. Primero encontramos pilas de conservas, que arrancaron gritos de alegría a Théa, quien leía las etiquetas y enumeraba los nombres de los platos con un entusiasmo que me daba risa: chucrut, cocido, pasta y verduras que jamás había probado. Luego abrimos la puerta de una cámara refrigeradora llena de

carne y aves congeladas, así como sacos de zanahorias, puerros, apios y nabos. No tendríamos ningún problema para sobrevivir.

—Soy incapaz de hacer cálculos serios sobre todo esto, pero, incluso siendo cuarenta, me parece que tenemos comida para años.

Iba nombrando todo lo que veía y pronto tuve la cabeza recalentada por todos estos conocimientos nuevos. Creo que habría seguido explorando durante horas, pero le dije que teníamos que reunirnos con las demás, que nos esperaban. Subimos con la carne, las conservas, gran cantidad de patatas y cerillas. Las mujeres encendieron las ramas reunidas entre grandes piedras:

—Dorothée estaba segura de que encontraríais cerillas —dijo Germaine—. Los hombres siempre llevan.

Bajamos a buscar agua. Esta vez nos acompañaban dos de las mujeres más fuertes.

Había dejado de llover y las nubes se disiparon mientras se hacía la comida: apareció el sol, alto en el cielo, lo que quería decir, dijeron, que era exactamente mediodía. Tomamos esta primera comida sentadas en grupitos alrededor del fuego, mientras que, en el sótano, algunas buscaban las escudillas y se paseaban aquí y allá. Había mucha comida y, por primera vez, sobró bastante, lo que provocó algunas burlas:

—Vamos a engordar —dijeron.

—¡Tantos años haciendo régimen y ahora lo vamos a estropear en un momento!

No me explicaron hasta mucho tiempo después por qué les parecía tan divertido. Era curioso ver a estas mujeres riendo tanto, no habían hecho una broma desde que salimos. Yo seguía seria, tantas novedades no me habían cambiado. Supongo que estaban desbordadas por los choques sucesivos.

—¿Qué hora es? —me preguntó Germaine.

Me sorprendió oírme decir que eran las diez de la noche. Habían pasado algo más de tres horas desde el ruido de la sirena y no llevábamos mucho tiempo levantadas. Así que era cierto que no seguíamos el ritmo ordinario de los días y las noches.

—Habrás que poner en hora tu reloj —dijo Théa, riendo.

—¿Cómo sabría por dónde empezar?

—Nos fijaremos en la puesta del sol: lo tomarás como hora cero y nos dirás cuánto tiempo ha pasado hasta la puesta del sol de mañana. De una puesta del sol a otra hay un día entero, ¿no?

—No lo sé —dijo Dorothée—. ¿No depende de las estaciones?

Se lanzaron a una discusión confusa en la que no entendí nada. Los días se alargaban en verano, se acortaban en invierno, pero de una puesta de sol a otra siempre había, o nunca había necesariamente, veinticuatro horas. Ninguna de ellas tenía las ideas demasiado claras sobre el tema, ni siquiera Théa, que era la más instruida. Pronto dejé de escucharlas. De todas formas, se acabaría haciendo de noche, y ¿dónde la pasaríamos?

Por supuesto, descartábamos totalmente dormir en el sótano y la idea de quedarnos cerca de la garita no era muy agradable. Había seguido el avance del sol con la mirada, me parecía que quedaban algunas horas hasta la noche. Sugerí que bajáramos a buscar mantas y víveres y nos alejásemos. ¿En qué dirección? ¿Y si volvían los guardias? ¿Cómo saber de dónde vendrían si no había carreteras? ¿Y cómo se habían marchado? Théa dijo que no había camas en las salas. Volvieron a surgir preguntas, pero Dorothée sintió vientos de desorden y volvió a centrar la discusión en el problema que le parecía esencial: si nos íbamos a alejar, debíamos elegir una dirección, pero ¿cómo? Théa señaló el sur, por allí se veía un ligero repliegue de terreno que nos podría ocultar.

Durante mucho tiempo nos siguió preocupando el regreso de los guardias, pero nunca volvieron. El miedo fue lento en abandonar a las mujeres y yo no comprendía demasiado por qué tardaban tanto en tranquilizarse. Se habían marchado de repente, sin dejar huella, como si se hubieran volatilizado: aparecidos de la nada, habían vuelto a ella y yo estaba menos asombrada que las demás, que habían vivido en un mundo en que las cosas tenían sentido. Todo lo que conocía era insensato, así que pienso que eso me hizo profundamente diferente de ellas, como fui comprendiendo después, poco a poco. Éramos libres.

En realidad, solo habíamos cambiado de prisión.

Théa y yo hicimos varios viajes de ida y vuelta para traer las cosas necesarias. Las mujeres nos esperaban junto a la garita, nos descargaban y volvíamos a bajar. La tercera vez, nos retuvieron, excitadas y contentas.

—¡Venid a ver! ¡Venid a ver! ¡Hemos hecho una cosa!

A unos pasos del lugar en donde nos habíamos sentado a comer había varios arbustos, poco densos, pero altos. Habían arrancado el centro arañándose las manos y habían colgado algunas mantas en los bordes. Habíamos subido dos palas, que utilizaron para hacer un agujero. Yo no entendía nada.

—Es un aseo —dijeron radiantes.

—De nuevo somos seres humanos —declaró Dorothée—. Podemos hacer nuestras necesidades en privado, aisladas, protegidas de las miradas.

Yo, acostumbrada a los inodoros del sótano, no comprendí al principio la felicidad de Théa. Tenía lágrimas en los ojos. Se acercó a la construcción de fortuna, se detuvo, sonrió y preguntó:

—¿Está ocupado?

Todas se rieron.

—No. Está libre. Puedes ir.

—Por aquí —dijo una de las mujeres levantando una manta para mostrar la entrada.

Théa avanzó, bajó la manta a sus espaldas y se aisló un momento. Cuando reapareció, me dijo que me tocaba a mí.

Ya estaba al corriente por las quejas sobre la obligación de defecar en público, así que acabé entendiendo la importancia de la novedad y sentí que me invitaban a participar en su vida de antes, en aquel mundo del que hablaban. Ahora sabía que no tenían la intención de dejarme fuera de él, aunque ya podía presentir que nunca podría entrar. Y así, avancé hacia el pequeño espacio delimitado por las mantas. Me miraban aguantando la respiración, era consciente de que me estaban haciendo un regalo de gran valor, mi falta de entusiasmo me hacía sentir incómoda. Aparté el grueso tejido rígido, pasé, lo dejé caer a mis espaldas y pronto me asaltó una curiosa impresión de extrañeza. Me latía el corazón, tenía un ligero vértigo. Recorrí el espacio con la mirada, solo veía las ramas cubiertas de espinas y los pliegues de las mantas pardas que servían de pantalla entre las otras y yo. Tuve un escalofrío, pero pronto comprendí lo que pasaba: era la primera vez que estaba sola, que ninguna mujer me veía y yo no veía a ninguna. Eso me turbaba profundamente. Me quedé de pie, con los brazos caídos, contemplando mi situación. Descubría la soledad física, tan trivial para la humanidad ordinaria y que nunca antes había conocido. Me gustó en el acto.

Menos mal.

Utilicé el hoyo, pero estaba incómoda, porque tenía que estar de pie, con los pies apartados, el cuerpo doblado, en una actitud inhabitual que me pareció muy forzada. Me alegró que nadie me viera en esa postura, cuando nunca antes me había molestado defecar delante de todo el mundo, sentada tranquilamente en el inodoro. Luego usé la pala para cubrir mis deyecciones, como me habían explicado, pero me molestó la falta de agua cuando me quise limpiar. Esperando no haberme ensuciado, salí como estaba. Luego Théa me enseñó a usar las hojas.

Germaine y Francine vencieron su repugnancia a bajar y nos acompañaron varias veces mientras que el resto de las mujeres preparaban los

bultos. Cada una había atado las cuatro esquinas de su manta para hacer una especie de bulto, metiendo dentro latas de conserva, carne y distintas cosas que nos parecieron útiles para llevar. Nos pusimos en camino. Dos mujeres llevaban cada una de las tres ollas llenas de agua y habíamos decidido hacer relevos para que el cansancio no las hiciera tropezar y volcarlo todo. Necesitamos más de una hora para prepararnos. Cuando nos fuimos, el sol parecía llevar tres cuartas partes de su carrera y esperábamos tener tiempo de llegar al otro lado del pequeño valle antes de la noche.

Théa, las dos mujeres que nos habían secundado y yo misma estábamos muy cansadas. Habíamos recorrido más de diez veces las escaleras después de años sin hacer más de diez metros en línea recta y además pasito a pasito, porque los guardias nos tenían prohibido correr. Las otras se dieron cuenta y cargaron con una parte de nuestro equipaje. Cuando Dorothée se dio cuenta de que yo iba dando tumbos, pidió que alguien me llevara el bulto. Luego ya no me volvió a pasar, enseguida me convertí en la más fuerte, porque era la más joven. De todas formas, fui la que se adaptó mejor, sin duda porque no había conocido nada diferente y no echaba de menos nada.

Pronto empezamos a avanzar más lentamente: solo llevábamos sandalias abiertas y caminábamos sobre guijarros que se colaban dentro y nos hacían daño. Cojeábamos, algunas intentaron descalzarse, pero vieron que se podían hacer heridas. Laurette tuvo la idea de desgarrar algunas tiras de tela de la parte inferior del vestido y enrollarlas sobre sus pies. Pronto la imitamos.

En la cima de la colina nos detuvimos para mirar atrás. En el paisaje árido todo permanecía inmóvil. Pronto nos pusimos de nuevo en marcha, volviendo la cabeza una y otra vez. En cuanto dejamos de ver la garita pensamos en detenernos, pero Germaine, que tenía la vista especialmente aguda, dijo que creía que había agua abajo, que le parecía ver reflejos entre los arbustos. Había caminado con la cabeza gacha, con cuidado de no hacerme daño a pesar de los calcetines improvisados. Levanté la mirada, pero, aunque enseguida pude darme cuenta de que mi vista era excelente, no tenía ni idea de a qué se podía parecer un curso de agua entre los arbustos. La perspectiva de un río devolvió las fuerzas a todo el mundo y decidimos seguir avanzando. Germaine no se había equivocado, media hora más tarde soltamos los bultos, nos quitamos la ropa y salimos corriendo hacia un agua fresca y poco profunda.

Este primer baño me gustó tanto que creí que no querría salir. Me quedaba tendida en el lecho del río, mi pelo flotaba, me habría quedado dormida si no hubiera sentido el frío.

Teníamos la impresión de estar demasiado agotadas como para tener hambre, pero una vez frescas y descansadas encendimos el fuego. La madera ardía rápidamente, pronto se hizo brasa y las mujeres confeccionaron una parrilla con alambre para asar la carne. Era la primera vez que comía algo que no estaba hervido. Me pareció delicioso, creía que no podría dejar de comer. En realidad, creo que me quedé dormida con la boca llena.

Me desperté en mitad de la noche. Me quedé atónita: ¡estaba oscuro! Incluso con los ojos abiertos de par en par apenas podía verme las manos. El cielo era una masa oscura, daba un poco de miedo, como si se pudiera derrumbar. Tardé mucho en entender que había otra vez muchas nubes. Sentía opresión e intenté tranquilizarme pensando en lo que las mujeres me habían dicho a veces sobre las estrellas, tan lejanas, las constelaciones y las galaxias. Y entonces me embargó otra inquietud, el sentimiento de un vacío infinito, el vértigo y el temor de caer en esta extraña oscuridad, revoloteando eternamente en la nada. Me hice una bola como para protegerme y me di cuenta de que estaba tumbada muy cerca de otra mujer, nos tocábamos. Me sobresalté y tuve el reflejo de apartarme a causa del látigo, pero enseguida me acordé de que ya no había guardias. No obstante, el contacto de otro cuerpo no me resultaba agradable y retrocedí lentamente. No volví a sentir el impulso que, aquella noche, me arrojó contra Francine. Me habían tapado con una manta, lo cual me pareció extraño y conmovedor.

Me quedé inmóvil entre las mujeres, mis compañeras de siempre, que dormían a mi alrededor. Un vientecillo movía levemente las hojas y yo escuchaba este ruido tan nuevo. Había cambiado de mundo, todo era desconocido, desde la mañana no paraba de aprender. Me atravesó una oleada de felicidad: pasara lo que pasara, había salido del sótano y, como las demás, estaba dispuesta a morir antes de volver allí. Ya me costaba entender cómo había podido soportarlo. Me dije que, si no habíamos muerto todas, es porque el dolor no mata.

Vi amanecer. El cielo se aclaraba ante mis ojos, las nubes se disiparon, llegó la luz, primero gris, luego cada vez más dorada, a medida que subía el sol. Escuché cantar a algunos pájaros y vi que volaban muy alto. Poco a poco, las mujeres se despertaron, sorprendidas, como si la noche les hubiera hecho olvidar que habían salido, y luego rieron y empezaron a llamarse unas a otras. Nos fuimos a lavar al río y, paseando, encontramos un poco más lejos una poza lo bastante profunda como para nadar. Théa me sujetó en el agua, quería enseñarme a nadar a braza, pero yo tenía miedo, no conseguía seguir sus indicaciones, me arañaba las rodillas con las piedras. No obstante, conseguí

flotar boca arriba y me pareció delicioso dejarme llevar por la débil corriente. Luego nos comimos el contenido de algunas latas de conserva. Las mujeres encendieron el fuego y se las arreglaron para acumular muchas cenizas calientes, donde pusieron a asar las patatas. Así pasamos el primer día, comiendo por gula, volviendo a bañarnos una y otra vez, haraganeando bajo el sol tibio. El miedo a los guardias no nos había abandonado y decidimos que siempre hubiera una o dos de nosotras en lo alto de la colina, para vigilar la garita. Cuando me tocó a mí, dije que no era necesario que me acompañase nadie, me parecía que me gustaría estar sola.

Por la noche, volvieron las preguntas: ¿Dónde estábamos? ¿Qué íbamos a hacer?

¿Estábamos en la Tierra?

Me preguntaron cuánto tiempo había pasado desde una puesta de sol a la otra: me parecía que algo más de veintidós horas y media. Evidentemente, eso no probaba nada, pues no sabíamos realmente a qué ritmo latía mi corazón. Ninguna había oído hablar de desiertos de piedras en un clima tan suave, pero todas estaban de acuerdo en reconocer que habían viajado poco y que, en su vida de antes, no se habían preocupado demasiado por la geografía. Solo necesitaban conocer los alrededores de su casa y algunos paseos por las afueras de las ciudades en donde vivían. Habían visto películas que les mostraron países en los que no habían estado, pero ¡la Tierra era tan grande! Les parecía curiosa una vegetación tan escasa: algunos bosquecillos con árboles raquíuticos que parecían encinas, bojes, alerces... Desgraciadamente, no se acordaban muy bien. Y una hierba rala. No se veía ninguna flor silvestre, lo que no quería decir nada, porque quizá no era la estación de las flores. Les llamó la atención que hubiera tan pocos insectos, pero tampoco pudieron sacar de ello ninguna conclusión. El terreno se extendía hasta el horizonte en largas ondulaciones que parecía excesivo llamar colinas, pero ¿cómo atreverse a pensar que habíamos abandonado la Tierra?

—Hay que buscar ciudades —dijeron.

¿Y si las ciudades perteneciesen a los guardias? ¿Y si nos volvían a atrapar? Hubo muchas discusiones inútiles, porque en realidad nunca encontramos ciudades. No teníamos prisa por ponernos en marcha, era delicioso estar al aire libre, bañarse en el río y comer hasta hartarnos. Eso nos volvía perezosas y pasamos varios días en discusiones deslavazadas que la llegada de los placeres interrumpía fácilmente.

Ya no sentía la hostilidad furiosa de antes, mi ira se había disipado y ya no me aferraba con odio a los defectos y la tontería de mis compañeras. No

obstante, me di cuenta de que les costaba mantener durante mucho tiempo una reflexión, que no eran capaces de llevar los razonamientos hasta el final. Théa era la única capaz de hacerlo. Algunas de las cosas que me dijo me hacen pensar que la inestabilidad de su pensamiento venía del largo tiempo que las mujeres habían pasado drogadas y que quizá yo misma hubiera podido ser más inteligente y buscar mejor de lo que lo hice cuando, más tarde, me quedé sola. Por ejemplo, cuando encontré la carretera no se me ocurrió seguirla en los dos sentidos; no lo he pensado hasta estos últimos días, pero ya soy incapaz de intentarlo. Además, eran mujeres poco instruidas que, antes de estos hechos de los que no sabíamos nada, cuidaban de sus familias, criaban a sus hijos o, si trabajaban, eran vendedoras, camareras, cajeras, profesiones de poco prestigio que me fueron explicando después. Solo Théa tenía estudios: había sido mecanógrafa durante unos años y luego había vuelto a estudiar para ser enfermera. Cuando la encerraron, acababa de sacarse el título. Había olvidado muchas cosas. Las otras mujeres eran poco previsoras y más bien desorganizadas, enseguida se aferraban a sus rutinas, no habían desarrollado unas cualidades que no necesitaban. Para la mayor parte, la situación no cambió, pues Dorothée, Théa y yo misma enseguida asumimos la responsabilidad de nuestras vidas.

Detestaba a Dorothée porque se arrogaba un poder que solo se basaba en su edad. Empecé a respetarla cuando vi que era la primera en pensar en las cosas necesarias. Cada vez que las mujeres se lanzaban a discusiones que luego olvidaban, Dorothée las interrumpía con tacto y proponía las decisiones más útiles. Vi que su autoridad se basaba en su pertinencia, pero no quería sentarme a esperar sus instrucciones, más bien quería hacer como ella y anticiparme a las cosas. Tras unos días, nos dimos cuenta de que las provisiones se habían quedado en la mitad.

—Hay que ir a buscar más —dijo— y hacer el inventario de lo que hay abajo. Luego decidiremos si nos quedamos aquí o nos marchamos.

Cuando hablaba de decidir, yo sabía que se refería a Théa y a ella, pero estaba segura de que pronto me incluiría a mí.

Unas quince mujeres nos acompañaron a Théa y a mí. No bajarían, pero nos ayudarían a llevar lo que subiéramos. También vigilarían, lo que me parecía inútil. Se lo dije a Théa.

—Quizá tengas razón —dijo—, pero yo me siento más cómoda si hay alguien arriba. Nunca se sabe. No conocemos la razón de que se hayan marchado, ni cómo lo han hecho, y no podemos estar seguras de que no volverán.

Eso parecía indiscutible. Es imposible prever nada en un universo cuyas reglas no conocemos.

Rehicimos el trayecto que llevaba a la garita y, a medida que íbamos avanzando, nos quedábamos en silencio. Yo nunca había sido charlatana, pero tenía la costumbre de vivir en medio de una nube de pequeños charloteos, y ahora solo se oía el chirrido de los guijarros bajo nuestros pasos.

—Si nos queremos mover, tendríamos que buscar mejor calzado —dijo Théa—. Estas sandalias no valdrán ni para dos días de marcha.

Con la prisa de marcharnos, nadie había examinado las salas que habíamos cruzado, pero me parecía haber visto unas botas similares a las que llevaban los guardias.

—¡Es que somos cuarenta! —dijo Germaine.

—Si caminamos descalzas, se formará callo, quizá...

Pero no terminó la frase y ninguna se lanzó a las suposiciones habituales. A medida que nos acercábamos, la inquietud nos impedía hablar. Involuntariamente, redujimos la marcha.

—No ha cambiado nada —dijo Annabelle cuando llegamos a la garita.

El viento soplaba suavemente. Si nos callábamos y no nos movíamos, la nota que cantaba para nosotras siempre era la misma. Aquel día, las nubes habían vuelto, el cielo estaba alto y blanco. Vi que mis compañeras se estremecían.

—Vamos —dije.

Veníamos del aire libre, retrocedí asqueada: desde el segundo tercio de la escalera me asaltó ese olor. Théa me explicó:

—Es nuestro olor, que se ha quedado abajo. Ya has perdido la costumbre. El sistema de ventilación nos garantizaba un aire respirable, sin más.

Entonces lo escuché: era el mismo zumbido sordo que me había acompañado toda mi vida y pronto me di cuenta de que, desde que estaba fuera, su ausencia me había inquietado confusamente.

—Y la luz se ha quedado encendida —dije—. Es extraño. ¿Acaso no hubiera debido apagarse y pararse todo?

—¿Cómo saber en este mundo qué es normal y qué no? Es una suerte, de todas formas, ¡no habíamos previsto nada!

Las luces nunca se apagaron.

Ninguna de las dos teníamos ganas de entrar en la gran sala donde estaba la jaula. No obstante, nos forzamos a ello y lo hicimos inmediatamente, para que esta obligación no nos estropeará el placer de explorar. No sé qué oscura aprensión se calmó cuando vimos que todo estaba exactamente como lo

habíamos dejado al marchar. Queríamos llevarnos los colchones, pues habíamos dormido sobre el suelo después de igualarlo con una pala; bromeábamos con el hecho de haber perdido el único elemento confortable del sótano.

—Serán muy pesados, no sé cómo vamos a cargar con ellos si nos marchamos. Los podemos subir, pero solo nos servirán si decidimos quedarnos.

—Eso no tiene sentido. Debemos buscar la civilización.

—¿Cuál?

Théa me miró.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros.

—Es evidente. Este planeta les pertenece. ¿Qué podríamos encontrar, salvo a quienes han ordenado nuestra prisión? No me apetece nada.

—Crees que no estamos en la Tierra...

No me preguntaba, estaba afirmando. Yo no sabía mucho más que lo que había dicho. Y nunca supe mucho más.

Luego pasamos a la sala de la derecha, la que tenía una mesa y varias sillas. A lo largo de la pared había seis armarios altos y estrechos. Théa me dijo que se llamaban taquillas y que siempre las había a disposición del personal en los centros de trabajo, allí guardaban sus cosas. Estaban abiertas. Encontramos un par de botas en cada una, no me acordaba de haberlas visto allí. Théa las sacó y las puso sobre la mesa. También había dos camisas, dos calzoncillos y dos pantalones.

—Podrá sernos muy útil, pero no hay suficientes.

En un cajón había hilo y agujas, así como otros objetos que no era capaz de identificar.

—Tijeras, botones y cremalleras: lo que necesitan para reparar sus uniformes —dijo Théa.

Eso era todo, lo que la dejó perpleja.

—Ni fotos, ni cartas, ni objetos personales, pero es verdad que no se alojaban aquí. Sin duda, los dejaban en otra parte. Se marcharon tan deprisa que no tuvieron tiempo de llevarse sus cosas.

Se interrumpió, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Si no vivían aquí, ¿por qué las camisas y las botas?

Al fin, se encogió de hombros.

Pasamos al otro lado, cruzamos la habitación en donde estaban almacenadas las conservas para llegar a la cámara frigorífica. Théa se paró a mirar el termómetro que estaba sobre la puerta.

—¡Menos cincuenta grados! Querían que se conservara la comida durante mucho tiempo. Quizá no recibían provisiones con frecuencia.

Sacamos rápidamente lo que necesitábamos. Tenía mucho frío, una sensación que no había tenido nunca y que me pareció dolorosa. Al verme tiritar, Théa fue a buscar una manta y me envolvió en ella.

—Hay que tener cuidado de no enfermar. No sé con qué te cuidaría, no he visto nada que se parezca a un botiquín. ¡Y, sin embargo, nos daban medicinas! Siéntate y descansa, voy a calentar agua.

En la otra habitación habíamos visto un infiernillo y una cacerola mucho más pequeña que la que usábamos nosotras. Théa buscó algo con que aromatizar la bebida que me estaba preparando y solo encontró unas briznas de té en el fondo de una bolsa. Este sabor nuevo no me gustó mucho, pero bebí dócilmente y eso me calentó.

Luego volvimos a la primera sala. Théa se puso a buscar café o más té, pero no encontró nada para preparar una infusión. Yo no era de mucha utilidad, porque no sabía leer y las etiquetas no me decían nada. Había gran cantidad de herramientas, en este terreno nunca nos faltó de nada, salvo entender qué hacían allí. Ya he mencionado los clavos y los martillos, hay que añadir sierras, cepillos, todo tipo de alicates, picos, palas y varios abrelatas. Théa señaló algunos objetos cuyo nombre o utilidad no se fijaron en mi mente, pues nunca tuve ocasión de utilizarlos.

Tomamos las sierras y las palas. Descubrimos una gran reserva de mantas como las que nos habían dado, pero nuevas. Sin duda, estaban allí esperando a que fuera necesario repartirlas.

—Con lo que tardan en desgastarse, tenemos para cien años —dijo Théa.

Las atamos para poder subir las cosas.

—No podemos cargar con todo esto, es demasiado y seguimos débiles por los años que hemos pasado casi sin movernos.

La idea de subir cien escalones con un bulto así ya era bastante terrorífica, pero era impensable viajar cargando con él.

—Podríamos usar el carro —dije—, siempre que consigamos subirlo.

Era ancho y pesado. Como la escalera era recta, pasaría sin problemas, pero el peso nos hacía dudar.

—Vamos a intentarlo.

A los diez escalones, ya estábamos sin aliento. Necesitábamos levantarlo del todo si no queríamos estropear las ruedas, lo que lo hubiera inutilizado.

—Si Germaine, que es valiente y fuerte, quiere venir a ayudarnos, lo conseguiremos.

Llamamos, pues estábamos seguras de que las mujeres nos esperaban cerca de la puerta. Germaine se unió a nosotras sin hacerse de rogar. Subimos lentamente, haciendo varias pausas para no agotarnos. Cuando Francine y Annabelle vieron hasta qué punto estábamos cansadas, superaron su repugnancia y bajaron a buscar los bultos que habíamos preparado. Tomamos carne suficiente para dos días, pues solo teníamos que volver a buscar más, y dejamos los colchones, que pesaban demasiado. En el último momento, cargué con una silla para Dorothée.

La vuelta fue muy lenta. Teníamos que ir despejando el terreno para el carro: poco a poco íbamos abriendo un pequeño camino. Annabelle se adelantó para pedir a algunas mujeres que nos ayudaran.

—¡Pero si ven el camino —dijo una de ellas—, sabrán enseguida dónde estamos!

Théa y Germaine se encogieron de hombros. Poco a poco, todas las que se atrevieron a bajar manifestaron la misma seguridad de que nunca volverían. Había algo tan definitivo, una tal ausencia de rastro en las salas abandonadas, que no se podía ni pensar que alguien llegara y nos dijera: «Esto es mío».

Rápidamente organizamos el trabajo en equipo: algunas mujeres iban por delante quitando las piedras, las otras seguían, barriendo el camino con una pala. Cuando encontrábamos resistencia, parábamos el carro para despejar el terreno. Como iba muy cargado, teníamos que empujarlo entre varias. Cuando llegamos, las hogueras estaban encendidas y nos esperaba la carne asada. Dorothée comió sentada en su silla y nos agrupamos a su alrededor.

—Debemos marchar. No podemos instalarnos aquí y vivir como parásitos del sótano. Debemos vivir como seres humanos, quiero saber dónde estamos, quién nos ha encerrado y por qué. No tengo ganas de morir sentada en una silla en medio de la nada.

Curiosamente, acababa de definir su destino.

—Tenemos mantas y mucho hilo: fabricaremos mochilas, cada una cargará con lo que pueda. Iremos hacia el norte o hacia el sur, da lo mismo, ya que no sabemos dónde está lo que buscamos.

—Ni si tendremos la suerte de encontrarlo —murmuró Théa.

—Germaine, Théa y la pequeña volverán al sótano a buscar latas. Debemos comprobar el peso de lo que comemos cada día y ver si una mujer

es capaz de cargar con dos meses de comida. Caminaremos. Ganaremos en resistencia y acabaremos haciendo veinte o veinticinco kilómetros por día, así andaremos mil o mil quinientos kilómetros, para entonces habremos encontrado algo. Si no...

Se estremeció. Hubo un pequeño silencio que rompió Théa:

—Si llevamos dos meses de provisiones, solo podremos caminar un mes, habrá que prever la vuelta.

El silencio se prolongó. Nadie quería creer que no encontraríamos nada, pero por la noche no se veía ninguna luz. En el mundo de antes, había señales de paso, carreteras, aviones, incluso por encima del desierto. Esta llanura vacía y este cielo silencioso nos daban la sensación de una tierra deshabitada.

—Saldremos en dos días. Mañana coseremos las mochilas.

Aquella noche el cielo se despejó. Tras la puesta del sol, cuando la noche cayó del todo, miré mucho rato las estrellas. Théa, tumbada de espaldas, permanecía inmóvil, con los ojos abiertos.

—¿No duermes?

—Me pregunto si es el cielo de la Tierra. No veo la Osa Mayor, la única constelación que podía reconocer. En el otro hemisferio se veía la Cruz del Sur, pero no sé a qué se parecía ni dónde encontrarla.

Al día siguiente, estuvimos muy ocupadas. Hicimos varios viajes al sótano para buscar provisiones, nos repartimos las herramientas, las palas y las cacerolas en cuarenta montones. Una docena de mujeres cosían mochilas lo más sólidas que podían. Queríamos llevar el carro, pero nos retrasaría mucho. Cuando lo pienso, no veo por qué parecía tan evidente en aquel momento que no nos debíamos separar: es como si todas tuviéramos el presentimiento de lo que nos esperaba y nos aferrásemos a negarlo. Théa insistía en llevar las ruedas y me explicó cosas complicadas a propósito del origen de la técnica. A fuerza de examinarlo, encontró la forma de desmontarlo. Cada una cargó con una parte. También nos llevaríamos la silla.

A causa de Dorothée y de las otras ancianas, Élise y Marguerite, nuestro avance fue bastante lento. Teníamos que parar cada hora para que descansasen y, cuando había una cuesta, por muy suave que fuera, no podían subirla de una vez. Yo iba por delante, impaciente por saber qué había al otro lado y siempre estaba decepcionada de ver solo la llanura, unas ondulaciones ligeras y la cuesta siguiente. Las mujeres me miraban volver, esperando que hubiera visto casas, carreteras, señales, pero yo negaba con la cabeza. Cruzamos tres grandes ondulaciones de terreno, el sol bajaba cuando vimos otro curso de agua, más pequeño que el anterior, y decidimos parar.

Rápidamente, preparamos el campamento: la hoguera de piedras, un agujero dentro de un arbusto como letrina y tres mantas para aislarla. La comida fue bastante silenciosa, la decepción nos acompañaba.

—Era previsible —dijo Théa—. Han construido el sótano lejos de todo, quizá para mantenerlo en secreto.

Las mujeres aceptaron enseguida esta idea. No querían estar tristes y pronto encontraron la forma de empezar a discutir sobre el viejo tema del encierro. Tras un momento, incluso volvieron las risas. Cuando cayó el sol, Rosette se puso a cantar.

Me quedé estupefacta. Nunca antes había escuchado música, apenas si sabía que existía. Mirad, había dicho Annabelle, ¡qué bonito está el cielo! Y todas habían vuelto la vista a poniente. Algunas exclamaciones se apagaron rápidamente ante el esplendor inesperado de los colores. Yo no los conocía, nunca había visto estas gradaciones de rosa, de malva, solo conocía el gris del sótano: largas estelas de púrpura viraban hacia el violeta, algunas nubes parecían verdes, atravesadas por rayos de luz dorada. Me había quedado sin aliento y estaba a punto de preguntarle a Théa cuando se alzó la voz de Rosette, clara y potente, en el silencio. Me atravesó una especie de vibración, como un eco lejano del éxtasis, pero más duradero, y se me llenaron los ojos de lágrimas. Cantó mucho rato, las otras mujeres la acompañaban en sordina, el sol desapareció en una especie de larga y dulce ovación y el crepúsculo se apoderó de la llanura.

Más tarde, durante el sueño, sentí cómo unos brazos me levantaban: era Théa, envolviéndome en una manta. Esta vez no tuve ese reflejo de rechazo recordando a los guardias y el látigo, pero no me volví a dormir. Sentí un malestar oscuro. Me distrajerón las estrellas, que me fascinaban. Las miré mucho rato, me parecían inmóviles y, sin embargo, se desplazaban, tan lentamente que no podía seguir su movimiento. El canto de Rosette seguía resonando en mi cabeza.

Pasado un momento, me dirigí a la letrina. Al volver, me di cuenta de que algunas mujeres se habían instalado aparte, debajo de las mantas, de dos en dos, abrazadas. Me pareció extraño. Cuando tuve la ocasión de hablar de ello a Théa, se encogió de hombros y me dijo que se daban la una a la otra lo que podían. No insistí, porque me pareció azorada.

Caminamos durante veintiséis días y cada noche llegaba la tristeza y luego el canto de Rosette. Nunca era el mismo. Al principio, cantaba melodías que había aprendido hacía tiempo, luego se puso a inventar, desarrollando un talento que no sabía que tenía. El día veintisiete, cuando paramos a mediodía,

hice como de costumbre, salí antes mientras que las mujeres preparaban la comida y, por primera vez, vi algo: en medio de la larga pendiente por la que bajaríamos después de comer, había una pequeña construcción cuadrada similar a la garita de la que habíamos partido; creí por un momento que estábamos caminando en círculos. Sin embargo, la configuración del paisaje no era la misma, esta garita no estaba en el centro de un llano y no se abría al sur, como la nuestra. La puerta entreabierta estaba frente a mí. Cuando estaba a punto de correr hacia allí, me di cuenta de que debía avisar a las demás. Entonces volví atrás, hice grandes gestos y abandonaron hogueras y cacerolas para unirse a mí. Me obligué a esperar. Yo también me había convertido en una buena compañera.

Llegaron todas corriendo. Incluso Dorothée, quedándose sin aliento, se esforzaba por acelerar. Théa y yo la ayudamos a subir la pendiente. Estaba contenta, pues esta tarea me ayudaba a contener la impaciencia. Nos quedamos un momento agrupadas ante la puerta entreabierta, cohibidas y asustadas: ¿Y si hubiera guardias? Di un paso, tiré de la puerta hacia mí. Los goznes se habían oxidado y se resistían. Apliqué más fuerza y cedieron con un chirrido. Vi el principio de la escalera, la luz estaba encendida. Había un olor desagradable. Entré, seguida por Théa y Dorothée, y empezamos a bajar. Íbamos en silencio, como si el presentimiento de lo que íbamos a encontrar empezara a pesar sobre nosotras.

El olor aumentó enseguida, antes de que llegáramos a la mitad de la escalera se había vuelto sofocante. Las mujeres más valientes estaban detrás de nosotras, escuchamos sus exclamaciones. Dorothée se detuvo, arrancó un trozo del bajo del vestido y se hizo como una mascarilla que se colocó delante de la nariz. Todas la imitamos: el olor apenas disminuía, pero teníamos la impresión de aislarnos un poco. Volvimos a bajar, respirando suavemente, haciendo pausas para evitar los jadeos. Las mujeres se habían callado una tras otra, ya solo se escuchaba el débil ruido de nuestros pasos sobre los escalones. Llegamos abajo. Las grandes puertas de madera estaban abiertas, como en nuestro propio sótano el día de la sirena. Crucé la doble puerta y me detuve en seco, petrificada de horror.

Era la media luz nocturna, pero veía la jaula: estaba llena de mujeres muertas. Me pareció que estaban por todas partes, tumbadas sobre los colchones, unas sobre otras, aferradas en racimo a la reja, amontonadas, desparramadas en un desorden horrible. Algunas estaban desnudas, otras llevaban puestos unos harapos, tenían posturas terribles, torturadas, con la

boca y los ojos abiertos, los puños apretados como si se hubieran peleado, matándose unas a otras en el delirio del que las había arrancado la muerte.

Aquí la alarma había sonado en medio de la falsa noche, la reja estaba cerrada, los guardias no estaban y nadie se había preocupado por abrir. Lo habían intentado, pero habían muerto de dolor mucho antes de que las matara el hambre. Durante cuántos días, gastando sus últimas fuerzas, sin comida, rabiosas y desesperadas, aferrándose a los barrotes, intentando abrir la cerradura sin llaves y sin herramientas, con los dedos ensangrentados, enfermas, habían seguido intentando lo imposible hasta volverse locas, tumbándose agotadas y levantándose de nuevo para atacar el acero con las manos desnudas, habían gritado, llorado, se habían hundido en el estupor, a veces habían recuperado la razón para contemplar su destino y huir de él en medio del furor. Ahora apestaban, verdes por la descomposición, presas de los gusanos que hervían en su carne devastada, imagen monstruosa de lo que, por un azar increíble, no nos había pasado a nosotras.

Nuestras compañeras se iban uniendo a nosotras, las primeras con paso rápido, luego cada vez más despacio. Nos apartaron a Théa, Dorothée y a mí y nos encontramos pegadas a la pared del sótano, lo más lejos que podíamos de la reja, cuarenta vivas contemplando a cuarenta muertas. Nos quedamos mucho tiempo así, en un horror que nos inmovilizaba, luego Dorothée se arrodilló y la escuché hablar a media voz.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...

Más tarde, nos dijo que era algo que volvía de su infancia, cuando su abuela le enseñaba las oraciones cristianas a escondidas de sus padres.

Las otras mujeres se arrodillaron también y recuperaron la palabra como si, ante el horror, los antiguos ritos volvieran a tener un sentido. El sordo zumbido de las palabras, pronunciadas en desorden, planeó sobre el caos terrible de los cuerpos, luego ascendió la voz de Rosette. Cantó y su voz de soprano poderosa se desplegó con toda su amplitud, no era capaz de comprender lo que decía, pero el tono era tan lento, triste y profundo que la abominación se transformó en dolor y sentí cómo mi corazón se encogía. Cuando se calló, nos quedamos en silencio, luego salimos sin ruido, una a una, y volvimos a subir muy lentamente.

Por la noche, Théa me explicó que había cantado la oración de los muertos, en latín, una lengua muerta desde hacía tanto tiempo que solo se utilizaba para las ceremonias. No comprendí bien, ni en ese momento ni después, lo que era una ceremonia, pero si estas páginas que dejo tras de mí encuentran un lector, él lo sabrá.

Aquel día nos quedamos allí. De vuelta al campamento, nadie pudo comer y estuvimos sentadas durante horas sin hablar. No pudimos probar un bocado hasta que cayó la noche y empezamos a charlar. No habíamos sido las únicas prisioneras. Había otro sótano, idéntico al nuestro. Estas dos evidencias nos sobrecogían. No comprendíamos nada de lo que nos había pasado, a veces nos parecía que nuestro descubrimiento nos daría respuestas y otras veces que lo hacía todo mucho más opaco. Ahora puedo decir que, simplemente, nos habíamos hundido más en la insensatez.

Dije que eran cuarenta: enseguida tuvimos la sensación de que eran tan numerosas como nosotras, pero nadie las había contado. Lo hice por la mañana, para descubrir que eran treinta y nueve, pero había cuarenta colchones. Sin duda, una había muerto antes del día de la alerta y habían retirado su cadáver. Días más tarde, cuando hablábamos de ello, seguimos refiriéndonos a cuarenta, pues eran nuestras semejantes, unas dobles más desgraciadas y, para nosotras, su número era igual al nuestro. Miré si las llaves no estaban por algún sitio, queríamos abrir la reja para sacar a las muertas y enterrarlas fuera, pero no encontré nada. Intentamos forzar la reja con las herramientas que teníamos, pero o bien estaba muy sólidamente construida, o bien ninguna de nosotras supo cómo hacerlo, porque no lo logramos. Para terminar, Théa y yo cerramos la gran puerta doble y esa fue toda la ceremonia que les pudimos ofrecer. Habíamos querido hacer una tumba y sellarla, o dejar algún mensaje que dijera que tras la puerta de madera yacían cuarenta mujeres muertas por una causa demente y desconocida, pero no teníamos nada para escribir y la madera era demasiado dura para que la pudiéramos grabar.

Hicimos el inventario de las dos salas, como habíamos hecho en nuestro sótano, y encontramos las mismas cosas, incluyendo las botas que nos venían muy bien, pues el estado de las sandalias era cada vez peor. De nuevo, conseguimos carne fresca y renovamos la provisión de latas.

Tres días después volvimos al camino. Una especie de inercia había invadido a mis compañeras. Hablaban poco, las veladas eran silenciosas, salvo cuando se elevaba el canto de Rosette y ellas la acompañaban. Creo que no querían pensar en todo aquello, para no enfrentarse con algo que, a fin de cuentas, tendrían que admitir y para no desesperar. Habían pensado en encontrar ciudades, civilización, pero a mí me parecía normal no encontrar más que garitas, y creo que ellas lo presentían. El universo del que me hablaban me resultaba desconocido, no me lo imaginaba y, cuando tras una larga pendiente solo veía nuevas ondulaciones, no me extrañaba, pues no

conocía imágenes de ninguna otra cosa. Su estado de ánimo turbio se me estaba contagiando, pues ya no tenía ganas de adelantarme corriendo y fue Germaine la que vio la tercera garita. Apresuramos el paso moderadamente, llenas de aprensión y, al bajar, no nos duró mucho la esperanza de encontrar la verja abierta, de que las ocupantes hubieran podido escapar y nos las pudiéramos encontrar fuera algún día: el olor estaba allí.

Esperábamos encontrar mujeres, pero eran hombres. Ellos también habían querido escapar. Habían tratado de arrancar uno de los lavabos, intentando utilizar las tuberías como herramienta para atacar la cerradura. Todo se les había resistido, las tuberías estaban torcidas, pero no rotas, la porcelana de los sanitarios colgaba de la pared, no la habían podido romper. Los cuerpos yacían desordenados, estaban en el mismo estado que los de las treinta y nueve mujeres. La ventilación seguía funcionando, el olor desaparecería poco a poco y los cadáveres seguirían allí, momificados o reducidos a un esqueleto, unos desnudos y otros vestidos con harapos, camisas desgarradas o pantalones cortados con el mismo tejido ligero que nuestros vestidos, derrumbados aquí y allá de cualquier forma, sin dignidad, testigos trágicos de lo incomprensible. Rosette, llorando, se negó a bajar y no cantó la música de los muertos. Tomamos lo que nos podía resultar útil de la despensa y nos marchamos inmediatamente, avanzando lo más lejos que pudimos para no tener que acampar cerca de un montón de cadáveres.

Seguimos así durante meses, de cementerio en cementerio. Habíamos perdido la esperanza de llegar a una ciudad, ahora solo esperábamos encontrar algún día una verja abierta. Decidimos ir dejando huellas de nuestro paso, para avisar a las otras, si las hubiera. Ante la puerta de cada garita despejamos el suelo para dibujar una gran cruz con piedras. Théa me explicó que era el signo de la cristiandad, a la que habían pertenecido nuestros antepasados y que, en otros tiempos, había servido de emblema a los perseguidos. Ya nadie temía que volvieran los guardias, no sabíamos qué había ocurrido con ellos, pero estábamos seguras de que ya no estaban allí. También hicimos una flecha que indicaba la dirección que pensábamos tomar.

—¿Y si hay otras que hacen como nosotras? La cruz, la flecha, es muy sencillo, podrían utilizar los mismos símbolos, ya que también tienen piedras para escribir. Necesitamos una firma —dijo Dorothée— para no equivocarnos al reconocer nuestras propias marcas.

No sabían qué elegir. En el mundo de antes, firmábamos con nuestro nombre, pero ¿cómo trazar cuarenta nombres en el polvo? Treinta y nueve, en realidad, pues nadie conocía mi nombre, me llamaban la pequeña. ¿Qué

elegir? ¿Un círculo? ¿Un triángulo? ¿Dos líneas paralelas? Al fin, Théa sugirió una cruz con un círculo encima.

—Eso quiere decir que somos mujeres. ¿Qué más necesitamos?

—Puede haber otras mujeres —dijo Germaine—, debemos añadir algo y, como no sabemos nada, ni dónde estamos ni por qué, ni dónde vamos, añadamos un punto de interrogación.

Todas estas cosas nos llevaban, cada vez, un día entero. Varias de nosotras volvimos al sótano donde estaban los hombres y dibujamos los grandes signos sobre el suelo. Nuestro sótano y el primer sótano de mujeres muertas se quedaron sin marca, pero hay muchos otros que las tienen: no todos, porque cuando me quedé sola dejé de inscribir la firma en el polvo, ya no tenía esperanza de encontrar otros seres vivos.

Caminamos durante dos años, por etapas cortas, y luego tuvimos que parar: Dorothee perdía las fuerzas. Ya sabía que se estaba debilitando, pero no lo quiso decir y nos dábamos cuenta de que cada vez caminaba más despacio. Una mañana, cuando se quiso levantar, se tambaleó y enseguida estuvo claro que no se tenía en pie. Théa escuchó su corazón: latía muy lentamente. Decidimos esperar a que mejorase, pero dos días después se puso muy nerviosa.

—No sirve de nada esperar —dijo—. Soy vieja, debo de tener más de setenta y cinco años, mi corazón no va a mejorar. Hay que seguir.

Gracias a las herramientas que llevábamos todavía con nosotras pudimos construir una camilla: derribamos dos árboles rectos, quitamos las ramas y con tiras de tela trenzadas enganchamos la silla. Dorothee se sentó. Como estaba muy débil y siempre tenía frío, la envolvíamos en mantas. La sujetamos al respaldo y la llevábamos entre cuatro, con cuidado de ir todas al mismo ritmo para que no sufriera. Solo pudimos seguir así unos días: incluso así se cansaba mucho y llegó el día en que no podía estar sentada. Clavamos unas ramas sobre los dos montantes para transportarla tumbada. Nos lo agradeció mucho, nos dijo que estaba mejor, pero estaba claro que respiraba mal, y mientras avanzábamos mantenía los ojos cerrados. Al principio dormía y el menor incidente la despertaba, luego nos dimos cuenta de que ya no reaccionaba cuando nos deteníamos para cambiar de porteadoras. Théa decía que había entrado en un coma ligero. Algunas mujeres querían que parásemos, pero Dorothee se despertaba para prohibirlo:

—Si paráis, pensaré que quizá media hora después habríamos encontrado algo, y moriré de mal humor. Quiero avanzar hasta mi último aliento.

Y así es como se apagó Dorothée, suavemente balanceada por las mujeres, mientras Théa caminaba a su lado sujetándole la mano. En un momento dado, dejó de sentir el pulso. Vi correr las lágrimas por su rostro.

—Se acabó —dijo.

Las otras llegaron hasta nosotras y caminamos formando una línea horizontal hasta la puesta del sol, treinta y nueve mujeres y una muerta, barrera irregular que cortaba el camino, procesión silenciosa a través de lo imposible, tomando a nuestro pesar posesión del vacío, junto a la obstinada que había perdido la vida sin detenerse, según su voluntad.

La enterramos durante la noche. Caía una lluvia fina. El canto de muerte de Rosette se derramó por toda la llanura.

Nos quedamos varios días junto a la tumba, como si no quisiéramos dejarla sola, o como si ya no supiéramos por qué caminar. Pienso que ya ninguna de nosotras seguía creyendo en las ciudades que nos traerían la salvación, ni en sótanos con las puertas abiertas. Casi todas las noches, Théa miraba al cielo preguntándose dónde estábamos. Decía que en la Tierra habríamos visto pasar las estaciones: durante unos meses, los días se acortaban apenas y el tiempo se hacía más fresco. Hubiera habido tormentas, nieve o grandes calores, no este tiempo invariable, las lluvias escasas y la vegetación rala. ¿Por qué volver a ponernos en marcha? Eso no nos dirá dónde estamos, decía, siempre estaremos cerca de un sótano y moriremos todas, una tras otra.

Fue en aquel momento cuando me di cuenta claramente de que un día sería la última.

Aunque no sabíamos dónde ir, tampoco sabíamos por qué quedarnos, así que volvimos a ponernos en marcha. Hasta entonces habíamos caminado hacia el sur: decidimos que cambiaríamos de dirección. Seguíamos encontrando garitas, sótanos y muertos. Cuando Marie-Jeanne se puso enferma, decidimos que pararíamos. Hasta que esté mejor, nos decíamos, pero sabíamos perfectamente que sería hasta su muerte.

No había frecuentado mucho a Marie-Jeanne, una mujer un poco apagada que nos seguía sin protestar y nunca tomaba la iniciativa. Recogía leña para el fuego, llevaba su carga sin cansarse, no era ni la última ni la primera cuando caminábamos, no tenía nada que llamase la atención: supongo que es lo que se conoce como un carácter fácil. Era de las que no dormían solas y siempre estaba junto a Emma, la primera que pensó que no estábamos en la Tierra. Éramos demasiado pocas como para no conocernos todas, pero algunos vínculos más estrechos definían grupos y yo no era del mismo grupo que

Marie-Jeanne, sino del grupo que, con Th  a, Germaine y Francine, se había formado junto a Dorothée y tomaba las decisiones. Quiz  a fuera lo que llamaban vínculos de amistad. En todo caso, la enfermedad nos reunião a todas alrededor de una misma preocupación.

Marie-Jeanne tenía problemas en el vientre. Un día tuvo una gran pérdida de sangre, aunque pensaba haber pasado la menopausia hacía tiempo. Luego aparecieron los dolores. Por la noche, dormía poco, el dolor la atrapaba durante el sueño y la sorpresa le arrancaba un gran grito que nos hacía acudir corriendo. Enseguida se controlaba y la escuchábamos gru  nir, con los puños en la boca y sudor en las sienes. Al principio nos quedábamos de pie junto a ella, impotentes y desesperadas. Ella nos decía que volviéramos a acostarnos, que no servía de nada, pero ninguna era capaz de hacerlo y acab  o aceptando nuestra presencia. Emma le secaba suavemente la frente con un trapo húmedo, Th  a posaba sobre su vientre una compresa caliente, pues Marie-Jeanne decía que la aliviaba. La crisis pasaba lentamente y se volvía a dormir agotada por el dolor. Entonces nos tumb  bamos en el suelo junto a ella y dejábamos que nos ganara el sueño. Una mañana, al despertarnos, había desaparecido.

Estábamos bastante cerca de una garita para encontrar provisiones. Nos quedamos estupefactas, mirándonos unas a otras, cuando se me ocurri  o ir a ver al sótano. All   estaba. Había cortado la manta en tiras, las había atado y se había colgado de la reja, junto a cuarenta cadáveres de hombres. Decidimos dejarla simplemente all  , cortamos la cuerda, la tumbamos en el suelo, envuelta en otra manta, la más nueva que teníamos, con las manos cruzadas sobre el vientre que tanto la había torturado y, solo por esta vez, Rosette acept  o bajar a cantar. Luego cerramos la puerta, como siempre. Dibujamos las marcas en el suelo y nos marchamos.

Esta vez, buscábamos un lugar para establecernos. Es como si las dos muertas nos hubieran convencido de que no encontraríamos nada en este planeta que quiz  a ni siquiera era la Tierra. Buscábamos un río, no demasiado lejos de un sótano que cubriera nuestras necesidades: el sitio que abandon  bamos era así, pero no nos queríamos quedar tan cerca del lugar donde una de nosotras había debido matarse para dejar de sufrir. La muerte de Dorothée había entristecido a las que la amaban, pero era ya anciana y todo había sido muy dulce. En cambio, la muerte de Marie-Jeanne era turbadora y daba miedo. Las mujeres más mayores no querían hablar de ello. Quiz  a por eso nos fuimos tan deprisa.

Unas semanas después, encontramos lo que buscábamos: un río muy ancho, en el centro el agua nos llegaba a los muslos, con orillas cubiertas de árboles frondosos. Decidimos construir casas con piedras grandes y una especie de mortero hecho con tierra y agua. Para el tejado, utilizaríamos troncos de árbol desbastados. Habíamos observado que en algunos lugares donde la corriente era menos fuerte se encontraba una hierba acuática que, secada y trenzada, nos daba una cuerda con la que pudimos atar ramas en una capa muy gruesa para fabricar lo que llamábamos brezo, sin estar demasiado seguras de lo que quería decir esa palabra. Luego nos dimos cuenta de que esas mismas hierbas, mezcladas con el mortero, lo hacían más firme. Fuimos modestas: la primera casa tenía cuatro metros de lado. Estuvo lista en dos meses y nos parecía muy agradable refugiarnos dentro cuando llovía. Evidentemente, no cabíamos todas al mismo tiempo, pero las que se quedaban fuera se apretujaban unas contra otras para no perder el calor, como veníamos haciendo desde que salimos, sabiendo que en la próxima lluvia les tocaría a ellas. Con la segunda casa tardamos menos. Decidimos que sería rectangular. Los árboles eran pequeños y no podíamos encontrar una viga que sujetara el tejado en toda su longitud, pero logramos entrecruzar los troncos apoyándolos en columnas de piedra, para obtener una edificación bastante sólida. No importaba, porque nunca había vientos muy fuertes.

Quizá siga en pie.

Subimos sillas y mesas del sótano y, acompañada por cuatro de las mujeres más fuertes, fui a buscar más muebles a los otros sótanos. También subimos colchones. A menudo los encontrábamos cerca de la reja y solo había que tirar de ellos. Solo tocábamos los que podíamos sacar sin molestar a los muertos. El olor se disipaba después de mantenerlos al aire un tiempo y pudimos usarlos sin problema. A veces encontrábamos un tesoro: un trozo de tela, una reserva de hilo, un saco de sandalias, muy oportuno pues, aunque después de pasar por tantos sótanos teníamos cada una un buen par de botas, cuando dejábamos de andar preferíamos tener un calzado que no nos encerrase el pie. Habíamos abandonado el carro cuando vimos que había uno en cada sótano y que había muchos sótanos, pero volvimos a traer uno, después de desmontarlo, y nos sirvió para trasladar de un punto a otro el material de construcción. En total, hicimos cinco casas y la primera se convirtió en cocina. Allí instalamos una chimenea, pues habíamos conseguido fabricar una especie de estufa. Con un martillo aplastábamos las latas vacías, torcíamos los bordes con las tenazas para engancharlas unas a otras y luego las aplastábamos de nuevo, obteniendo una gran placa que colocamos sobre

muretes de piedra. Encendíamos el fuego debajo, de modo que con una sola hoguera podíamos calentar varias ollas. Aprendí a manejar bien la sierra y pude hacer tablas para estantes en los que guardar las provisiones, y también bancos.

Me gustaba mucho construir y hubiera seguido haciéndolo, pero a las mujeres no les apetecía: después de haber vivido cuarenta en una jaula, estaban contentas de estar en grupos de nueve o diez en cada casa. Hablaban de las comodidades que conocieron, como el agua corriente, o las bañeras: eran cosas perdidas que más valía olvidar. Me parece que se adaptaban mejor que yo a nuestra vida sedentaria. A veces subía a una colina, miraba el llano y me ponía nerviosa, porque me apetecía ponerme en marcha de nuevo. Entonces me inventaba algo para hacer, una mesa, un banco... Lo más hábil fue un dispositivo móvil de tablas que permitía sentarse en la letrina. Monté troncos de árbol cortados por la mitad, longitudinalmente, para construir tabiques portátiles y fáciles de mover, lo que evitaba tener que recurrir a arbustos y mantas. Fue un trabajo largo y complicado, que quise hacer sola para prolongar el placer. Cuando no tenía nada que construir, decía que las sierras estaban gastadas, que no había clavos o alicates y convencía a alguna de ellas para que me acompañara de excursión unas semanas. A la vuelta, traía una idea nueva que me ocupaba durante un tiempo, pero siempre eran objetos para construir y teníamos tan pocas necesidades que poco a poco las agoté. Los años pasaban llenos de monotonía cuando el azar de una conversación con Théa me devolvió el placer de aprender.

Ya solo éramos treinta y ocho, repartidas por afinidades en las cuatro casas. Habíamos fabricado lo que Théa llamaba literas, de modo que los colchones no ocupasen todo el suelo. Yo vivía con Théa, Germaine, Rosette, Annabelle, Marguerite, una de las mujeres más ancianas, así como Denise, Laurette y Francine. Todas éramos de carácter tranquilo, realistas y poco proclives a pelear. Las afinidades habían formado grupos que se hicieron más sólidos cuando nos repartimos por las casas, lo que era fácil de entender, pues no me hubiera gustado vivir cerca de Colette, demasiado agitada, o de Marie, una mujer sombría de carácter difícil. Las parejas me dejaban perpleja. Había peleas violentas, con gritos y lágrimas, y me preguntaba qué podía provocar tanto drama. Había conservado de la primera parte de mi vida el miedo a preguntar, pero Théa se dio cuenta de mi incompreensión y me explicó lo que las mujeres podían hacer juntas. Me pareció extraño, pues detestaba que me tocasen, lo que ella atribuía al recuerdo del látigo.

—Pero entonces —pregunté a Théa—, ¿para qué servían los hombres?

Se quedó muy extrañada de mi ignorancia.

—¿Cómo voy a saberlo si nadie me lo explica? En los sótanos donde había hombres muertos algunos estaban desnudos y pude ver que no eran como nosotras. Supongo que eso tiene que ver con el amor del que hablabais antes y del que nadie habla desde hace tiempo, pero no sé nada más.

Entonces, repitió algo que me habían dicho muchas veces:

—¿De qué te serviría saber más? Ya no quedan hombres.

Me invadió la ira, pero ya no era una niña entre mujeres: no importaba la edad que tuviera al principio, ya hacía siete años que habíamos salido y sin duda tenía más de veinte años. Formaba parte del grupo pensante, el que organizaba la vida en común, era una mujer hábil, sabía serrar, clavar, coser y trenzar, no quería que me siguieran tratando como una niña.

—¡Saber sirve para saber! A veces, con lo que sabemos podemos hacer algo, pero no es lo esencial. Quiero saber todo lo que haya que saber, por nada, por el placer, y ahora exijo que me enseñes todo lo que sabes, aunque nunca me sirva para nada. Y, además, no olvides que soy la más joven, es probable que algún día sea la última y quizá necesitaré saber cosas por razones que no se me ocurren ahora mismo.

Entonces me lo explicó todo: los hombres, el pene, la erección, el esperma y los niños. Nos llevó tiempo, pues había tantas cosas para aprender que teníamos que volver atrás, me olvidaba de los detalles. Tenía muy buena memoria, pero Théa decía que la mejor memoria del mundo no puede recordarlo todo a la vez. También me explicó mi propio cuerpo. Como no tenía la regla, ignoraba que tuviera una vagina. Se quedó sorprendida.

—Pero seguro que te has dado cuenta, que has sentido algo, aunque fuera al lavarte...

Luego supuso que, al empezar mi vida como lo había hecho, siempre en público, no había podido adquirir ninguna intimidad conmigo misma. Por supuesto, me enjabonaba cuidadosamente, desde el ano hasta la vulva, como me habían enseñado a hacer las mujeres tras cada deposición, pero eran maniobras de higiene que no me habían hecho pensar que aquellas partes de mi persona tuvieran alguna cualidad particular. No le hablé del éxtasis, que por otra parte había salido de mi cabeza desde hacía tiempo. Hasta mucho más tarde no establecí un vínculo entre aquellas breves delicias y los placeres que dispensa el amor.

Nuestras conversaciones eran bastante desordenadas, pues mi ignorancia asombraba tanto a Théa que perdía el hilo de sus explicaciones. Me hice una idea sobre mi interior. A veces, limpiaba un trozo de suelo y se ponía a

dibujar en el polvo. Me explicó el estómago, el intestino y también el corazón, los vasos y la circulación de la sangre. Todo me interesaba y le pedía más de lo que me podía dar.

—Cuando estudiaba enfermería, aprendí muchas cosas que olvidaba después, pues no me servían más allá de los exámenes y luego creo que los años que pasé drogada me hicieron perder una parte de lo que me quedaba. Dorothée murió probablemente de insuficiencia cardíaca. Mientras ocurría, intentaba recordar: la debilidad del corazón tiene efectos sobre la circulación de la sangre, los riñones, los pulmones, todo tiene una lógica sencilla que, antes, me parecía muy hermosa, pero ya no era capaz de seguir el hilo.

—¿De qué te hubiera servido?

—Para nada, tienes razón, porque no tenía medicamentos. Le di vueltas sabiendo que no tenía sentido, solo para saber. Como tú.

Podía sentir mi intestino, estaban los ruidos, las flatulencias y, regularmente, las heces. En cambio, mis órganos genitales estaban sumidos en el silencio. Por curiosidad, alguna vez, cuando me lavaba en el río, busqué mi vagina: apenas podía introducir el extremo del dedo, a causa del himen que lo cerraba como una puerta cierra un pasillo. Me la imaginaba larga y estrecha, cerrada en cada extremo, como los pasillos de los sótanos: a la entrada, la barrera que solo el hombre puede romper con su sexo, luego más adelante el cuello del útero que solo puede cruzar un niño al nacer para abandonar la gran sala del interior. Me imaginaba unas paredes de un rojo oscuro, lisas y flexibles, y, más adelante, los accesos más alejados, los pequeñísimos orificios de los oviductos que, en mi cuerpo, ningún óvulo había recorrido. Luego estaban las frondosas trompas que envolvían los ovarios, donde hubiera debido tener lugar el trabajo esencial, la maduración lenta y regular del óvulo. Pero eran estériles, quizá estaban arrugados y secos en este mundo en el que no tenían sentido. Mi cerebro sabía que no había hombres, ordenaba a mi hipófisis que no se preocupara por las gónadas, ya tenía bastante trabajo con el hígado, el bazo, el páncreas, la tiroides, la médula ósea y todas las otras tareas indispensables para mi supervivencia, era inútil que se consagrara a un trabajo que no serviría para nada. Ninguno de mis óvulos había madurado. Apenas me había hinchado levemente los senos y dejado que creciera algo de vello sobre mi pubis, luego había renunciado, ahorrándome, cuando me alimentaba tan mal en el sótano, una pérdida de sangre que hubiera debido recuperar, y había considerado que, sin esperma disponible, no era necesario que se desprendieran los óvulos e iniciaran su migración hacia el útero. Mi endometrio era liso. Nunca había visto tierra labrada, pues no teníamos

semillas ni nada que plantar, y mi útero nunca se había tenido que dilatar para acoger a un hijo, así que si encogía o se secaba no tenía importancia.

Cuando me habló de las parejas, Théa me explicó también que había una forma de hacer las cosas sin ayuda y, cuando exploré mi cuerpo, quise saber lo que podía obtener de él. Paseé mis dedos con paciencia por las regiones que deberían dispensarme placer: mis mucosas reconocían mis dedos y mis dedos percibían mis mucosas, pero nunca pasé de ahí. No me extrañó, pues ya me imaginaba que no era como las demás.

Cuando terminó nuestra instalación en lo que llamábamos el pueblo, a veces me ganó el descontento y la impaciencia. Hubiera querido seguir buscando, pero por supuesto no sabía qué buscaba y me esforcé por reprimir mi nerviosismo. Théa me transmitió todo lo que sabía: hablando con ella me di cuenta poco a poco de que a menudo cometía faltas al hablar, que ella corregía maquinalmente. Me explicó lo que era la gramática y estuve encantada de tener una cosa nueva para aprender.

—¡Pero ninguna de ellas es capaz de enseñarte! —me dijo—. Ni siquiera hay una maestra entre nosotras.

—Y cuando me corriges, ¿en qué te basas?

Reflexionó.

—En la costumbre. Y en vagos recuerdos, reglas que supe y que me costaría mucho recuperar.

—¿No me puedes citar ninguna? ¿Una cualquiera?

Vi cómo se concentraba, como antes, la primera vez que había intentado hacer un cálculo mental. Me sonrió:

—En francés, el participio pasado del verbo «avoir» concuerda con el complemento directo si este está situado antes del verbo.

—¡Oh! ¿Qué es un participio pasado? ¿Y un verbo? ¿Qué quiere decir «concordar»?

No conocía ninguna de estas palabras porque, por supuesto, no había aprendido a hablar de forma sistemática, sino reproduciendo maquinalmente lo que escuchaba. Théa empezó a darme explicaciones bastante confusas, pidió ayuda a Marguerite, luego a Hélène, que antes había intentado, junto con Isabelle, enseñarme la tabla de multiplicar. Pronto hubo varias mujeres debatiendo con emoción y reuniendo sus escasos recuerdos. La idea de volver a ocuparse de mi instrucción inacabada no les disgustaba y les pareció que incluso para ellas mismas sería útil. ¿Por qué no tratar de hablar mejor? Rosette podía cantar y procurarnos placeres exquisitos, pero todo el mundo podía disfrutar hablando. Fui una alumna asidua. Para las demás solo fue una

especie de juego que las divirtió durante un tiempo: no teníamos tantas distracciones, no podíamos desdeñar las que nos encontrábamos.

La idea de cultivar esos magros placeres se fue abriendo camino. Varias mujeres volvieron a disfrutar arreglándose y, como ya teníamos tijeras y peines, Germaine había encontrado dos en los sótanos, nos ocupamos de nuestros cabellos, y Alice, que había sido peluquera, hizo un moño a las que querían tener el pelo largo. La diversión no duró mucho tiempo, porque los peines perdieron sus dientes y no encontramos con qué sustituirlos.

También jugábamos a las damas: se le había ocurrido a Augusta, que me pidió que cortara unas tablas y las montara. Luego dibujó las casillas con un tizón. También tuvimos que cortar fichas de pequeño tamaño y tizar la mitad. Me enseñaron las reglas, pero nunca fui una buena jugadora, pues no le veía ningún interés a ganar una partida.

—Está el placer de ser la mejor, de haber pensado bien —me decía Théa.

Entendía perfectamente el placer de reflexionar, pero me parecía absurdo gastar energía en meter las fichas en una caja vacía o volverlas a poner en el tablero y empezar de nuevo.

No encontramos mucho más para hacer. Nos habríamos ocupado de la ropa, pero la tela y el hilo seguían escaseando. Nuestra vida era tranquila pues, con el tiempo, las disputas entre las amantes se atenuaron. Las mujeres más mayores siguieron envejeciendo y olvidaron la escasa pasión que las había unido. La muerte reapareció bruscamente: una mañana, Bernadette no se despertó. Como Marie-Jeanne, había sido una persona discreta y lo fue hasta en esa extinción súbita que nada había anunciado. Luego Marguerite se debilitó mucho, perdió la memoria, dejó de reconocernos y fue incapaz de levantarse. Rechazó la comida sólida y se volvió incontinente. Siguiendo las instrucciones de Théa, construí lo que llamó un cajón y, tras hacer un agujero en el colchón, lo cubrimos de hojas que cambiábamos con regularidad. A pesar de todo, nuestra casa, donde se estaba extinguiendo, olía muy mal. Elizabeth, que había sido su amante al comienzo de nuestros viajes, se vino a vivir con nosotras, como si la situación de Marguerite hubiera reavivado su afecto. La situación se estabilizó durante dos meses y luego se agravó bruscamente, Marguerite se agitaba por la noche, tenía pesadillas que la hacían gritar. Entonces recuperaba las fuerzas para levantarse y correr fuera de la casa o era presa de ataques de furia: así murió, lanzando improperios. De repente, mientras luchaba con las mujeres que la querían ayudar, se quedó inmóvil, mirando fijamente a Elizabeth, movió el brazo hacia delante, como si

quisiera golpearla con fuerza y tuvo un espasmo. Se irguió y dijo con claridad:

—¡No! ¡En absoluto!

Y cayó fulminada.

Decidimos enterrarlas, primero a Bernadette y luego a Marguerite, en un claro en medio del bosque. Preparamos para cada una un pequeño monumento de piedras amontonadas y una cruz de madera en la que inscribimos cada nombre. Las mujeres los grababan como podían con cuchillos viejos y luego pasaban tizones ardiendo por las letras. Alineamos la segunda tumba con la primera y las mujeres llamaron cementerio a ese lugar. Rosette cantó. Una gran tristeza reinó en el pueblo.

La muerte había empezado su labor. ¿Quién sería la próxima? Se instauró una melancolía sorda, creo que se preguntaban qué sentido tenía afanarse con las tareas de la vida cotidiana en esta tierra extraña en la que solo las esperaba una tumba, pero no hablaban de ello. Los tiempos de charloteo infinito sobre cualquier cosa se habían terminado, iban y venían en silencio, lentamente, como ahogándose en lo irremediable. Los días pasaron, luego los meses, hasta que la sensación del drama inminente se disipó. Me di cuenta el día en que Élise, que era ahora la más vieja, nos dijo riéndose:

—¡Yo seré la próxima, a pesar de lo fuerte que estoy!

Volvía del bosque con un enorme hato de ramas para el fuego y ni siquiera jadeaba.

Empezamos de nuevo a pensar en el futuro. En la cámara, la provisión de carne seguía siendo importante, pero Hélène e Isabelle habían calculado que, siendo treinta y seis, no nos duraría cinco años. Yo me abstuve, y sin duda no fui la única, de decir que seríamos cada vez menos. No podíamos pensar en buscar comida en otro sótano, el más cercano estaba a diez días de marcha y la carne se habría estropeado por el camino. Se habló de emigrar y la idea de construir otro pueblo me encantó. Me gustaba construir, me puse a imaginar nuevas disposiciones y llegué a entusiasmarme; propuse añadir nuevas casas al pueblo, para las que quisieran vivir con más intimidad. Ahora era muy hábil y, salvo un estante de vez en cuando, no tenía ocasión de utilizar mi destreza. La idea fue bien recibida, varias mujeres que vivían en pareja dijeron que estarían encantadas de tener una casa para ellas, pero lo más urgente era la ropa: la que llevábamos se estaba deshaciendo. En realidad, el clima nos hubiera permitido ir desnudas, al menos en la estación más cálida, pero las mujeres no querían. Los años de encierro y de promiscuidad bajo la mirada de los guardias habían convertido el pudor en un lujo al que ninguna

deseaba renunciar. Además, pronto nos quedaríamos sin jabón. Se decidió hacer una expedición hacia el oeste, una dirección que todavía no habíamos tomado. Salimos cuatro, Denise, Francine, Germaine y yo, porque éramos las más jóvenes y las más vigorosas. Théa quizá tenía la misma edad que las tres mujeres que me acompañarían, pero era la única que podía atender a las enfermas y quizá, a falta de medicinas, inventar algún tratamiento, de modo que parecía sensato que se quedara en el pueblo. Teníamos que buscar tela, sandalias, jabón y sal, y localizar otro emplazamiento en caso de que decidiéramos emigrar. Las que se quedaron prometieron cortar árboles y ponerlos a secar para que estuvieran listos cuando volviéramos.

Fue una expedición agradable. Íbamos marcando el camino con grandes flechas y piedras, para no perdernos por el paisaje monótono. Íbamos de una cima a la siguiente, para tener visibilidad en la distancia. Tuvimos que pasar por nueve sótanos para encontrar tela, pero en el segundo encontramos un saco de café. Nunca lo había probado y no me pareció muy bueno, estuve mirando a mis compañeras lanzar gritos de alegría sin unirme a ellas y representarse el entusiasmo y el placer de las demás cuando llegaran con el botín. Tuvimos toda la sal y el jabón que necesitábamos, pero ni la más mínima sandalia, lo que nos dejó desoladas, hasta que Denise exclamó que hubiéramos debido pensarlo antes: bastaba con cortar unas botas para hacer unas sandalias con el cuero.

—Es que no nos apañamos muy bien —dijo Germaine molesta.

—Veníamos de un mundo en el que no era necesario, nos lo daban todo hecho y nunca nos preguntábamos cómo se hacía —contestó Francine.

Seguía sin gustarles hablar del pasado y no habrían añadido nada, pero el camino era largo, la ocasión, buena y, desde que Théa me había enseñado tantas cosas, me costaba menos preguntar.

—Contadme —les dije—. ¿Cómo era antes? ¿Cómo vivíais?

Se resistieron un momento, pero acabaron cediendo. Al principio, hablaban para mí, pero luego resultó que nunca se habían contado las cosas unas a otras y les resultaba placentero. Francine había estado casada y había tenido dos hijos, Paul y Marie. En el momento de la catástrofe, estaba pensando en el tercero y, a causa de la niebla que envolvía sus recuerdos, no sabía si estaba embarazada y había perdido el niño o si solo era un proyecto. Su marido se llamaba Lucien, lo había conocido a los veintitrés años, tras una decepción amorosa de la que pensaba que nunca se recuperaría. Cuando lo contaba, repetía constantemente:

—Es tan trivial, una historia de lo más corriente...

Como si no se pudiera dar cuenta de que, para mí, no había nada trivial, porque no me había pasado nada.

—La pequeña tiene razón, nada es trivial —decía Denise— para quien lo vive. Yo no he tenido hijos, pero hubiera querido, y siempre sentí envidia de las que los tenían.

Cuando se quebraron todas esas vidas, estaba en un segundo divorcio, pues, decía, siempre elegía a sus hombres tan mal que nunca conseguía ser feliz con ellos. Germaine no comprendía que se hubiera seguido casando. Ella no lo había hecho nunca, había vivido durante años con el mismo amante, con el que estaba muy contenta. En cambio, eso le resultaba chocante a Denise. Y así se encontraron debatiendo sobre la oportunidad de casarse en ese desierto sin ningún hombre con el que casarse, al que engañar o abandonar y, cuando se dieron cuenta, soltaron una carcajada. Hasta yo fui consciente de lo absurdo de la cosa y me reí con ellas. ¡Vaya! Cuando lo pienso me doy cuenta de que nos reímos más de lo que recordaba. Un rato después, se pusieron a llorar y ya no fui capaz de comprenderlas. Luego me compadecieron, porque no conocía el amor, y fue como cuando hablaban del chocolate, o de la maravilla de tomar un largo baño caliente: creía lo que decían, pero no era capaz de imaginarlo realmente.

Germaine había tenido un hijo de aquel hombre con el que nunca se casó, pero aparte de mencionarlo, nunca quiso hablar de hijos. Mis preguntas no consiguieron derribar las barreras. Más adelante, Théa intentó explicarme su reticencia.

—No lo puedes entender. Yo tampoco lo entiendo del todo, porque tampoco he tenido hijos, pero cualquiera puede preguntarse por lo que pasó con sus hijos. Quizá estén como tú, solos, perdidos entre los adultos, salvados por casualidad, como tú, creciendo con desconocidos que no los podían cuidar realmente. O muertos. O aparcados en un sótano, en grupos de cuarenta, viviendo como animales, muriendo por falta de cuidados. No quieren pensar en sus hijos. Probablemente hayan muerto todos, es lo mejor que se les puede desear. Si Francine estaba embarazada, debió de abortar. Nunca has visto un niño, no sabes lo que representa, su fragilidad, su confianza, el amor que se siente por ellos, el impulso de dar la vida por ellos, para protegerlos, y es intolerable imaginar el dolor de un niño.

Es cierto que no sé nada de todo esto y que no tengo ningún recuerdo de mi propia infancia. Quizá por eso soy diferente de las demás. Seguramente me falten algunas de las experiencias que nos convierten en seres humanos.

No recuerdo bien lo que me contaron. Sin duda muchas cosas me eran desconocidas y no despertaban ninguna imagen en mi mente. Por ejemplo, decían: «Fuimos a bailar». ¿Qué era bailar? Me lo explicaban, se colocaban de dos en dos, frente a frente, Denise colocaba la mano izquierda sobre la cintura de Francine y le sujetaba la mano derecha en el aire. Luego giraban. ¿Y la música? ¿Y el ruido de un acordeón o un violín? Cantaban vales, un, dos, tres, un, dos, tres. Y yo, que contaba desde hacía tanto tiempo los latidos de mi corazón, comprendí el ritmo que se repite, pero nunca me pude representar el ruido de la orquesta, ni los muchachos risueños con los que soñar, ni los vestidos de muselina o de seda que revoloteaban a su alrededor y las hacían tan hermosas. Hablaban de volver al alba, de padres enfadados que gruñían, de besos, de enamorados desdeñados, de hombres a los que hubieran querido, pero no les hacían caso y todo se confundía en mi cabeza. Poco a poco, dejé de pedirles que me hablaran de su mundo y renuncié a hacerme una idea de él. Sé perfectamente que vengo de allí. He tenido un padre y una madre, que seguramente fueron a bailar, que se casaron o se abandonaron, que fueron separados a la fuerza por la catástrofe, como Francine y Lucien. Quizá una de las mujeres que vi muerta en los sótanos era mi madre, o quizá mi padre yacía momificado cerca de una reja: el vínculo se ha roto y el mundo del que vengo me resulta totalmente ajeno. No he escuchado su música, no he contemplado su pintura, no he leído sus libros, salvo los cuatro que encontré en el refugio y que no entendí demasiado: solo conozco la llanura pedregosa, el deambular y la lenta pérdida de la esperanza, soy el retoño estéril de una raza de la que no sé nada, ni siquiera si ha desaparecido. Quizá en algún lugar la humanidad resplandece bajo las estrellas, ignorando que una hija de su sangre termina la vida en medio del silencio. No se puede hacer nada.

Me parece que estos pensamientos deberían hacerme llorar, pero solo me brotan las lágrimas cuando pienso en Théa, una mujer a la que he conocido. No soy capaz de llorar por lo que ignoro.

Todas las noches reuníamos un gran montón de madera seca y le prendíamos fuego. Allí asábamos salchichas que comíamos con mostaza, habíamos encontrado algunos tarros, y con tortas de harina cocinadas en las brasas. Estábamos tranquilas y cansadas: creo que durante un momento la nostalgia de mis compañeras se calmaba y podían disfrutar del gran silencio de la llanura, del murmullo perpetuo de la hierba. No teníamos prisa por dormir, escuchábamos el viento que, suavemente, soplaba siempre la misma nota. Salvo la potente voz de soprano de Rosette, es la única música que he escuchado.

A veces, cuando volvía hacia el grupo sentado alrededor del fuego, me embargaba una gran emoción: el baile de las llamas en la noche, las siluetas de las mujeres descansando, las voces ligeras entrelazadas o la voz débil de Denise, que llevaba a través del llano lamentos de otros tiempos... Todas estas cosas me emocionaban, comprendía lo que Théa llamaba la belleza, de la que su mundo había sido tan pródiga, al parecer.

A los cuatro meses, tomamos el camino de vuelta. Habíamos trazado un gran círculo, de modo que solo necesitamos un mes para volver al pueblo. Sentíamos algo de aprensión, pero nadie había muerto. La madera prometida para las nuevas construcciones estaba lista y nos pusimos a trabajar. Disfruté mucho. Habíamos encontrado dos lugares excelentes en los que instalarnos si decidíamos abandonar el emplazamiento actual, pero me parecía que no lo haríamos, pues las mujeres estaban contentas en sus nuevas casas y no se querían marchar hasta agotar las reservas de la cámara. No obstante, cuando se terminaron las casas, hice una expedición rápida con Théa al emplazamiento más próximo: el río era amplio, rico en hierbas acuáticas, con un fondo de arcilla que, según me dijo, podría servir para fabricar ladrillos. Y había toda la madera necesaria para nuestras construcciones.

—No sé si te has dado cuenta de que ya no nos quedan muchos árboles —me dijo—. No crecen tan deprisa y quizá nos quedemos sin madera antes de quedarnos sin carne.

Poco después de nuestra vuelta, Augusta anunció que no se encontraba bien. Tenía desvanecimientos, pérdidas de memoria y una gran impresión de agotamiento que no se le pasaba descansando. No creía tener más de sesenta o sesenta y cinco años, pero en su familia no eran muy longevos, nos dijo, y quería que cuando llegara el momento no la dejáramos sufrir ni deteriorarse como había pasado con Marguerite.

—¿Qué pretendes que hagamos? —exclamó Théa—. Entiendo perfectamente lo que quieres y, si tuviera jeringas y medicamentos, te prometería lo que quisieras, pero ¿aquí?

—Siempre hay cuchillos —dijo Augusta—. Sabes cómo encontrar el corazón.

No hizo falta. Pronto entró en coma y murió en tres días, pero la idea se fue abriendo camino en la mente de Théa. Se acordaba de Marie-Jeanne, que se había colgado en el sótano.

—A veces me acuerdo de ella y es una idea que me corroe. Se marchó sola, en medio de la noche, quizá el dolor le arrancaba gritos mientras preparaba la soga. Es como si la hubiera abandonado. Augusta tenía razón: sé

dónde está el corazón y cómo clavar un cuchillo para que deje de latir. Creo que si otra de nosotras empieza a sufrir como Marie-Jeanne, será mi deber hacer lo necesario, pero tengo miedo de ser demasiado cobarde.

—Enséñame, yo sí podré. No soy como vosotras.

Trece años después de salir decidimos mudarnos, porque casi no quedaba carne. Había habido otras muertes y ya solo éramos treinta y dos, pero todo había sido rápido o tranquilo y no me había visto obligada a cumplir mi promesa. Con los pocos árboles que nos quedaban y las ruedas de los carros fabricamos carretas que cargamos con las mesas y las sillas. Nos instalamos a tres semanas de marcha del primer pueblo y construimos diez casas: la primera, tan grande como pudimos. Las otras, más pequeñas, pues solo alojarían a unas pocas mujeres. Fue un trabajo duro y, naturalmente, nos dio mucho placer. Nos habíamos convertido en buenas carpinteras y los tejados cada vez eran mejores. Incluso logramos hacer excelentes ladrillos con la tierra del lecho del río y, aunque nuestras paredes no siempre eran muy rectas, se sostenían. Intentamos plantar jardines ante las puertas, reuniendo algunas de las escasas plantas silvestres que daban flores, pero siempre se morían, por mucho cuidado que pusiéramos en regarlas.

Germaine, Théa, Francine y yo vivíamos en la misma casa. La mayor parte de las mujeres vivían en pareja, salvo Denise, Annabelle y Laurette, que vivían las tres juntas, pero cocinábamos y comíamos a la vez, alrededor de las mesas reunidas en un gran cuadrado. Cuando terminamos de construir el pueblo, lo que nos llevó algo más de un año, nos sentimos amenazadas por el ocio. Algunas mujeres se aficionaron a trabajar la madera y salí varias veces de expedición para encontrarles otras maderas o troncos más gruesos. A veces encontraba una rama hueca y se la llevaba a Rosette. Hubiera querido tallar una flauta, pero nunca logró resultados que le parecieran satisfactorios. Ninguna de nosotras conocía técnicas sencillas, como la alfarería o el arte de reconocer las plantas, y Théa decía que incluso un paisaje tan pobre como el nuestro debía ofrecer a una persona creativa más recursos de los que se nos ocurrían a nosotras. Por ejemplo, las hierbas acuáticas que habíamos utilizado para construir, quizá, tras un tratamiento adecuado, nos hubieran dado un hilo para tejer o hacer punto. Francine recordaba que había que oxidar el lino, pero ¿cómo se hacía eso? También se nos ocurrió dejar sumergida la madera durante mucho tiempo para poder doblarla, pero nuestros ensayos no dieron resultado y, tras algunas decepciones, abandonamos.

Poco a poco, la inutilidad del esfuerzo fue apagando los impulsos. Teníamos techo y comida garantizados, unos metros de tejido para satisfacer

el pudor, unos kilos de jabón negro para la higiene: moriríamos una tras otra sin haber entendido nada de nuestra historia y, con el paso de los años, los interrogantes fueron perdiendo filo. En los sótanos la luz seguía encendida y no me resignaba a morir sin entenderlo. ¿De dónde venía la electricidad? En alguna parte habría una central, me había dicho Théa. ¿Estaba totalmente automatizada? ¿Quedaba alguien haciéndola funcionar sin saber por qué? ¿Algún día se detendría y la carne se pudriría en las cámaras? Ya nadie se imaginaba un salvador apareciendo y las escasas preguntas sin respuesta solo hablaban de nuestro fracaso. No me atrevía a decir que quería seguir andando, explorando, tenía la impresión de que me tomarían por loca.

No era desesperación, Théa me había explicado que era un sentimiento violento que produce grandes crisis de emoción, sino más bien un estado de ánimo apagado. Ya no había esas grandes charlas sobre cualquier cosa, ni la alegría nerviosa de otros tiempos. Durante el año que tardamos en construir el nuevo pueblo, recuperaron algo de vivacidad, pero desapareció de nuevo. Se volvieron lentas, nunca se apresuraban con ninguna tarea, pues había tan pocas que preferían hacerlas durar. Eso las hacía parecer viejas. Nada era lo bastante importante como para alzar la vista, así que caminaban encorvadas. Las últimas pasiones se habían apagado, el pelo encanecía, el deseo de vivir parecía haber abandonado los corazones. Habíamos sobrevivido a la prisión, a la llanura, a la pérdida de las expectativas: las mujeres descubrían que sobrevivir solo es postergar el momento de morir. Seguían comiendo, bebiendo, durmiendo: en algún lugar, en la sombra, fueron creciendo abandonos, renunciadas silenciosas y la muerte hizo su trabajo. Adelgazaron, las arrugas excavaron los rostros mortecinos, llegaron los ahogos, el dolor de riñones, las piernas hinchadas. Elizabeth tuvo hemorragias, Germaine, dolor de vientre y Anna tuvo una hemiplejía.

Ya no podía hablar, tenía un ojo cerrado y otro suplicante. Todas sabíamos lo que nos estaba pidiendo y Théa era un mar de lágrimas incapaz de hacerlo.

—Me dijiste que podrías —murmuró sin atreverse a mirarme.

—Lo haré —le dije.

No entendía bien: si Anna lo deseaba y no podíamos ofrecerle ningún otro alivio, ¿por qué era tan difícil de hacer? Creo que ahora que he llorado lo comprendo, pero no puedo estar segura porque, aunque he vivido junto a ellas la mayor parte de mi vida, soy consciente de que he sido una extraña. Sin duda me faltan fragmentos de su pasado.

Me lo explicó con precisión. Había que contar las costillas, bajando desde la clavícula, luego palpar el borde del esternón y retroceder tres dedos. Me mostró en su pecho el lugar exacto en el que tendría que hundir el cuchillo, de golpe y con mucha fuerza.

—Así, cuando llegue mi turno, estarás lista.

Todas abandonaron la casa en la que Anna estaba tendida y me quedé a solas con ella. Me senté a su lado. Me miraba y vi, en lo que le quedaba de cara, que intentaba sonreír. Aparté la manta de su tórax descarnado y no tuve ninguna dificultad para contar las costillas ni para ver el borde del esternón. Puse el dedo en el lugar adecuado y sentí los latidos de su corazón, que me parecieron fuertes. Estaba claro que, si no interveníamos, podría quedarse mucho tiempo cautiva de este estado horrible. Levantó el brazo que podía mover y me acarició la cara mientras colocaba, sobre su piel, la punta del cuchillo que había afilado durante mucho rato. Fui rápida y precisa, su brazo cayó y su corazón dejó de latir.

Recibí varias veces esta caricia, la única que he podido tolerar, el agradecimiento silencioso de una mujer que recibía la muerte de mi mano. Ninguna quería soportar el dolor y creo que tenían prisa por morir. No sé a cuántas maté: aunque lo cuento todo, eso no lo conté. Cada vez, incluso cuando se retorcían por el dolor más agudo, vi calmarse sus rostros torturados en el momento en que iba a golpear, y no me daba pena hacerlo, pues era consciente de su urgencia y de su alivio. En el momento de la muerte confesaban por fin su desesperación y corrían, veloces, hacia las grandes puertas sombrías que les abría, abandonando sin mirar atrás la llanura estéril en donde se habían perdido sus vidas, avanzando hacia un más allá que quizá no existiera, pero preferían la nada a la sucesión inútil de días vacíos y sé que en aquel momento me amaban. Mi mano nunca tembló. Nos hicimos extrañas cómplices durante estos últimos segundos de sus vidas, en los que fui la compañera elegida, la que desataría el destino incomprensible, más cercana que los amantes olvidados, muertos en los sótanos o bajo otros cielos, más cercana que las amantes llorosas que esperaban en la puerta a que saliera, con el cuchillo envuelto en un trapo grueso que ocultaba la sangre y bajara un instante la cabeza, confirmando que todo había terminado, que el sufrimiento de la enfermedad había terminado y que, al menos para una de nosotras, la angustia se había apaciguado. Entonces podíamos entonar el canto de la muerte. Después, nos mirábamos un momento en silencio y se iban a enterrar a la muerta envuelta en una manta, la más nueva y la más hermosa de las que quedaban. Al caer la noche, la llevábamos al cementerio y la depositábamos

suavemente en el fondo de su tumba. Una tras otra, las enterramos bajo este cielo, aunque ni ellas ni yo sabíamos si era el cielo bajo el que habíamos nacido.

No tuve que detener el corazón de Théa, cada muerte la había matado un poco. Había tenido tantas esperanzas al salir del sótano, y luego el lento deshacerse, la renuncia progresiva a toda esperanza, una derrota sin lucha que lo había apagado todo. Se preguntaba cuándo habíamos comprendido que estábamos tan irreductiblemente encerradas al aire libre como detrás de la reja. ¿Fue al encontrar el segundo sótano, cuando descubrimos aterrorizadas las treinta y nueve mujeres muertas, amontonadas o tiradas de cualquier forma unas sobre otras? ¿Fue quizá la primera vez bajamos las escaleras sin esperanza de encontrar las rejas abiertas? ¿O fue cuando Marie-Jeanne se ahorcó? ¿Cuándo supimos que no teníamos futuro, que seguiríamos viviendo como parásitos de los que nos habían encerrado, deslizándonos bajo tierra para robar el alimento al enemigo desaparecido? ¿A qué se debía que no nos hubiéramos muerto de asco? Encadenaba las preguntas una tras otra y yo la escuchaba en silencio. La imposibilidad de dar una respuesta alimentaba la pena de la que se moría. Cuando ya solo fuimos seis, cuando murió Germaine, Théa ya no encontró fuerzas para levantarse, tuvimos que llevarla en andas hasta el cementerio. Utilizamos una camilla, como la camilla en la que había muerto Dorothée. Estaba tumbada de espaldas, mirando al cielo mientras avanzaba, sin dejar de preguntarse si era el de la Tierra. Había salido la luna. Las mujeres siempre dijeron que se parecía a la que habían conocido, pero ya no estaban seguras de poder confiar en sus recuerdos. Théa veía peor, arrugaba los párpados con obstinación inútil. Cuando llegamos, Germaine estaba ya en su tumba y Laurette la velaba. Rosette había fallecido ya, pero las mujeres se habían aprendido el canto y sus voces revolotearon mucho tiempo sobre la llanura, pues lo repitieron varias veces. Yo nunca he cantado. No lo hacíamos en el sótano y luego ya era demasiado tarde, tenía la garganta bloqueada. Tampoco podía gritar, solo producía un sonido ronco y cascado, que no llegaba muy lejos. Ignoro si sigo siendo capaz de hablar. Por supuesto, solo tendría que intentarlo, pero me parece que no quiero. ¿Qué importa ya si me he quedado muda en un mundo en donde no tengo nadie con quien hablar?

Permanecimos mucho tiempo cerca de la tumba, calladas, hasta que de vez en cuando una de las mujeres repetía las palabras terribles: «Desde el abismo en el que me encuentro, recurro a ti, Señor». Quizá no sea la traducción exacta, nadie conocía realmente esta lengua muerta cuyas palabras

arrojaban sobre una tierra casi muerta, lo que me dijeron es lo que habían entendido. Sus voces ascendían muy alto, ellas contemplaban el cielo oscuro y creo que esperaban algún tipo de respuesta, pero nada recorría la bóveda salvo el movimiento mudo de las estrellas. Luego se callaron, una tras otra. El canto al unísono se fue apagando como un fuego que se olvida y llegó el silencio, apenas modulado por el viento muy ligero que siempre sopla aquí. Solo quedaba arrojar la tierra sobre el cuerpo descarnado que casi ni se notaba bajo la manta y volver lentamente hacia el pueblo de casas vacías.

Las mujeres dejaron la camilla junto a la cama y nos dejaron solas. Instalé a Théa en el colchón, había adelgazado tanto que podía llevarla en brazos sin dificultad. La tapé con cuidado, pues ahora era muy friolera, y nos dimos las buenas noches, pero la oía llorar y no me pude dormir. Me senté en la orilla de su cama. Me pidió que le diera la mano. Sabía hasta qué punto detestaba tocar a alguien y comprendía que, si ignoraba mi repugnancia, es porque necesitaba desesperadamente ese mísero contacto.

—Ya sabes que te quedarás sola —me dijo.

Yo también lo pensaba a menudo.

—Me ocupé de ti como pude cuando eras pequeña y luego te transmití todo lo que sabía, pero pronto ya no te podré acompañar. Tengo la sensación de abandonarte.

—No puedes hacer otra cosa —dije.

—¿Cómo vivirás?

—Me volveré a marchar. Seguiré buscando. Yo no habría dejado de buscar, pero era consciente de que las mujeres no podían más.

—¿Te las arreglarás? ¿No te vas a volver loca?

—No sé lo que es volverse loca. Ya sabes que no soy como vosotras. No he conocido eso que tanto echáis de menos, o si he conocido algo, no me queda nada y no me importa. Creo que incluso con vosotras siempre estuve sola, era tan diferente... Nunca os entendí del todo, no conocía las cosas de las que hablabais.

—Eso es cierto, eres la única de nosotras que pertenece a este país.

—No. Este país me pertenece a mí. Seré su única propietaria y todo lo que hay en él será mi hacienda.

Después se quedó en silencio mucho rato. Supongo que pensaba en los tiempos de antes, cuando llevaba una vida que era capaz de comprender y que había perdido, pues a veces corrían lágrimas por sus mejillas, que yo secaba suavemente. Aparte de eso, no nos movíamos, sentía latir su corazón desordenadamente, incluso en su mano. Había aprendido a conocer este tipo

de latido que se va debilitando, parece que se para, vuelve a comenzar, pero no hay esperanza, la vida no es tan tenaz. No estaba segura de que Théa llegase al alba. En un momento de la noche, me preguntó si podría abrazarla.

—Tengo tanto frío.

Le pregunté si quería otra manta, inclinó la cabeza y sonrió débilmente.

—Necesito que me abracen.

Me costó un esfuerzo que con seguridad pude ocultar. Me tumbé junto a ella, posó la cabeza sobre mi hombro y la abracé fuerte contra mí.

—Te he querido tanto —me dijo.

Se durmió así, con un sueño ligero, y creo que soñaba, pues a veces se movía levemente. Murmuraba cosas confusas. Empezaba a amanecer cuando se calmó del todo. Respiraba muy dulcemente. No tenía miedo de dormirme y permanecí atenta a su vida que se apagaba. No supe en qué momento dejó de respirar, estábamos tan tranquilas y silenciosas las dos, y la muerte a veces es tan discreta, llega sin ruido, solo se queda un momento y se marcha con su presa. No distinguí el cambio. Cuando estuve segura de que todo había pasado, me quedé mucho tiempo estrechándola contra mí, como ella había querido.

Es todo lo que podía hacer.

Ya solo quedábamos Francine, Denise, Laurette y yo. Unos meses más tarde, Francine tropezó dentro de la casa y se rompió las piernas. Théa me había hablado de las fracturas en las mujeres mayores y que no cabía esperar una curación. Francine estaba tan mal que ni siquiera quiso que intentáramos levantarla o ponerla cómoda. Me pidió que le atravesara el corazón inmediatamente, no quería sufrir ni un minuto más de lo necesario. La dejé sola con Denise y Laurette mientras iba a comprobar que el cuchillo estaba lo más afilado posible. A mi vuelta, las dos mujeres se levantaron para salir de la casa y pasó algo extraño: las dos, al pasar ante mí, se detuvieron un instante y me estrecharon en sus brazos, como si me estuvieran dando las gracias por lo que iba a hacer. Me arrodillé junto a Francine, que me tomó por los hombros y me acercó para darme un beso en cada mejilla.

—Eres buena —me dijo.

Eso me conmovió. La sonreí y ella recibió el cuchillo sonriendo.

De vuelta del cementerio, Denise me pidió el mismo servicio, pero no sé por qué me resultó imposible prestárselo a una mujer todavía con buena salud, aunque era consciente de la pena que la embargaba. Tuvo que esperar tres años, cuando se quedó casi paralítica, como Anna, salvo que su rostro no estaba afectado y podía hablar.

—¿Querrás ahora?

—Ahora es diferente. Lo tengo que hacer.

Y así me quedé sola con Laurette. Era la más joven de las mujeres y no me parecía que su muerte se acercase. Aunque me había acompañado de expedición varias veces, no sentía simpatía espontánea por ella, pues era un poco gruñona y se quejaba fácilmente. Cuando nos quedamos solas, su carácter cambió. Nunca protestó por mis decisiones y, la verdad, hubiera hecho falta mucha imaginación para protestar por lo que estoy llamando, indebidamente sin duda, mis decisiones, pues si decía que había que ir a buscar carne al sótano más cercano, o lavar la ropa, o encender el fuego, siempre era porque la provisión de carne disminuía y la ropa estaba sucia. Me pareció que se dejaba guiar enteramente por mí: se desinteresaba totalmente de su vida.

Una mañana que volvía al pueblo cargada de latas de conserva me sorprendió su aire ausente. Estábamos en la estación más seca, había colocado el banco delante de la puerta y la encontré allí sentada con los ojos perdidos. Hacía años que veía mal: ahora estaba mirando a lo lejos sin arrugar siquiera los párpados, aunque decía que eso la ayudaba a distinguir mejor las cosas. Tenía las manos sobre los muslos, pero al revés, con las palmas al aire, como si se hubiera olvidado de darles la vuelta, lo que la hacía parecer extraña, tan abandonada, una mujer que habían dejado allí tirada sin cuidarse de arreglarla, como quien tira la ropa al suelo de cualquier forma y sale corriendo. Tenía los muslos un poco separados. Antes, cuando estábamos en la prisión, Laurette era flaca, como todo el mundo, luego había engordado y siempre se quejaba de no poder refrenar su apetito, aunque desde la muerte de su amante, Aline, había perdido el interés por la comida y había adelgazado mucho, pero sus posturas eran las de una mujer corpulenta que, al juntar las piernas, no consigue que se toquen las rodillas a causa del grosor de los muslos, como si su cuerpo no pudiera reconocer su estado actual. Su vestido arremangado mostraba unas carnes agostadas y frágiles. Yo misma le había cosido el vestido, reuniendo meticulosamente los retales más sólidos de las túnicas menos desgastadas y me había mirado mientras lo hacía como si no comprendiera realmente por qué me esforzaba tanto. Luego se había puesto el vestido y recuperó un instante la razón para darme las gracias. Siempre habíamos sido estrictas con la cortesía, incluso cuando estábamos en el sótano, sin duda para desmarcarnos de los guardias y su látigo.

Me acerqué a ella sin dejar de hablar para no asustarla. Le decía que había traído sopa, que enseguida comeríamos, que había traído también jabón

porque casi no nos quedaba.

—Pero tenía razón, lo he registrado todo una vez más y no queda nada de hilo, no voy a poder zurcir tu vestido.

Antes usábamos el pelo para coser, pero ya casi no nos crecía, lo llevábamos corto y ralo.

Mientras hablaba, pensaba que tendría que hacer una expedición, pues nos íbamos a quedar también sin jabón, pero no dije nada. En realidad, solo hablaba para hacer ruido, estaba un poco asustada por su expresión vacía, tan ausente que parecía que estaba durmiendo con los ojos abiertos. Se sobresaltó ligeramente, volvió la cabeza hacia mí y, como ya me había dicho antes, seguramente no vio más que un bulto indiferenciado.

—Ah, eres tú, la pequeña. —Como si no recordase que solo quedábamos nosotras dos—. Eres muy amable, me parece que no te sirvo de nada.

Dije unas palabras para tranquilizarla y entré para encender el fuego. Me siguió lentamente, se quedó de pie junto a mí, como si me mirase trabajar, pero no supiera cómo ayudarme.

—¿Crees que me queda mucho de vida? —me preguntó.

Su tono era tranquilo y uniforme, era una pregunta ordinaria, escucharía la respuesta y luego se pondría a pensar en otra cosa. Este desinterés por sus propias preocupaciones solo podía anunciar la muerte.

Las mujeres siempre me llamaron «la pequeña» y ahora que estoy sola desde hace tanto tiempo y no tengo otro nombre, sigo teniendo la confusa impresión de ser la más joven, aunque no quede nadie con quien compararme. Recuerdo el tiempo en que era furiosa y despreciativa, cuando creía que se burlaban de mí, que yo no sabía nada y ellas lo sabían todo, y al ver cómo Laurette me preguntaba como si fuera el oráculo se me encogió el corazón. Estaba allí, con los brazos caídos, sin saber qué hacer con su cuerpo.

—¿Te sientes enferma?

Tardó tanto en contestar que parecía que se hubiera olvidado de la pregunta. Estaba como asombrada, reflexionó con dificultad e inclinó la cabeza.

—Estoy cansada. Pero todo el mundo está cansado ¿no?

Todo el mundo: nosotras dos.

—Sí, todo el mundo —dije tranquilamente.

¿Por qué recordarle que todo el mundo había muerto, si lo había olvidado?

El fuego había prendido. Puse los troncos. Luego lo cubrí y tomé una cacerola. Elegí dos latas de sopa de tomate, Théa me había enseñado a leer las etiquetas y tuve la agradable sorpresa de ver que eran de las que llevaban

albóndigas. Laurette se quedaba junto a mí, como si no supiera hacer otra cosa. Me pareció que se tambaleaba. Era algo muy leve, no estaba segura de lo que había visto, quizá su aire perdido me lo hizo pensar, pero como dejó de vivir poco tiempo después, es probable que tuviera realmente dificultades para mantenerse en pie. La llevé suavemente a una silla, la senté a la mesa y le puse delante un plato y un vaso.

—En unos minutos, comemos.

—Si quieres...

La miré atentamente: su rostro era absolutamente inexpresivo y sin duda fue mi propia preocupación lo que me hizo pensar que parecía perdida. Tenía los ojos velados, los brazos colgando. Quise colocárselos sobre las rodillas y eso me recordó el gesto que tantas veces había repetido, cruzando los brazos de una muerta sobre su pecho y cerrándole los ojos, así que me retuve. Pero al mismo tiempo me di cuenta de que estaba segura de que se estaba muriendo.

¿Así, de pie, sin estar enferma? Lo que se vencía no era el cuerpo, sino el alma, cada vez más cansada de mover los músculos, de hacer latir el corazón, de realizar todas las tareas de la vida, el alma que no se alimentaba de nada desde hacía tanto tiempo, que había visto morir a sus hermanas, que ya no tenía más compañera que una mujer que no la amaba y a quien no amaba. ¡Qué pena!, me dije, ¡qué pena! Había vivido veinte o veinticinco años de su destino legítimo y luego habían tenido lugar hechos dementes y había recorrido caminos incomprensibles, entre extranjeras tan desamparadas como ella misma. Había intentado amar a pesar de todo. Intenté recordar a Aline, una mujer animada e impaciente que me decía: «¡Vete a jugar!» cuando la molestaba y que luego se sentía muy mal por habérmelo dicho. Habían vivido en pareja en una casita, sus peleas eran ruidosas y se reconciliaban con grandes promesas: en algo hay que entretenerse. Me senté delante de Laurette, sinceramente habría querido decirle algo útil, algo que la alimentase, pero en realidad ¿qué le podía dar en esta tierra estéril, entre el silencio y la soledad, si yo misma era ignorante y estéril? ¿Por qué habría deseado vivir? No hacíamos nada, no íbamos a ningún sitio, no éramos nadie.

—¿Sabes? —le dije—, quiero salir a explorar, no quiero terminar mis días aquí, comiendo latas que luego cagaré un poco más lejos.

Alzó la vista. Se veía que intentaba realmente comprender lo que había dicho. Entonces, para ayudarle, repetí:

—Me voy a explorar.

—Pero si no hay nada —dijo extrañada—, solo los sótanos.

Estaba esforzándose mucho para pensar.

—Ni siquiera hay estaciones.

—Eso no lo podemos saber, nos hemos desanimado enseguida. Apenas buscamos durante dos años.

—Era por las viejas. Nos teníamos que parar todo el rato para que se pudieran morir tranquilas. Y a veces tardaban mucho en morir. Mejoraban una y otra vez y creíamos que se recuperarían.

—Quiero volver al camino. No soy vieja.

—Espera un poco, no voy a tardar mucho.

Me entendía. Las dos sabíamos que era incapaz de arreglárselas sola, que no tendría fuerzas para conseguir comida en el sótano o para buscar leña para el fuego, que no la podía abandonar.

La sopa estaba caliente. Comimos en silencio, luego me fui a lavar los platos al río. Cuando volví, estaba sentada de nuevo en el banco, esperándome. Luego esperaría el sueño para tumbarse en el colchón y dormir. Y dormiría esperando el momento de despertar.

No le deseaba la muerte, pero ¿cómo le iba a desear que siguiera viva? A lo largo de la tarde me ganó varias veces la impaciencia. La idea de que iba a ser libre me exaltaba. Para calmar los nervios, me puse a calcular lo que necesitaría. Tomaría una de las mochilas más grandes y llevaría quince días de víveres, dos mantas, pues me había acostumbrado a dormir en un colchón y temía que el suelo me pareciera demasiado duro. Más tarde, cuando me hubiera adaptado de nuevo, tendría suficiente con una y mi carga sería más cómoda de llevar. Necesitaría muchas cerillas, una pala pequeña y unas botas. No tenía que olvidar el jabón. Mi vestido estaba en muy mal estado, pero acabaría encontrando tela e hilo, pues pasaría por muchas garitas en las que rehacer mis provisiones. Tenía que estar atenta a las botas, llevar exactamente mi número, si quería caminar durante mucho tiempo. Ya había pasado por un problema de ampollas, antaño, y hacía años que solo llevaba sandalias. Nunca encontramos calcetines y la piel de mis pies se había reblandecido, pero sabía que se endurecería rápidamente.

Iba y venía, ocupándome activamente de las escasas tareas de nuestra vida, pero mi mente estaba en el camino. Repetía una y otra vez lo que tendría que llevar, recapitulando, enumerando, repitiendo, hasta el punto de que me sentía muy nerviosa. Pronto hice todo lo que había que hacer: el suelo estaba barrido, los colchones aireados, las mantas sacudidas, no había nada que guardar ni que lavar. Salí y me senté en una silla delante de Laurette. Ella miraba al cielo, hacia donde pronto se pondría el sol, y su mirada estaba más vacía y apagada que nunca. Respiraba con regularidad. Sus manos estaban de

nuevo sobre sus muslos, con las palmas hacia arriba, y podía ver una pequeña arteria latiendo en el borde exterior de su muñeca: regular, nítida, vigorosa. Por eso creo que no murió de nada físico, simplemente se había desolidarizado de ese cuerpo infatigable que hubiera seguido funcionando durante años. Salvo los ojos. Me oyó llegar, murmuró algunas palabras, tan débilmente que no las entendí, pero tampoco tenía ganas de pedirle que las repitiera. ¿Qué me podía decir? ¿Sobre qué nos podríamos comunicar que tuviera el más mínimo interés? Hacía bueno, no llovería esta noche, el sol se estaba poniendo... Ni le interesaba decírmelo ni a mí escucharlo y solo había intentado hablar conmigo por amabilidad, para manifestar que estaba contenta de mi presencia, lo cual probablemente no era del todo cierto. ¿Qué podía darle, salvo comida y bebida para prolongar una existencia que ya no deseaba?

—Sí, claro —le dije.

Le pareció suficiente. Estábamos de acuerdo, pero no sabíamos sobre qué. Quizá solo estábamos de acuerdo sobre la evidencia de que no nos unía nada, así que nos quedamos en silencio.

Ya no miraba el cielo: Laurette me fascinaba. Me parecía que desaparecía en ella misma, que se hundía cada vez más profundamente en su interior. Al principio, todavía tenía un poco de expresión, la línea de un intento de sonrisa para recibirme, una sombra de cansancio, una débil mueca cuando un insecto se posaba sobre su mano. No se había movido, espanté al bicho con un gesto, pero ella ni se enteró. El sol empezaba a bajar, iluminaba bien su rostro, de frente, sin sombras: no había nada que ver, salvo la piel distendida que cubría tejidos todavía vivos, un modelo orgánico con relieves y oquedades, diferentes de los de una llanura o una colina, que la mirada podía explorar, pero sin conocer nada más que su configuración. Hubiera podido tocarla, pasear mis dedos sobre sus mejillas, pero ¿se habría dado cuenta? Hubo un momento en que todo se quedó congelado, veía la pequeña arteria de la muñeca latiendo, pero estaba segura de que Laurette estaba muerta. Respiraba suavemente, de acuerdo con un automatismo regular que no conseguía detenerse, pero ya había dejado de pensar. Théa me había explicado lo que era un electroencefalograma: el suyo habría sido plano. Sentada en el banco, frente al sol poniente, su alma se perdió entre sus circunvoluciones cerebrales, en los entresijos y rincones misteriosos de la memoria, y entonces viajó hacia atrás, buscando un universo que tuviera un sentido, perdiéndose por los laberintos, poco a poco disminuida, atenuada, borrándose sin ruido y apagándose tan progresivamente que no era perceptible la transición entre la

pobre y pequeña llama y las tinieblas. El sol había llegado al horizonte, la luz rasante dibujaba con mucha claridad su muñeca y entonces vi que ya nada palpitaba bajo la piel blanca. Suspiré profundamente. Mi último vínculo se había desanudado.

Me quedé mucho tiempo mirándola, luego la tumbé sobre el banco, le crucé las manos sobre el pecho con cuidado de que mirasen hacia abajo. Los párpados se habían caído sobre sus ojos casi ciegos, así que no tuve que ocuparme de eso. No tenía ningún motivo para esperar: tomé la azada y me fui a cavar detrás de la casa grande, donde estaban las demás. La noche era muy clara, como siempre cuando el cielo está sin nubes, aunque no haya luna llena. No tendría que cavar muy hondo, ya que ningún animal intentaría desenterrar los cadáveres. Tampoco me importaba dejar un montículo o una señal que indicase que allí descansaban los restos de un ser humano. Yo me acordaría y ¿a quién más se lo iba a decir? La fosa estuvo lista en una hora. Ahora tenía que llevar a Laurette hasta allí, ya lo había pensado mientras cavaba: estaba sola y, por muy flaca que estuviera, me parecía que no podría cargar con ella. La idea de llevarla en el carro no me gustaba nada: era muy corto, sus piernas colgarían de forma grotesca y quería transportarla con dignidad. No dejaba de darle vueltas, pero no se me ocurrió la idea hasta que volví a buscarla, cuando vi la gran mesa que había construido tiempo atrás. La colocaría en equilibrio sobre el carro y luego pondría a Laurette encima, envuelta en la mejor de las mantas que quedaban. Fue muy difícil, los años de vida sedentaria habían disminuido mi fuerza física. Tuve que recurrir a toda mi obstinación. La noche ya estaba avanzada cuando estuve lista para llevar a Laurette hacia su tumba. Corté algunas flores silvestres y las coloqué alrededor de su rostro, como hacían las mujeres. Estaba pálida y apacible, no parecía más muerta que cuando su corazón seguía latiendo y la vida ya no le interesaba.

Empecé a empujar el carro. Tenía que parar constantemente, quitar piedras, barrer el suelo, el entierro de una mujer por la última de las mujeres que quedaban fue una lenta procesión funeraria. Paraba, me agachaba, me levantaba: me acordé de las descripciones de peregrinaciones que había escuchado, de esas mujeres que daban vueltas alrededor de las iglesias de rodillas, por el perdón de sus pecados. Nunca había entendido demasiado bien de qué hablaban, pero me sentía como parte de un antiquísimo ritual de aquel planeta del que procedía y que me resultaba tan ajeno.

—Ya está —le dije al cadáver de Laurette cuando llegamos—, casi hemos terminado.

La tomé en mis brazos con toda la delicadeza posible, me incomodaba menos que tocar a una persona viva. Me pareció muy pesada y me resultó difícilísimo colocarla en la tumba sin tropezar, pero lo logré. No quería cubrirla de tierra, aplastar su rostro apacible y el cabello blanco que había alisado cuidadosamente. Deslicé la gran mesa hasta el suelo y arranqué las patas. Luego la coloqué sobre la fosa. Igualé la tierra alrededor y retrocedí. Era una hermosa tumba rectangular, nítida. Sin duda, la intemperie, por muy moderada que fuera, blanquearía la madera, pero allí quedaría y Laurette podría convertirse tranquilamente en polvo.

Me fui a acostar. Después de tanto trabajo, pensé que me dormiría como un leño, pero estaba demasiado excitada por la idea de marcharme. Hacia las tres de la mañana no aguantaba más, me levanté y encendí el fuego para calentar agua y me puse a organizar el equipaje. Cuando éramos treinta o cuarenta siempre había que contar con las ancianas, que caminaban lentamente y no podían cargar mucho, pero yo era fuerte y decidí salir con tres semanas de víveres. Era más de lo que necesitaría antes de llegar a otro sótano. Con el paso de los años, habíamos encontrado seis cantimploras de metal, las llené de agua, pues los ríos no eran fáciles de localizar, a veces hacían falta varios días de marcha de uno a otro. Théa me había dicho que la carne daba fuerzas y, al enterrar a Laurette, había visto que mi resistencia había menguado. No había suficientes latas de carne, así que decidí sacar algo de la cámara y hervirla mucho rato para que se conservara mejor.

Estábamos instaladas a cinco kilómetros de un sótano de hombres y, como de costumbre, habíamos cerrado el portón, pobre ceremonia con la que nunca dejábamos de cumplir. Cuando saqué la carne, quise echar una última mirada a los compañeros muertos de los diez años que había pasado aquí. Con el tiempo, el olor se había disipado, pues la ventilación seguía funcionando y, de sótano en sótano, me había acostumbrado al espectáculo de los cuerpos tumbados en desorden, ahora momificados. Esta vez uno de ellos retuvo mi atención. Estaba sentado aparte, lejos de la puerta cerrada. ¿Habría querido aislarse del grupo enfurecido que, hasta el último aliento, había atacado la cerradura o habría muerto el último, después de haber dado el golpe de gracia, como yo había hecho tantas veces, a los que ya no aguantaban más y no conseguían dejar de vivir? Había doblado un colchón para apoyar la espalda y dos a los costados, de modo que estaba sentado muy erguido, con el cuerpo bien sujeto. Me pareció que había muerto orgulloso, con la cabeza alta, los ojos abiertos de par en par sobre el tránsito sombrío, lleno de orgullo y desafío. Di la vuelta a la reja y me acerqué a él: por muy poco que quedase de

su cara, tuve la impresión de que había sido agraciado, la barba oscura y la piel apergaminada no ocultaban la armonía de los rasgos. Tenía los puños cerrados, uno junto a otro sobre las rodillas. Quizá así murieran los guerreros de otros tiempos, con las armas en la mano, mirando de frente al destino. Su torso estaba semidesnudo, vestido con una túnica desgarrada, veía la osamenta fuerte de un hombre que habría sido vigoroso. Un largo estremecimiento de pena me recorrió, a mí, una mujer que no supo nada de los hombres, ante este ser que quiso superar el miedo y la desesperación para entrar, rígido y furioso, en la eternidad. Me fui con un suspiro.

Subí lentamente, pues sentía una extraña nostalgia que tiraba de mí hacia atrás. No volvería a bajar a ese sótano. Seguro que vería unos cientos más, eran innumerables, pero en este, al que había bajado tantas veces a buscar provisiones, nunca me había detenido para contemplar los cadáveres momificados y ahora uno de ellos había llamado mi atención. Había pasado desapercibido entre sus compañeros y, cuando por fin lo descubría, me tenía que marchar. En otra vida hubiera podido conocerlo, no era muy viejo, hubiera podido ser un amigo de mi padre, o mi propio padre, porque no cabía duda de que tuve un padre. O bien un amante. Pero de él solo conocía la intención de morir dignamente, sentado y erguido, apartado de sus semejantes, fuera del tumulto de miedos y gritos que envolvía a los demás. Era un solitario, como yo, un orgulloso, y me marchaba sin saber más de él que su último proyecto. Al menos, eso me llevaba: había querido hacer frente al destino hasta el final y alguien lo sabía. Mientras viviera, mi recuerdo de él viviría también, quedaría un testigo de su orgullo y de su soledad. Me detuve, dudé un instante y volví abajo para mirarle otra vez, no había nada nuevo por descubrir en su rostro de pergamino. Sentía una tristeza profunda, me dije que quizá antes, en los tiempos de los humanos, así se abandonaba el cuerpo de un amante muy querido, intentando grabarlo plenamente en la memoria. No sabía nada de él, pero tampoco sabía nada de mí misma, salvo que un día yo también moriría y que, como él, me construiría un soporte que me mantuviera erguida, mirando al frente hasta el último momento, cuando la muerte hubiera vencido mi mirada, sería como un monumento de orgullo alzado con odio frente al silencio.

Me marché a mi pesar. Al volver al pueblo, puse la carne a hervir. No me podía dormir para alimentar el fuego. Iba a salir el sol y seguía sin tener sueño. Cuando estábamos encerradas, era obligatorio dormir. Luego aprendí que era necesario para encontrarse bien y también que convenía vivir al mismo ritmo que las demás. Ahora estaba sola. Ya nadie dependía de mí, mi

forma de ser ya no podía molestar a nadie. Tenía total confianza en mi cuerpo, que me pediría sueño cuando lo necesitara, no tenía ninguna razón para acostarme si no lo deseaba. Me podía marchar. Me calcé, cargué con la mochila y partí. Ni siquiera tenía obligación de apagar el fuego, de cerrar la casa, de guardar lo poco que dejaba allí. Solo tenía que elegir una dirección.

Me dirigí hacia el sol, porque el cielo era muy bello por ese lado. No había nubes y desde hacía tiempo me gustaba mirar cómo se desplegaba el día. Caminé sin apresurarme, con paso ligero, que podría mantener durante mucho tiempo. Tomé puntos de referencia en el paisaje para no caminar en círculos y empecé un viaje que esperaba mantener mientras tuviera vida, aunque no sabía lo que esperaba de él. Subí la larga pendiente suave que iba hacia el este y me di la vuelta cuando llegué arriba. Contemplé las diez casas del pueblo, que tanto había disfrutado construyendo. Detrás de la más grande se encontraba el cementerio donde había enterrado a Théa. Solo ahora reconozco lo que sentía por ella, la confianza que se había ido asentando lentamente, la preferencia constante y la alegría cada vez que la encontraba al volver de una expedición eran sin duda signos de lo que las mujeres llamaban amor. Ahora ya no tenía a nadie a quien amar.

Desde el principio conté mis pasos. Los latidos de mi corazón habían sido mi unidad de tiempo, los pasos serían mi unidad de longitud. Me habían dicho que un paso medio tiene setenta centímetros y que un metro tiene cien centímetros. Cuando las mujeres hablaban de longitudes o de distancias siempre hablaban en metros o kilómetros, de modo que tenía tendencia a usar las mismas nociones. Muy pronto me pareció absurdo. Esos términos tenían un sentido para ellas, pero no para mí, ya no tenía por qué usar un lenguaje común con nadie. Una hora de marcha es lo que tenía sentido para mí, no era necesario que me pusiera a convertir mis pasos en kilómetros. Contaría las distancias en tiempo de marcha. Me basaba en la confianza que me inspiraba mi reloj interno y, en este primer día, decidí contar el número de pasos que hacía en una hora y elegir una unidad de distancia que sería mi equivalente del kilómetro. Por lo tanto, mi paso tenía que ser muy regular. El suelo era poco accidentado, con una alternancia entre subidas y bajadas suaves que no modificarían demasiado mi ritmo. Hice una primera etapa de cinco horas: había contado treinta y siete mil setecientos cuarenta y dos pasos. Me lancé a una operación de división que me parecía menos difícil desde que Théa me había mostrado cómo hacerlo, escribiendo las cifras en el polvo, pero que, no obstante, me exigía una gran concentración. Obtuve siete mil ciento cincuenta pasos por hora. Decidí comprobarlo contando una hora tras otra, y luego por

fracciones de diez minutos, y por la noche llegué a la conclusión de que estaba caminando a un ritmo regular de ciento diecinueve a ciento veintidós pasos por minuto.

Al mismo tiempo, intenté calcular la distancia que me separaba de tal o cual punto de referencia, para formarme un sentido del espacio. El paisaje uniforme me lo dificultaba bastante, tenía que contentarme con un arbusto, una pequeña roca, indicios poco elocuentes, pero a veces no estaba demasiado segura de que el arbusto que dejaba atrás no fuera el mismo que había elegido como referencia diez minutos o un cuarto de hora antes. No obstante, iba midiendo mi camino y sentí que se establecía en mi interior un sentido de la distancia, como antes había construido una medida del tiempo.

El primer día, a pesar de la noche en blanco, hice diez horas de marcha, con ese paso regular que podía transportarme lejos, y decidí parar cuando me pareció que el cansancio modificaba mi ritmo. Me preguntaba qué me obligaría a detenerme, si sería el hambre, el sueño o el aburrimiento: los estímulos a los que puede responder una persona absolutamente sola. Esta primera respuesta me satisfizo: quería crear en mi interior un contador de distancias, era mi proyecto y las condiciones para llevarlo a cabo irían marcando mis decisiones. Me detuve en el mismo momento en que sentí que mi ritmo cambiaba. Hubiera podido encender el fuego, reuniendo algunas ramitas finas y otras más gruesas tomadas de los arbustos más cercanos, pero en cuanto dejé la mochila en el suelo me di cuenta de que estaba extenuada y decidí comerme la carne hervida sin calentar. No era una comida muy buena, pero la sazónaba agradablemente la sensación de libertad absoluta. Ahora podía ver hasta qué punto había detestado la obligación de seguir a las otras mujeres y su deseo sedentario, sonreía para mí misma pensando en el inmenso camino que me esperaba. Alisé el suelo, me tumbé sobre una manta doblada en dos, me envolví en la otra y me quedé inmediatamente dormida. Tras seis horas de sueño, me desperté hambrienta, comí algo y me dormí de nuevo hasta que salió el sol. Antes de marcharme, cubrí con un poco de tierra el agujero donde había hecho mis necesidades. En ese momento me di cuenta de que estaba completamente anquilosada, me dolían las pantorrillas, los muslos y la espalda. Es verdad que nunca antes había caminado tanto tiempo seguido. No sabía qué hacer: ¿debía esperar descansando o ponerme en marcha para que el ejercicio me soltara los músculos? Me guio la impaciencia, la idea de pasarme todo el día sentada en medio de esta llanura monótona me parecía ridícula, pero como no podría contar con mantener un paso regular, ese día no mejoraría mi contador de distancias.

Por la tarde, el paisaje cambió débilmente. Las largas ondulaciones del suelo se acentuaron, había pendientes de cerca de diez mil pasos. No podía hablar de colinas, pero me excitó mucho la idea de que este cambio quizá las anunciara. Quería acelerar el paso, lo que me pareció poco razonable, dado que, aunque las agujetas no habían aumentado, tampoco habían desaparecido y pensaba que no debía ser imprudente, corriendo el riesgo de quedarme inmovilizada. El cansancio llegó antes que la víspera y no quería abusar de mis fuerzas. Estaba segura de que no aumentaría mi resistencia forzando los límites. Me detuve un poco antes de las seis y encendí el fuego. Comí mucho, tanto y durante tanto tiempo como pude. Antes de dormirme, envolví mis pies en grasa, pues estaban hirviendo. Una de las latas contenía lo que las mujeres llamaban cocido, con una capa de grasa que retiré antes de calentar el resto en la cacerola. Había observado que el contacto de esta grasa era beneficioso para la piel de mis manos, así que pensé en usarla para los pies. También me la unté en el rostro. No me dormí tan rápido como la víspera, tuve tiempo de contemplar la puesta del sol y la aparición de las primeras estrellas en el cielo pálido y terso.

Hacia la mitad del tercer día vi una garita alzándose en la cuesta siguiente. No esperaba verla tan pronto. Me detuve, me senté en la hierba rala y seca, para contemplar mi objetivo desde lejos. Era muy consciente de lo que encontraría, el cortejo inmutable de la desesperación, arriba las bisagras oxidadas, luego la escalera de un solo tramo, las puertas abiertas, la luz encendida por toda la eternidad y, abajo, las rejas cerradas, la jaula y su población de cadáveres. Bajaría, lo miraría bien todo, muy atentamente, el único homenaje posible a las víctimas, y luego cerraría el portón. No sabía si todavía tenía la esperanza de encontrar una reja abierta en algún lugar, o las huellas de otro grupo de mujeres o de hombres que hubieran podido salir y se hubieran establecido en el exterior, como habíamos hecho nosotras. Bueno, solo restos de su presencia, pues al ser la última superviviente de mi sótano, no pensaba que otros hubieran podido vivir más tiempo que mis compañeras. Creo que me lo planteaba porque estaba acostumbrada a repasar todos los aspectos de una cuestión y nunca había conocido más diversión que la de reflexionar.

El sol se estaba poniendo cuando me puse en camino. El descanso me había sentado bien, ya no tenía agujetas. Consideré que el sótano estaba a media hora de marcha y me encantó comprobar que no me había equivocado en absoluto, tardé veintiocho minutos en llegar. Dejé la mochila en la garita y bajé sin prisa las escaleras. Casi no quedaba olor, pero intenté respirar

despacio. Durante mucho tiempo, las mujeres habían hecho comparaciones: olor de alcantarilla, de marismas malsanas, de cloacas, cosas que yo no había conocido. Para mí solo se trataba del olor insípido de los cadáveres. Abajo, en el pasillo pequeño, las puertas estaban abiertas con la disposición habitual: sala de los guardias, almacén en el fondo, doble puerta de la prisión. Vi que una silla estaba volcada, una cacerola se había caído desparramando su contenido, que se había secado dejando una mancha parda: estas pequeñas huellas de desorden no eran normales y me intrigaron, pero primero tenía que ir hacia la jaula. Siempre habíamos pensado que era una obligación, incluso cuando estábamos seguras de que no encontraríamos ninguna reja abierta, teníamos que rendir homenaje a los muertos, a esos cuerpos retorcidos que estaban allí tirados de cualquier forma, habitantes definitivos del horror y del silencio.

Eran mujeres. La miré mucho rato, luego di toda la vuelta a la reja, observándolo todo bien: no había nada inesperado. Los cubiertos seguían en la jaula, lo que revelaba que la alarma había sonado mientras comían. Había un látigo en el suelo, en el lugar por el que los guardias caminaban: uno de ellos debía de tener un carácter más nervioso de lo habitual, había soltado su arma y quizá había derribado la silla al huir. El látigo estaba contra la pared, lejos del alcance de las presas, que habían intentado alcanzarlo: una de ellas estaba tumbada junto a la reja, con el brazo tendido, la muerte la había sorprendido en el último esfuerzo.

En la sala de guardias solo había las cosas habituales, las sillas, la mesa, las taquillas. Esta gente no dejaba nada a sus espaldas. Théa me había comentado a menudo su sorpresa, pero yo no entendía mucho lo que me decía: no tenía nada y no podía imaginar los objetos de los que me hablaba, libros, cartas, cigarros, naipes, hojas de afeitar. Yo viajaba con dos mantas, una pala pequeña, un abrelatas, cerillas y víveres, no me parecía nada raro que los guardias solo tuvieran su ropa y sus armas. Enderecé la silla, me senté y me embargó la tristeza. No tenía ganas de ver mujeres muertas, me había forzado a hacerlo y, salvo la que tendía el brazo, no las había visto realmente. Me dije que había sido una hipócrita y, como no tenía a nadie a quién mentir, descubrí que era posible mentirse a uno mismo, lo que me pareció muy extraño. Echaba de menos la compañía más de lo que imaginaba. ¿Quizá intentaba convertirme en mi propio testigo para engañar a la soledad? Me quedé un rato largo pensando, pero no era capaz de desarrollar la idea. Estaba tan encerrada al aire libre en esta tierra desierta como lo había estado en la jaula la primera parte de mi vida. Luego, el nudo de esta contemplación sin

salida se deshizo suavemente y recuperé el curso ordinario de mis pensamientos, que no tiene más objetivo que prever, suponer, organizar, y me fui a comprobar las reservas de comida. Era lo único que cambiaba de sótano en sótano, como si los suministros hubieran llegado a todos por igual en grandes cantidades, pero la forma de usarlos quedara en manos de los guardias. En la cámara encontré piezas muy grandes de buey y dejé que se descongelaran antes de poder cortarlas. No había ni cerdo ni cordero. En la despensa quedaban varias latas de leche en polvo, lo que me encantó. Hacía como tres años que no la probaba y sabía que era un alimento muy rico que me ayudaría a recobrar las fuerzas. Me interesé por otras latas de deshidratados. En aquella época leía muy mal y me costó mucho descifrar las etiquetas: cuando lo logré, la palabra «naranja» me dejó perpleja. Ya la habían pronunciado delante de mí y poco a poco fui recordando lo que era, con nostalgia, como una de las buenas cosas del pasado. Diluí un poco de polvo en agua y la probé con interés: me pareció un poco agrio, hubiera debido añadir azúcar, pero no la encontraba con frecuencia. No obstante, Théa me había hablado de vitaminas y me llevé las latas pensando que mejorarían mi régimen.

Hice varios viajes para subir la carne, las latas de comida deshidratada, un colchón y una silla. Me preparé una comida abundante y tuve la excelente idea de echar un poco de leche en polvo sobre la mezcla de verduras y carne. Después estuve durmiendo mucho rato. Al despertar, me di cuenta de que ya no tenía nada que hacer allí. Me sentía vagamente decepcionada, como si hubiera esperado algo más de aquel sótano, como si hubiera olvidado que todos eran parecidos. El próximo también tendría la reja cerrada, pero tenía pocas posibilidades de volver a encontrar leche. Quizá hubiera encontrado alguna otra cosa nueva: las mujeres hablaban de chocolate, de pan, de queso, pero yo buscaba otra cosa. Me dije que, a la espera de saber qué era, pues era modesta hasta el punto de no pensar en ello «antes de encontrarlo», obtendría placer de la carne roja que podía asar en mi fuego de ramas, y también de la leche, de la que bebí toda una cantimplora.

Hacia las ocho de la mañana me encontraba muy bien. Bajé a buscar algunas latas para sustituir a las que me había comido en los días anteriores y ver si encontraba hilo, algo que había olvidado la víspera. Cuando estuve lista para marchar, mi mochila estaba mucho más cargada que al llegar: no me pareció demasiado pesada, ahora era más fuerte. Pensé en llevarme un colchón, pues se dormía mucho mejor que en el suelo, pero me dije que debía

ser prudente y que podría pensarlo dentro de unos días, en el próximo sótano, cuando estuviera adaptada a mi nueva vida. Quizá ni siquiera lo necesitaría.

No inscribí en el suelo los signos habituales, ya no tenía ninguna fe en encontrar supervivientes, pero abandoné el colchón delante de la garita. Así, si volvía a pasar por allí, reconocería mis huellas.

Me parece haber relatado fielmente lo que encontré en el primer sótano, pero no puedo estar segura. De lo que sí estoy segura es de que en aquel encontré leche, pero ya no recuerdo en cuál había té. ¿En el quinto? ¿En el décimo? Todos se parecían, con sus cuarenta cadáveres momificados (solo una vez encontré treinta y ocho) amontonados o separados. Solo una vez encontré a todas las mujeres tumbadas tranquilamente, como si hubieran comprendido que la muerte era inevitable y hubieran decidido esperarla en silencio. Otra vez encontré el manojito de llaves en el suelo, a dos metros de la reja, y pensé durante mucho tiempo en el horror que hubiera sido verlas y no poder alcanzarlas. A veces había un grifo abierto, un pequeño ruido de agua que me sobresaltaba cuando lo escuchaba, pero ya estaba muy lejos de la esperanza de encontrar una reja abierta. Siempre encontraba las reservas de comida y la luz encendida por toda la eternidad. Fui de un sótano a otro, transportando mis provisiones, siempre hacia el este, y al final nunca cargué con un colchón. Mi calzado se desgastó, pero no me preocupaba, estaba segura de encontrar botas de mi número. Llegó la temporada en la que el cielo estaba encapotado, con la fina lluvia que ya conocía, y me encantó encontrar una lona impermeable en una de las salas de guardia. Estaba doblada sobre la mesa, junto a un lote de mantas nuevas sin guardar. Me volví a preguntar sobre los escasos objetos inusuales en los sótanos, era como si obedecieran al principio de que debían ser perfectamente idénticos unos a otros. Estaba por sumirme de nuevo en la eterna reflexión sobre los guardias y el sentido de nuestro encierro y, en un primer movimiento, me quise encoger de hombros y pensar en otra cosa, pero enseguida pensé: ¿por qué? ¿En qué otra cosa ocuparía mi mente? Cuando salimos del sótano, Dorothée decía: «Debemos organizar nuestra vida, no desperdiciar nuestros pensamientos». En realidad, los podía utilizar como quisiera, para mí la idea de desperdiciar no tenía ningún sentido. Mi supervivencia estaba garantizada, no podría consumir toda la comida de la que disponía y vivir al aire libre nunca me había puesto enferma: podía dejar que mis pensamientos se dispersaran como quisieran, no importaba si seguían caminos que no llevaban a ningún sitio, simplemente podía abandonarlos. Desde luego, nunca encontraría el sentido de nuestra deportación y nuestro encierro a través del examen de los objetos

abandonados y el látigo olvidado en el suelo no me enseñaba nada útil. En todos los sótanos había lo mismo, incluso para los guardias.

Incluso para los guardias: nunca había formulado esta idea con tanta claridad. Estas palabras venían una y otra vez a mi cabeza y me empezaban a agobiar cuando por fin el pensamiento tomó forma: habíamos comprendido que no nos querían dar ningún indicio sobre nuestro encarcelamiento y sobre el hecho de que nos mantuvieran con vida, pero siempre habíamos pensado que los guardias sí lo sabían. ¿Y si hubieran sido tan ignorantes como nosotros? ¿Y si hubieran estado obligados a realizar una tarea cuyo sentido alguien no quería que entendieran? ¿Y si, al hacer todos los sótanos iguales, quienes dirigían este negocio intentaran suprimir toda información tanto para ellos como para nosotros? Esta hipótesis me dejó electrizada, sentí cómo andaba con más alegría y me puse a reír. Me daba perfecta cuenta de que solo estaba añadiendo una pregunta más a las que ya tenía, pero esta era nueva, lo que, en el mundo insensato en el que vivía, en el que sigo viviendo, era una felicidad.

Seré la única propietaria de este país, había dicho a Théa poco antes de su muerte, pero sabía que las piedras y las neveras eran un tesoro mediocre. Tenía el proyecto de descubrir: cosas, quizá, la famosa central eléctrica de la que hablaban siempre las mujeres, el lugar de donde venían las órdenes que regían nuestras vidas, cualquier cosa nueva, y pensar que los guardias no sabían nada era una idea nueva, no había nada que me pareciera más valioso. Hubiera querido celebrarlo. Como vivía a mi aire, caminando, comiendo y durmiendo a mi ritmo, no podía inventar nada excepcional, pero aquella noche encendí el fuego y asé la carne con alegría. Me prometí felices sueños para la noche, pero no sé si los tuve. Pasaba las noches muy acompañada, me despertaba con el oscuro recuerdo de haber estado riendo y jugando con mujeres y con hombres, pero nunca conseguía arrancar nada más preciso a mi memoria. Me sigue pareciendo asombroso, porque cuando estoy despierta no me olvido de nada.

Tras entender que los guardias solo eran, después de todo, víctimas de otro tipo, estaba lista para el extraño encuentro que me esperaba. Caminaba hacía un año, siempre hacia el sol naciente. El paisaje había cambiado un poco, las largas ondulaciones del terreno se habían convertido en colinas y siempre las subía con esperanza. Los ríos más profundos permitían nadar y siempre lo hice con gran placer. Descubrí nuevas especies en los bosques más espesos. Examiné con cuidado los arbustos, pues recordaba que las mujeres habían hablado de frutos silvestres, fresas, moras o frambuesas, todas de

sabor excelente, pero nunca vi nada que se pareciera a su descripción. Una sola vez vi lo que me parecieron champiñones, pero no los comí, pues habían dicho que podían ser venenosos. Al salir del bosque, me sorprendió la configuración del suelo.

Un largo valle se extendía ante mí, cubierto de la vegetación rala habitual y de guijarros, pero se veía claramente una banda de terreno de aspecto diferente: la hierba era más rala todavía, casi no había piedras. Era como una tira estrecha que se extendía sin interrupción hasta la colina siguiente. Las mujeres habían hablado de carreteras. ¿Sería una de ellas? Bajé hasta esa especie de camino y decidí seguirlo, aunque no fuera hacia el este, ya que solo había elegido esa dirección para no andar en círculos. Caminé un día y medio antes de llegar a la cima de una larga colina poco elevada: en cuanto pude ver la bajada, descubrí el autobús.

Digo autobús, pero es evidente que al principio no comprendía lo que estaba mirando. Estaba a una media hora de distancia, apenas podía ver una masa rectangular en medio de la llanura y no había visto nunca un autobús, solo tenía los relatos de las mujeres y ninguna me había dado descripciones precisas de cosas que para ellas eran evidentes. Solo sabía que era un vehículo que podía transportar a mucha gente.

El corazón me latía a toda velocidad cuando bajé, corriendo tan deprisa que llegué en diez minutos. Me tropecé una o dos veces, porque no podía apartar los ojos de mi objetivo: una gran estructura oxidada de diez pasos de largo y dos veces mi altura, atravesada sobre unas ruedas más o menos rotas, con ventanas por todas partes. Cuando llegué a medio camino vi las siluetas sentadas y casi me detengo de golpe, pero me recuperé inmediatamente. Me acerqué, dejé caer la mochila y me quedé un momento inmóvil, intentando asimilar lo que veía. Reconocí una puerta con su manilla, quise girarla, pero se me quedó en la mano. Los cristales estaban rotos. Tiré de la puerta y se abrió, cayendo inmediatamente sobre sus goznes. Subí lo que quedaba de los escalones y entré en el habitáculo.

Con los años, los cadáveres de los sótanos se habían momificado, pero estos se habían convertido en esqueletos, vestidos con el uniforme que había conocido tan bien, equipados con sus armas y con curiosas máscaras que ocultaban los huesos de la cara. Estaban sentados normalmente, como si la muerte hubiera aparecido de golpe y se hubieran deslizado sin saberlo desde el último latido de su corazón hasta la inmovilidad definitiva en la que nada, durante años, los había perturbado. El conductor estaba en su asiento, sus manos aferraban el volante cuando murió y allí se quedaron. Al entrar en el

autobús, provoqué un ligero movimiento de polvo que cayó a mi alrededor mientras yo estaba ahí congelada, estupefacta. Hice maquinalmente lo que hacía en los últimos años, que se había convertido en la estructura misma de mi mente: me puse a contar. Había veintidós pasajeros en los veinticuatro asientos repartidos de dos en dos a lo largo de un pasillo central. Había, pues, veintitrés cuerpos. Cada uno llevaba un paquete, bien sobre las rodillas, bien en el suelo, entre los pies. Incrédula, lo comprobé con atención: no se veía ningún signo de agitación, nada que indicase que esperasen un peligro. El autobús se había detenido en mitad de la llanura y todo el mundo se había muerto allí mismo.

Me quedé mucho tiempo mirando a mi alrededor, dejando que mi curiosidad agitada encontrara su ritmo. Ya sabía que no sacaría nada: este mundo extraño en el que vivía apenas había tenido la bondad de añadir algunas preguntas más a las preguntas sin respuesta que ya tenía. Eran las cinco y el sol había empezado a bajar cuando me puse en movimiento.

Lo primero eran los paquetes: había explorado más de cien sótanos, pero nunca había visto estos paquetes de grueso tejido rígido, con correas y argollas de metal. Tomé uno. La impaciencia se apoderó de mí mientras lo llevaba al exterior, estaba tensa, mi corazón latía con furia. Intenté calmarme, me decía que no habría nada extraordinario dentro, pero no me lo terminaba de creer y mis dedos temblaban mientras deshacía los nudos.

Encima de todo había una prenda de vestir cuidadosamente doblada, de un tipo que nunca había visto: mangas largas, cuello rígido, cinturilla. No estaba cortado en el tejido que conocía, sino en un paño grueso, pero bastante flexible, con pinzas, bolsillos —la palabra me vino a la cabeza rápidamente—, costuras dobles y partes con relleno. Acostumbrada al algodón ligero que flotaba con el viento, me pareció que debía de ser desagradable llevarla. Sin duda era una chaqueta, algo de lo que habían hablado las mujeres, pero que en el sótano los guardias no llevaban nunca.

Debajo había varios objetos. Empecé por un paquete más pequeño, hecho con papel grueso. Es evidente que no comprendí a la primera que se trataba de papel, ya que nunca lo había visto, pero no voy a contar las dificultades que tuve para reconocer y nombrar todas estas cosas, pues sería muy monótono y no me produce placer, tendría que repetir siempre lo mismo. Deshice el paquete con cuidado, era frágil y estaba a punto de deshacerse: solo contenía un polvo marrón, inodoro e insípido, probablemente, un alimento seco. Luego saqué, de un bolsillo de cuero flexible, un instrumento muy raro que tuve que examinar de cerca para distinguir una cuchilla muy fina fijada entre dos

láminas de metal, todo ello montado en un mango fácil de sujetar. No era posible usarlo para cortar, salvo que se retirase la cuchilla. Tardé mucho tiempo en adivinar que era una cuchilla de afeitar. El tercer objeto era una botella de cristal, que aparté porque me interesaban mucho más dos piezas de tejido bien doblado, grueso y suave, grandes rectángulos blancos: pensaba que eran esas toallas que las mujeres añoraban tanto y sin las que podía vivir perfectamente, pero podría hacerme ropa limpia para sustituir mi vestido hecho harapos. También había dos bragas, aunque luego recordé que para los hombres se llamaban calzoncillos.

Debajo había un libro.

Théa me había enseñado el alfabeto y los rudimentos de la lectura trazando letras en la arena. Entonces le aburría mucho, porque no sabía para qué me serviría saberlo, pero yo insistí: tenía demasiado poco que aprender como para desperdiciar conocimientos. Tenía palabras en la cabeza para cosas que nunca había visto, y mucho menos tocado, como estaba haciendo ahora. Reconocí inmediatamente un libro y me emocioné tanto que tuve como un mareo. Creo que si hubiera estado de pie me habría caído. Tenía en la mano el más precioso de los tesoros, una de las fuentes en las que beber los conocimientos de un mundo al que nunca tendría acceso. Como siempre, cuando me embargaba la emoción, me puse a contar: el título, escrito en grandes caracteres, tenía veintitrés letras, distribuidas en cuatro palabras de las que tres empezaban por mayúsculas. Lo miraba sin intentar descifrarlo, la excitación, la impaciencia y el cansancio eran una combinación letal, que me volvía nerviosa y tonta, ya no sabía a qué curiosidad abandonarme primero: a la de seguir registrando el paquete o la de saber de qué trataba el libro, y tuve que hacer un gran esfuerzo para controlarme. Como el sol estaba muy bajo en el horizonte y pronto no vería nada, decidí dejar el libro para más tarde, pero los nervios me hacían ser más torpe y dejé caer la botella, que había colocado sobre mis rodillas. Fue casualidad que no se rompiera, pues aterrizó sobre la chaqueta y pude atraparla antes de que se fuera hacia las piedras. Eso me tranquilizó y dejé el libro a un lado para después. Volví a la mochila, pero fue una decepción, ya solo quedaba una manta parecida a las que ya tenía. Tomé de nuevo la botella: no era grande, como medio litro de un líquido claro como el agua, y nadie la había abierto. Examiné mucho rato el tapón y dejé para más adelante la tarea de retirarlo: estaba agotada. La vida regular que llevaba, caminando de ocho a diez horas todos los días en el desierto, no me había preparado para esta cabalgata de emociones, temblaba de cansancio y ni siquiera tuve fuerzas para hacerme de comer. Abrí la manta, la extendí por el

suelo para que se airease y me envolví en la mía. Ni siquiera me di cuenta de que me estaba quedando dormida y cuando me desperté bruscamente comprendí sorprendida que eran las tres de la mañana. Encendí el fuego y puse la comida a calentar. Cuando salió el sol, estaba en el autobús.

Primero saqué todos los bultos y los puse en fila junto a la carcasa oxidada. Luego hice lo mismo con los cuerpos. Reducidos como estaban a un esqueleto, me parecieron asombrosamente ligeros. La ropa que llevaban me interesaba mucho: me preguntaba si el pantalón de paño ligero y la camisa con hombreras que había visto llevar a los guardias en el sótano serían más cómodos que mi vestido. Uno de los muertos había sido flaco y delgado, así que decidí guardar su ropa y probármela después de haberla lavado. Guardé las armas en dos montones: los látigos, que ya no chasquearían, y las grandes pistolas que nunca desenfundaban en el sótano, pero cuyo uso me habían explicado. Intenté probarlas, tomé una, apunté y apreté el gatillo. No pasó nada y pensé que no estaba cargada. Luego me acordé de que estas armas tenían un seguro y pensé que quizá estaba puesto, pero no hubiera sabido cómo quitarlo. Luego seguí registrando los paquetes y no me sorprendió encontrar en todos exactamente lo mismo: una chaqueta, dos calzoncillos, un paquete de comida (uno de ellos, menos estropeado, tenía restos blanquecinos, secos, que crujían entre los dedos, pensé que era pan, ese alimento tan común que nunca he probado), la manta, la hoja de afeitar y el libro. Ni siquiera necesité descifrar el título para darme cuenta de que era siempre el mismo. No me entretuve, porque temía que me entraran de nuevo los nervios que la víspera me habían hecho caer dormida como un plomo. Mientras terminaba de recoger, me preguntaba cómo es que nunca, en ninguno de los sótanos, encontramos pan. Sigo sin saberlo.

A las doce, todo estaba en orden, los veintitrés esqueletos alineados uno junto a otro, los pantalones, las camisas, los calzoncillos cuidadosamente apilados, las mascarillas y las armas en tres montones bien organizados. Examiné de cerca las mascarillas y me acordé de las historias que habían contado las mujeres: eran máscaras de gas. Me pregunté qué había matado a aquellos hombres: no había sido el gas, las mascarillas los hubieran protegido, pero nosotras habíamos salido unos minutos después del fin de la sirena y no nos había pasado nada.

Me alcé y me estiré, me dolía la espalda de haber estado inclinada tanto tiempo, examiné mis posesiones un rato largo antes de poner a calentar la comida. De repente, era propietaria de gran cantidad de bienes, yo, que tenía la costumbre de vivir sin tener nada, y me sentía desbordada. Comí, mirando

mis esqueletos. Habían sido los guardianes de lo insensato, haciendo respetar unas consignas cuyo sentido ignoraban, ellos mismos sujetos a unas reglas incomprensibles, y quizá ni siquiera sabían más que nosotros dónde estaban. La muerte los había sorprendido en el autobús, pero ¿sabían a dónde iban? Desde la sirena, no habíamos visto señal de los guardias y habíamos pensado que se los habían llevado a todos a otro lugar. ¿Por qué estos estaban aquí? Las únicas hipótesis que puedo imaginar no me vinieron hasta mucho tiempo después: estaban haciendo un trayecto rutinario entre dos sótanos, se iban a dormir o bien acababan de llegar y los llevaban al lugar donde tendrían que trabajar, no habían sido informados del peligro. Las mascarillas indicaban que esta tierra no era segura, pero lo que los mató no estaba previsto. Nuestra cárcel era la única en la que la sirena había sonado con las rejas abiertas y eso nos había salvado; ellos habían sido los únicos expuestos y eso los había perdido. Esta simetría me obsesionó durante mucho tiempo, me parecía, por alguna razón, que había en ella algún tipo de belleza oscura. Algo, alguien, en algún sitio, conocía quizá el sentido de todo esto. ¿Seguían las cosas funcionando de alguna manera? ¿Había en este planeta, del que, por mucho tiempo que caminase, nunca vería más que una parte, o en otro planeta, algún lugar en el que los sótanos siguiesen como antes? ¿Había hombres y mujeres que seguían obedeciendo al látigo, dormían y comían siguiendo un ritmo arbitrario, o quizá una niña rebelde que empezaba a contar los latidos de su corazón? ¿Era la única? ¿El planeta por el que deambulaba tendría mil de mis semejantes repartidas por el cielo estrellado y, por la noche, cuando esperaba a que llegase el sueño, mi mirada pasaba a veces sobre una lejana tierra en donde se desarrollaba la misma escena?

Tomé la decisión de enterrar los esqueletos, quería dejar claro que, nos pasara lo que nos pasara, éramos de la misma raza, la que honra a los muertos. Cavé veintitrés tumbas poco profundas y los enterré allí, luego hice un pequeño montículo sobre cada una y allí dejé las máscaras y las armas. Los coloqué en círculo, no sé por qué, me parecía mejor, con la cabeza en el centro y los pies hacia el horizonte. Tardé tres días, pues el suelo estaba seco y me cansaba. Mientras descansaba, intentaba descifrar los libros.

Era siempre el mismo: *Breve compendio de jardinería*. Allí se explicaba cómo plantar, sembrar, trasplantar, limpiar las malas hierbas, labrar la tierra, en qué estación, qué plantas y siguiendo qué orientación. Lo leí todo muy atentamente y me convertí en una experta en injertar rosales, lo que me pareció muy divertido. Había muchos dibujos explicativos que me enseñaron

cómo era una azada, un bulbo de tulipán y muchas otras cosas que nunca había visto y que nunca vería.

Leí el libro una y otra vez. Estaba adquiriendo unos conocimientos totalmente inútiles, pero me resultaban placenteros. Era como un adorno para mi espíritu, lo que me hizo pensar en las joyas, los objetos con los que las mujeres adornaban su belleza, cuando la belleza todavía servía para algo.

Al quinto día todo estaba en orden, había elegido dos pantalones, dos camisas, una chaqueta, varios calzoncillos, todas las toallas que pude cargar y el resto, bien doblado y envuelto en las mantas, se quedó sobre los asientos del autobús. Armé de nuevo la mochila, solo algo más pesada, porque me había comido el contenido de muchas latas, y de repente me acordé de las botellas, que había olvidado completamente. ¿Era ahora tan rica que podía abandonar una parte de mis bienes? Tenía que ponerme en marcha, pues mi provisión de agua disminuía, era urgente encontrar un río o un sótano para rehacerla, pero podía tomarme algo de tiempo para descubrir lo que había en las botellas. No tenía instrumentos para abrirlas, me puse a deshacer el tapón con la punta del cuchillo, lo que fue difícil y me tomó mucho tiempo. Luego pude verter algo de líquido en mi vaso. El olor era raro, fuerte y poco agradable al olfato. Moje un dedo y lo chupé: tampoco me gustó. Tomé un sorbito, que me tragué prudentemente, pero me quemó la garganta y me dio ganas de toser: como esperaba, era alcohol. Primero sentí despecho, pero luego recordé que el alcohol tenía virtudes medicinales, sobre todo para limpiar las heridas y aturdirse en caso de grandes dolores. Mis heridas, nada más grave que arañazos en las piernas cuando no era lo bastante prudente al pasar junto a los espinos, no se infectaban nunca. No obstante, me pareció juicioso llevarme una botella. Guardé las otras en el autobús.

Antes de marcharme, contemplé un rato la escena que dejaba a mis espaldas: el autobús comido por la herrumbre, carcasa en medio del desierto que se iría destruyendo lentamente con el paso de los siglos, las tumbas en círculo, adornadas con las mascarillas y las armas, el silencio apenas turbado por el susurro eterno del viento. Todo me pareció increíblemente extraño, siniestro y conmovedor. Sentí el peso de lo inexplicable, de mi vida, de este universo del que era el único testigo. No tenía nada que hacer, salvo seguir andando. Un día moriría. Como los guardias.

Seguí el camino.

No se usaba desde hacía veinte años y, en algunos lugares, por muy rala que fuera la vegetación, lo había tapado la hierba, tenía que subirme a una colina para distinguir la cinta pelada en el paisaje. Me llevaba al sudoeste. Me

preguntaba si llegaría a algún sitio. Lo lógico era que sí, si es que había alguna lógica en este mundo. En el autobús había dos plazas libres. ¿Iba el conductor a buscar tres guardias, uno de los cuales se quedaría de pie, o bien llevaba a los viajeros a su destino definitivo?

Caminé tres días, durante diez horas, porque me había vuelto el apresuramiento. Había hecho una pausa muy larga y estaba acabando mis provisiones cuando avisté una garita. Me acerqué sin emoción, segura de no encontrar, como de costumbre, más que una escalera iluminada, las puertas abiertas de par en par y la reja cerrada. En la cámara, me alegró encontrar una pieza de cordero muy pequeña, que se descongelaría y cocería rápidamente. Al subir, me di cuenta de que ni siquiera había mirado la jaula y sus ocupantes. Eso me emocionó y me prometí rendirles un homenaje al día siguiente.

Esa noche tuve un sueño que quedó en mi memoria. Me encontraba sentada en el autobús, entre los guardias, que estaban vivos. No podía distinguir sus rostros a causa de la mascarilla, pero los oía hablar entre ellos. En realidad, no sé cómo suena una voz masculina, pero en mi sueño no era consciente. El autobús estaba andando. Mi situación me parecía totalmente normal, no me hacía preguntas ni sobre mi destino ni sobre mi presencia entre los guardias. Me parecía que llevaba mucho tiempo así, estaba a gusto entre los hombres y de repente recobré el delicioso éxtasis de otros tiempos, cuando me imaginaba historias que mantenía en secreto.

Eso me despertó. Estaba sola, bajo la manta, tumbada en medio de la planicie, a unos pasos de la garita. Me invadió una gran tristeza, pensaba que había habido hombres, que su proximidad podía desencadenar una tormenta exquisita y que estaba reducida, ¡pobre de mí!, a que me la dispensara el azar de un sueño. Durante unos segundos me pregunté de dónde sacaba mi apego a la vida, pensaba en todas esas mujeres a quienes la desesperación había matado mucho antes que la vejez, a Laurette, cansada de tener el alma atada al cuerpo, sentí como una tentación sorda, un deseo subrepticio de abandonar la partida, que me asustó. Me levanté, di unos pasos. La noche era clara y el cielo inmenso, colina tras colina, todavía tenía que recorrer miles de kilómetros. Mi curiosidad, que había quedado un instante dormida, recuperó la fuerza.

Al día siguiente, volví a bajar y me senté delante de la reja. Era uno de los pocos sótanos donde los ocupantes habían mantenido la dignidad hasta el final. No había montones horrorosos de cuerpos torturados, estaban tendidos, cada uno en su colchón, tumbados como para dormir. Quizá alguno de ellos

había tenido un gran ascendiente sobre los demás, los había convencido de que los gritos y el terror no servirían para nada, que había que resolverse a morir y aceptar el destino sin combates inútiles. Todo estaba en orden, pero aparte de los cuerpos derrumbados en todos los sentidos, ¿qué desorden puede sembrar aquel que no posee nada? Ante los cadáveres, me embargó una especie de serenidad: habían muerto tranquilamente y viajarían a la eternidad en posturas apacibles. Entonces me pregunté cómo moriría, si sería de noche, durante el sueño, y quedaría definitivamente tumbada en la llanura, expuesta al débil viento que soplaba sin cesar, o si me pondría enferma y tendría que sufrir dolor. Me volví a acordar de las pistolas y pensé en el seguro, me dije que habría tenido que investigar más, que habría encontrado una forma de utilizarlas, pues podía ocurrir que deseara morir. Podía regresar al autobús, pero la idea me desagradó profundamente, no quería volver sobre mis pasos cuando tenía una carretera por delante, era joven, vigorosa, tenía tiempo para este tipo de precaución. Además, todavía me esperaban sorpresas, seguro que habría algo más que garitas en esta estepa.

Llené una de las grandes cacerolas y dejé la ropa hirviendo durante mucho tiempo en el infiernillo de los guardias. Cuando me pareció que estaba limpia, subí y la puse a secar al sol sobre la hierba. Tardé todo el día.

Me puse de nuevo en marcha. Ahora que tenía libros y podía aprender a leer, estaba desolada de no tener lápices ni instrumentos que me permitiesen escribir, hubiera podido anotar mi ruta. Por la noche, antes de dormirme, me ejercitaba trazando letras en el polvo. Tenía las frases y las palabras del libro como modelo. Muchas me habían servido cuando hablaba, así que las reconocía y reflexionaba para imaginar cómo construir las que no encontraba. La primera fue «garita». Sabía «margarita», nombre de una flor común y fácil de cultivar, que había sido el nombre de una de las mujeres. La diferencia estaba en la primera sílaba, «mar», pero las dos palabras terminaban igual. Todos estos razonamientos me resultaban muy placenteros cuando podía seguir el hilo y me parecía que no había dejado nada atrás.

Maquinalmente, empecé a pronunciar en voz alta las palabras que intentaba escribir y mi voz me sorprendió: ahora era ronca, torpe. Sin duda, a fuerza de no usarla me había olvidado cómo era. Eso me preocupó un poco, pero me encogí de hombros. Podía olvidarme totalmente de hablar, porque nunca volvería a hablar con nadie.

Tuve momentos de nostalgia. El sueño delicioso no volvió y a veces era muy consciente de mi soledad, que ya no cambiaría nunca. Mi único placer era el placer escaso de la curiosidad satisfecha.

Seguí avanzando de un sótano a otro. Si podemos decirlo así en esta tierra que cambiaba tan poco, volvió el invierno. El tiempo era un poco fresco y a menudo llovía durante la noche. Dormía envuelta en la lona impermeable y por la mañana salía un poco más tarde, pues tenía que esperar a que se secara. Llevaba un pantalón y la chaqueta. Mientras esperaba a que el tiempo mejorase, cuando no estaba trabajando con los libros, me cosía un vestido con las toallas. El suelo reverdeció, los ríos se hicieron más profundos.

Perdí la carretera.

Cada vez era más difícil de seguir. Primero me dije que seguramente me había equivocado y la había confundido con la conformación natural del terreno. Por muy desagradable que me resultara, volví sobre mis pasos. Creí que la había vuelto a encontrar en lo alto de una colina y examiné muy atentamente el paisaje. La dirección de la que venía parecía la adecuada, así que la seguí, esperando que fuera una mera distracción. Esperé la luz rasante de la tarde sobre una colina, pues pone de relieve los accidentes del suelo, y vi la delgada cinta en la pendiente de enfrente. Al alba, al día siguiente, seguía viendo indicios, pero tras una hora de marcha ya no distinguía ninguna referencia. Decidí recorrer un amplio semicírculo de un radio de unos quince mil pasos. Durante tres días estuve yendo y viniendo y debí resolverme a pensar que allí terminaba.

La decepción fue muy grande, había puesto demasiadas esperanzas en que me llevase a algún sitio y había olvidado que, en este desierto, nada tenía sentido. ¿Quién puede hacer una carretera que desaparece de pronto? Sí, me dije, aquí lo hacen. Tuve ganas de sentarme en el suelo y llorar, pero felizmente la ira fue más fuerte y me empujó hacia delante. Tenía que elegir una nueva dirección. Primero decidí caminar hacia el este, luego el camino me había desviado hacia el sudoeste. Ahora decidí poner rumbo al sur.

Caminaba con menos energía. El camino y el autobús, que me habían dado tantas esperanzas, se habían convertido en enigmas insolubles, como todo lo demás, de vez en cuando me decía que era una cosecha muy magra para dos años de viaje. Poco a poco, mi talante vigoroso se impuso y, de colina en colina, se me ocurrió organizar un itinerario más complejo que una línea recta. Me di cuenta de que si avanzaba en línea solo exploraba una región muy estrecha y quizá me estaba perdiendo cosas a la derecha y a la izquierda. El semicírculo inútil me inspiró: dibujaría grandes arcos paralelos, separados por dos o tres horas de marcha, según mi inspiración y el aspecto del paisaje. Por supuesto, era mucho más difícil de calcular que una mera línea recta, cuando solo tenía que recordar los puntos de referencia y

dirigirme hacia ellos. Sabía que siguiendo la marcha del sol se camina en círculos, así que realicé cálculos complejos y fui experimentando sobre el terreno: seguía el sol durante un tiempo y luego enderezaba mi trayectoria. En aquella época no tenía ningún medio para trazar un mapa de mi viaje, pero por la noche lo dibujaba en el suelo con piedras y luego trataba de memorizarlo. Se me ocurrió preguntarme si los sótanos estaban dispuestos al azar o si estaban distribuidos siguiendo un plan. En la primera exploración, habíamos tardado veintiséis días en encontrar uno, pero a veces solo había tenido que caminar una semana escasa para reabastecerme. Hice varios semicírculos y luego, cuando estuve segura de poderme orientar sin problemas, empecé a caminar en zigzag, siguiendo arcos de círculo. Tras unas semanas, me di cuenta de que estaban dispuestos al tresbolillo. Siguiendo una línea recta, siempre quedaban algunos atrás. Llegué a ser capaz, desde una garita, de definir mi ruta para encontrar la siguiente, de modo que podía cruzarlas o evitarlas, según mis deseos. Nunca las evitaba: necesitara o no comida, bajaba a honrar a los muertos. Ninguna reja estaba abierta.

La casualidad que hizo sonar la alarma en el momento exacto en que el guardia metía la llave en la cerradura había sido única. A veces admiro mi destino: había sido la única niña entre tantas mujeres y precisamente en el grupo en el que las prisioneras habían salvado la vida. Durante unos años.

Esta nueva forma de controlar mi trayectoria disipó la melancolía que me amenazaba. Después de todo, había hecho un descubrimiento, así que, ¿por qué iba a hacer que me sintiera desanimada? Haría otros descubrimientos.

Hice otro.

Fue al final del día. Estaba cansada y buscaba un trozo de suelo que me pareciera agradable para hacer una pausa. Había llovido durante varias noches, pero el cielo estaba claro, así que podría contar con tiempo seco, lo cual era muy agradable, pues no había podido hacer fuego y me había comido las latas frías. Necesitaba un bosquecillo con leña que pudiera cortar fácilmente, es decir, de arbustos espinosos. Miraba atentamente a mi alrededor, pero concentrada en lo que buscaba casi no vi el montón de piedras. Estuve a punto de pasar de largo, pero me detuve, con la sensación de haber visto algo poco habitual. Me volví y vi el montón, tan evidente en la llanura uniforme. ¡Era el primer montón de piedras que veía! Tenía dos pasos de ancho y me llegaba casi a las rodillas. Nunca había visto nada parecido, como mucho, algunas piedras grandes, unas junto a otras, pero lo que estaba viendo no podía ser natural. Me quité la mochila, la dejé lentamente en el suelo, estaba casi aguantando la respiración.

Me daba un poco de miedo empezar a quitar piedras, tuve que esforzarme. Las piedras eran bastante grandes, solo podía quitarlas de una en una y me di cuenta de que podría hacerme daño. Desgarré un trozo de manta y me envolví las manos, iba más despacio, pero en mi interior no me parecía mal: tenía mucho miedo de sufrir una decepción y de que, al acabar la tarea, solo hubiera molestado a algunos insectos escondidos en la sombra. Este montón era artificial, estaba segura: si no ocultaba nada, tendría que preguntarme por qué estaba ahí y me habría enriquecido con una nueva pregunta, tesoro estéril que ya empezaba a cansarme. Este mundo era como un puzzle, solo tenía algunas piezas que no encajaban. Una vez, Théa me explicó este juego y entonces pensé que me habría gustado.

Tuve cuidado de ir quitando piedras por toda la superficie, para evitar que el montón se desmoronase. Fue largo. Tardé más de una hora en llegar a la última capa de piedras, mucho más pequeñas, que dibujaban un círculo. Tomé la pala que usaba cada noche para igualar el suelo antes de acostarme y empecé a barrer prudentemente el suelo. Estaba de rodillas, como los peregrinos de otros tiempos, y temblaba tanto como ellos. Muy pronto, la pala tropezó con una superficie metálica.

¡Ah, la emoción que me embargó! Tuve como un estremecimiento ardiente y me atravesó un mareo. Me quedé unos segundos inmóvil, recuperando el aliento, deslumbrada y casi asustada. Dejé la pala, volví a envolverme las manos en tela para apartar los últimos guijarros. Caían de mi frente gotas de sudor y temblaba de impaciencia, pero seguí de forma lenta y metódica. En tres minutos todo quedó limpio: tenía ante mí una placa de metal, redonda, de dos pasos de diámetro, con un asa algo oxidada y apartada del centro. Tomé un destornillador para liberarla de la tierra. ¿Tendría que levantar esta placa que parecía tan pesada? Me quedé perpleja y casi desolada, diciéndome que no encontraría la fuerza para hacerlo y tiré de la empuñadura por hacer algo. Sentí que algo se movía, insistí y me di cuenta de que giraba siguiendo un eje transversal, con dificultad por el rozamiento, pero sin pedirme más fuerza de la que tenía. Se levantó en medio de un anillo de acero y vi, a medio paso de profundidad, una pequeña plataforma sobre la que podría poner el pie. Entré sin saltar, bajando suavemente, con las manos aferradas al borde. Cuando puse los dos pies, me di cuenta de que estaba en el primer escalón de una escalera muy estrecha que bajaba dando vueltas y no estaba iluminada. En aquella época no había conocido la oscuridad profunda de los lugares cerrados, ya que la luz nunca se apagaba en los sótanos, pero las mujeres habían hablado de interruptor. Pasé la mano por la pared: no lo

habían precisado, pero me parecía que se trataba de pequeños objetos situados cerca de las puertas. Empecé a bajar tanteando la pared y había llegado al tercer escalón cuando noté una pequeña placa lisa con una parte móvil. La moví y una enorme lámpara se encendió justo bajo mis pies. La pared era gris, rugosa como las de los sótanos, pero allí nunca había visto una escalera que diera vueltas, y además la luz no la controlábamos nosotras. Seguí bajando, primero deprisa, pero no había bajado diez escalones cuando empezó a darme vueltas la cabeza. Me detuve y, a pesar de mi impaciencia, me obligué a esperar unos minutos a que se me pasara ese vértigo. Cuando empecé a bajar de nuevo, el malestar volvió enseguida. Más adelante fui capaz de bajar y subir corriendo, pero esta primera vez, por mucho que me picara la curiosidad, tuve que parar varias veces. Había veinticuatro escalones de rejilla de metal. Por fin vi el suelo, del mismo material rugoso que las paredes. Una última vuelta y llegué abajo, a un pasillo de seis o siete pasos de ancho y doce de largo, tapizado de abajo arriba con estanterías cargadas de latas, botellas y paquetes de todo tipo, cerrado en el extremo por una puerta de un material muy curioso que no había visto nunca. Se abrió fácilmente y llegué a una gran sala cuadrada, que no era gris y mortecina como los sótanos, las paredes estaban totalmente cubiertas de una madera oscura y reluciente, muy bonita, y el suelo era suave y mullido. Comprendí que, por primera vez en mi vida, estaba caminando sobre una alfombra. Algunas lámparas aquí y allá emitían una luz cálida, formando conos más claros sobre una gran mesa y unos asientos anchos y bajos que inmediatamente reconocí como los objetos que antiguamente llamaban sillones. Estaba sin aliento de tanta admiración. Nunca había visto nada tan bello, porque no había visto nada bello que fuera obra del hombre. Había visto la belleza del cielo, de las nubes de formas cambiantes, de la lluvia que cae suavemente, había visto las estrellas de lento recorrido y algunas flores: aquí veía muebles, cuadros en las paredes, jarrones, una pequeña escultura... No debería usar ahora mismo nombres tan precisos, pues en el primer instante vi solamente un juego de líneas, formas y tonos armoniosos, una configuración incomprensible que me llenaba de congoja, que me daba ganas de llorar a causa de un sentimiento de paz y equilibrio que me hacía pensar en los cantos de las mujeres, antes, cuando se derramaba por el llano. Los colores resonaban deliciosamente unos con otros, armonizándose con los volúmenes y las proporciones. La cabeza me daba vueltas a causa de la bajada y me agaché, pues tenía miedo de caerme. Tras unos minutos, me pareció prudente cerrar los ojos, pero el malestar no se me pasaba, se iba acentuando, así que apoyé la cabeza sobre los brazos cruzados.

Respiré profundamente e hice algo que no hacía desde hacía años, me puse a contar los latidos de mi corazón. Me parece que este recurso a un hábito tan antiguo me calmó. No obstante, pasó más de una hora antes de que me pudiera poner a explorar tranquilamente mi nuevo reino. Intenté una vez más levantar la cabeza y abrir los ojos, pero enseguida la emoción se hacía muy fuerte, tenía que acurrucarme de nuevo hecha un ovillo y esperar pacientemente a que pasara la tempestad.

Estaba ante el pasado de la humanidad, en un lugar ajeno a los sótanos, pensado para el placer de los que allí vivían. Yo solo conocía algunas prisiones, instrumentos para abastecer las necesidades elementales, los látigos y esos colchones rudimentarios que teníamos que apilar para podernos mover. Lo que tenía delante, aunque oculto y construido bajo tierra, era una casa.

Nunca cambié nada en la disposición de esta habitación y, cada vez que usaba algún objeto, lo colocaba exactamente en el mismo lugar. Las seis sillas estaban en grupos de tres, a ambos lados de la mesa sobre la que había una lámpara con una pantalla preciosa de color ocre y una gran copa de cristal límpido. Más lejos había tres sillones colocados en triángulo alrededor de otra mesa, más baja, y una cama amplia cubierta con tejido de colores sobre la que habían dispuesto descuidadamente algunos cojines. Cuando pude volverme, vi a la derecha lo que debía de ser la cocina: un fregadero, hornillos, un armario con cacerolas y platos de porcelana blanca decorados con flores azules. Por uno de los grifos salía agua caliente y por el otro agua muy fresca. A la izquierda del fregadero, una puerta como no la había visto nunca, una simple puerta de madera pintada de blanco, que daba a una habitación mucho más pequeña, con un inodoro, un lavabo y una bañera.

Después de revisarlo todo, me senté en una de las sillas, y luego en un sillón. Me puse a reír. Había necesitado más de dos horas para que mi estupor y mi emoción se transformaran en alegría.

Había tantas cosas que revisar, tomar posesión de todo aquello era tan emocionante que no me había dado cuenta de que uno de los muebles que adornaban las paredes era un estante lleno de libros. La cabeza empezó a darme vueltas de nuevo y me quedé un rato largo mirando a lo lejos. Había leído una y otra vez el manual de jardinería, me lo sabía de memoria: sentí que mis ojos se agrandaban ante lo que había encontrado y, para superar el golpe, me puse a contar: eran diecinueve, de los que ocho eran muy gordos, de al menos tres dedos de grosor. Me acerqué: los títulos estaban impresos sobre los lomos y al principio me sentía tan intimidada que intenté descifrarlos de lejos, así que creí que no era capaz de leer. Levanté la mano,

tomé uno, que me pareció muy pesado, luego me senté y lo coloqué de pie. Estaba escrito: *Tratado elemental de astronáutica*. Lo abrí. Las páginas estaban llenas de palabras y signos extraños entre los que reconocí solamente algunos símbolos que Théa me había enseñado: «más», «menos», «multiplicado por», «igual». Creo que solo el cansancio me dio la sabiduría de no intentar llegar más lejos aquella noche. Luego supe que una parte de los otros libros trataban cuestiones profundas de la misma disciplina. Los he leído todos, una línea tras otra. No he entendido nada.

¿He entendido mejor el teatro de Shakespeare, la historia de Don Quijote de la Mancha o los libros de Dostoievski? No lo creo. Todos hablaban de experiencias que no he conocido: creo que me las arreglo mejor con los objetos (necesité varias horas de reflexión para aprender a usar el sacacorchos y abrir una botella de vino, al final lo conseguí), pero los sentimientos siguen siendo un misterio para mí. Quizá sea porque las sensaciones a las que están unidos me son ajenas o me provocan rechazo, como me lo provocaba el contacto físico, que tan importante parece para el amor. Los ojos se me siguen llenando de lágrimas cuando pienso en la muerte de Théa y en el esfuerzo que necesité para abrazarla. Intento imaginarme como una persona cálida, pero siempre llega un momento en que chasquea el látigo. Muchas de las cosas de las que me hablaron las mujeres me resultan ininteligibles: sé que había una cosa llamada dinero y que había que comprarlo todo, que resulta extraño buscar suministros en las cámaras frigoríficas sin tener que pagar a nadie, pero no deja de ser un concepto opaco y no puedo pensar en matar para obtenerlo como el pobre Raskolnikov. Es cierto que he matado para aliviar a mis compañeras y siempre me pareció que me lo agradecían. Quizá no debería estar tan segura: mi ignorancia de los sentimientos humanos es tan grande que hubieran podido detestarme sin que me diera cuenta, porque no decían nada. Tampoco entiendo que sea humillante llevar ropa gastada: es lo que he llevado siempre. Me gustaban los cantos de Rosette, supongo que habría sido más sensible a la música que a la literatura: si hay alguna grabación en la casa, y las máquinas necesarias para escucharlas, no las he reconocido.

Me di cuenta de que habían pasado cinco horas desde que, arriba, buscando un sitio para descansar porque estaba agotada, descubrí el montón de piedras. Tenía hambre. Abrí una de las latas y me comí su contenido frío. Suponía que los hornillos funcionaban perfectamente, como las lámparas, pero ya había vivido impresiones suficientes, estaba agotada y ni siquiera quise probarlos. Abrí la manta y la extendí sobre la alfombra, dejando la cama

para más adelante. Tras el remolino de emociones en el que estaba inmersa, me parecía que dormiría muchas horas, pero la excitación era demasiado fuerte, a las tres horas me desperté sobresaltada y hambrienta. Fui a la cocina, donde herví agua en una cacerola muy bonita. La puerta de la cámara frigorífica estaba a la derecha del fregadero. Me sorprendió encontrar una habitación todavía más grande que las de los sótanos, llena hasta el techo de todo tipo de carnes, pero también verduras y frutas. Cada paquete estaba cuidadosamente etiquetado: había alimentos de los que había oído hablar, pero no los había en los sótanos, como el pollo, el venado, los huevos en polvo, el tomate, el perejil, el queso y cien maravillas más a las que me fui acostumbrando. Y también el pan, que me gustó especialmente. Decidí preparar una comida de fiesta, con un pollo a las hierbas, tomates y bolitas de puré de patatas y de postre pan con mantequilla y mermelada de fresas. Lo puse todo a descongelar en la cocina. Más tarde, entendí el uso de una especie de horno que permitía calentar los alimentos en pocos minutos, aunque esta vez tuve que esperar varias horas. Estaba tan ocupada que el tiempo pasó muy deprisa. Me preparé un baño de agua caliente y, por primera vez, conocí ese lujo que las mujeres tanto añoraban. Luego se convirtió en algo habitual: cuando volvía de una expedición recuperaba el placer de sumergirme en un agua exquisitamente caliente en la que me adormecía. Había pequeñas pastillas de jabón. Todo era muy nuevo para mí y necesitaba largos periodos de reflexión: por ejemplo, la pastilla de jabón me dejó perpleja, pues solo conocía el jabón negro líquido. Me asombraba su perfume, tan poco habitual para mí, que no había conocido más olores que los de las hierbas, las escasas flores silvestres y la tierra después de la lluvia. Lo probé y arrugué la nariz: desde luego que no era comida. Luego recordé algunos relatos y me froté con él las manos, sin resultado, porque no había comprendido que antes lo tenía que mojar. Cuando lo conseguí, utilicé el jabón para lavarme el pelo. Cuando se secó me quedé asombrada de verlo tan ligero, flotante, coronando con gracia mi rostro.

¡Casi me olvido! Naturalmente, uno de los descubrimientos más asombrosos fue el espejo. Nunca me había visto. Théa me había dicho que era guapa, pero para mí eso no tenía ningún sentido y lo olvidé. Estaba fascinada y pasaba muchas horas contemplándome. No conocía mis expresiones, aprendí a qué se parecía mi sonrisa, mi cara cuando estaba seria o preocupada, y las contemplé pensando: esa soy yo.

Todavía me sigue gustando. A lo largo de los años, he seguido el progreso de las arrugas que marcaban mi frente, mis mejillas se hundieron y mis labios

empalidecieron, pero esa soy yo y siento un cierto afecto por la imagen del espejo. Debía de tener catorce o quince años cuando salimos, hace veintitrés años, supongo que ahora soy una anciana, pero me sigue gustando mirar esa cara que no sé si es fea o bonita, pero que es el único rostro humano que veo. Le sonrío amablemente y él me devuelve una sonrisa.

Abrí los armarios del cuarto de baño y encontré un montón de toallas. No había nada más. Supuse que esperaban las maletas del ocupante que nunca llegó. No había nada suyo, una lástima, porque me hubiera permitido saber algo de él.

Luego volví a la cocina, me preparé un café con leche y puse un poco de huevo en polvo en agua para prepararme una tortilla, siguiendo las instrucciones del envase. Luego abrí la cama y dormí, por primera vez en mi vida, con la cabeza en una almohada. Me gustó mucho.

Al día siguiente, comencé el inventario del pasillo. Contenía distintos tipos de herramientas y objetos que nunca supe para qué servían. Supongo que son aparatos eléctricos, no sé si listos para usar o desmontados en piezas. Las mujeres habían hablado de radios, televisiones, teléfonos, motocicletas, coches, y los libros de astronáutica me hicieron pensar que podría tratarse de material de laboratorio que nadie va a utilizar. No llevaban escrita ninguna explicación, solo encontré instrucciones en el horno para descongelar de la cocina, y así aprendí a usarlo. Pasé mucho tiempo con los objetos del pasillo, los manipulé, los volví a poner en su sitio, pues estaba segura de que mi tenacidad no podría sustituir a la información que me faltaba. Ahora todavía los miro de vez en cuando. Después de todo, no sabía realmente leer cuando encontré el manual de jardinería y, sin embargo, lo conseguí descifrar. Soy capaz de contar bien, sumar y restar, pero multiplicar y dividir sigue siendo difícil para mí. Según Théa, eso se debe a que aprendí muy tarde las tablas de multiplicar y que, para poderlas usar fácilmente, deben fijarse en la mente con pocos años. Salvando eso, no sé nada y los objetos del pasillo proceden de una civilización técnica compleja de la que no sé absolutamente nada. Las mujeres me enseñaron lo que sabían, que era poco, habían olvidado mucho y no me podían mostrar las cosas. Por ejemplo, sé que se podía tejer, y habríamos podido fabricar agujas con ramas muy rectas, pero no teníamos lana. Ahora coso cuando tengo hilo, lo que no ocurre con frecuencia. En la casa no había. Con el tiempo, se me gastaron los pantalones y las camisas, pero encontré una buena pieza de paño en un sótano y he vuelto a llevar túnicas.

Lo más valioso que encontré en el sótano fue el papel. Había varias resmas y una caja de lápices. Así es como pude, por fin, aprender a escribir. Los libros me ayudaron, incluso los que trataban de astronáutica: no era capaz de entender las matemáticas, pero había largos y prolijos capítulos de explicaciones en los que estudié formas de decir las cosas, ortografía y gramática. Examiné los esquemas incomprensibles que acompañaban a los textos, los reproduje y así aprendí a dibujar correctamente, respetando las proporciones, lo que me permitió empezar a trazar mapas de mis expediciones.

Decidí que este sótano sería mi puerto de atraque. Me hice miles de preguntas sobre su destino. No lo señalaba ninguna garita, sino un montón de piedras, era fácil pasar de largo, así que me pregunté si tenía que mostrarlo o esconderlo. Tiene más provisiones de las que he visto nunca en las cárceles, podría vivir allí indefinidamente. Me parece un sitio lujoso, pero no tengo nociones muy claras sobre el lujo. En el techo tiene las mismas rejillas de ventilación que en los otros sótanos y, cuando no hago ruido, puedo escuchar el ligerísimo zumbido que indica que todo funciona bien. La cama es muy ancha, podrían dormir varias personas en ella, y hay sitio para seis alrededor de la mesa. En la cocina hay cuatro docenas de vasos y varios tipos de platos. ¿Necesita todo esto una sola persona? Siento mucho que no haya ropa, porque no solo me habría venido bien, sino que me habría dado información. Los libros solo me han enseñado a escribir. ¿Era el refugio de un jefe o el escondite de un bandido? Sin duda soy demasiado ignorante para interpretar pistas que hubieran sido evidentes para las mujeres con las que viví, porque ellas, al menos, habían visto el mundo.

Y luego me desanimo por tantas preguntas inútiles. Lo he examinado todo, pero no sé más que al principio sobre el propietario ausente de mi casa. Ya no me preocupo por él. Sea cual fuere su proyecto, ha fracasado y su territorio se ha convertido en el mío. Ni él ni yo podemos hacer nada.

Dos meses después, me marché de nuevo a explorar. Hice más de cincuenta viajes, en línea recta o en semicírculos concéntricos. Solo encontré prisiones cerradas. Quizá haya otros lugares similares al que he adoptado como casa y no los he visto, aunque ya no me olvido de examinar el suelo, buscando con paciencia otros montones de piedras. No entiendo nada del mundo en el que vivo. Lo he recorrido en todos los sentidos, pero no he encontrado sus límites.

En mi último viaje, estaba en la cima de una colina, tenía ante mí una larga cuesta abajo y otra llanura, veía a lo lejos una garita y de repente me

desanimé. Me dije: otra escalera, la sala de los guardias, la reja y los cuarenta cadáveres momificados. Me senté y comprendí que era suficiente. En los veinte años que llevaba sin compañía, la esperanza me había mantenido alerta, pero ahora me abandonaba de golpe. Me había imaginado mil veces un sótano con las rejas abiertas, en el que los prisioneros, ebrios de alegría, hubieran podido subir, encontrado el cielo, la llanura, habrían temblado de esperanza, habrían pensado en las ciudades, en los salvadores, pero se habrían encontrado, como nosotras, en esta libertad vacía en la que había pasado mi vida. Fue como si las viera ante mí, mirándome y pidiéndome cuentas: ¿esto es lo que nos querías ofrecer? Déjanos en paz, estamos mejor muertos que desesperados. Agaché la cabeza y tomé el camino de vuelta.

Sin embargo, me he puesto a escribir este relato: aparentemente, aunque ya no tengo ni fuerza ni valor para volver a ponerme en marcha, mi esperanza apagada durante un instante no está realmente muerta. Quizá el sótano al que no fui era el bueno, o el siguiente, o bien otro más al oeste, aquella vez que giré al este. Quién sabe si algún día un hombre muy anciano o una mujer muy anciana aparecerá por aquí, verá la trampilla abierta, se asombrará, esperará y se pondrá a bajar por la escalera de caracol. Encontrará todas estas páginas sobre la gran mesa de madera, las leerá y alguien recibirá por fin un mensaje de alguien. Quizá en ese mismo momento en que, agotada, termino mis días, un ser humano camina por la llanura como hice yo, de sótano en sótano, con una mochila a la espalda, buscando tenazmente una respuesta a las cien mil preguntas que le torturan el alma. Sé que ya no podré esperar mucho tiempo, que pronto tendré que darme el golpe de gracia que mis compañeras tantas veces me pidieron, pues el dolor cada vez me deja menos respiro.

De vez en cuando, por la noche, subo y me siento fuera. Escucho. Recientemente estoy intentando gritar lo más fuerte que puedo. «Eh, ¿hay alguien?». Mi voz es ronca y débil, pero he prestado atención. Solo he oído el débil susurro de la hierba con el viento ligero. Otra vez reuní gran cantidad de ramas y encendí un fuego que se pudiera ver desde lejos. Lo alimenté toda la noche, aunque la razón me decía que no había nadie. También me dije que hay tantos sótanos que, sin duda, sin duda alguna, en algún otro la sirena sonó con la reja abierta y me dije que quizá no estuvieran todos muertos. Pasa la noche, pienso en mi vida, niña furiosa provocando al joven guardia, enfadada con mi presente como si tuviera un futuro, subiendo ligera los cien escalones, atrapada en la red de las ilusiones en medio de una llanura que se extiende interminable, mortecina bajo un cielo casi siempre gris, o de un azul tan pálido que parece moribundo (pero un cielo no se muere, soy yo quien se

muere, ya me moría en el sótano) y me digo que soy la única sobre la tierra, que no hay ni carceleros ni prisioneros, que ignoro lo que estoy haciendo aquí, dueña del silencio, propietaria de sótanos y cadáveres, me digo que he caminado miles de horas y que pronto daré mis diez últimos pasos para depositar estas páginas sobre la mesa y volver a tumbarme en mi lecho de muerte, anciana reseca con ojos que ninguna mano cerrará y seguirán mirando hacia la puerta. He gastado toda mi vida en algo que no sé qué es y que no me ha hecho feliz, me quedan tres gotas de sangre, es toda la libación que podré hacer al destino que ha decidido por mí. Luego veo el amanecer mortecino del invierno y bajo de nuevo para dormir, si el dolor me deja un respiro, en la cama tan ancha que podrían caber varias personas.

Siempre hay electricidad. A veces espero que la luz se apague de noche, que ocurra algo. Las mujeres se preguntaban de dónde venía. Nunca he comprendido bien sus explicaciones sobre centrales eléctricas, postes, cables, y nunca he visto nada parecido a lo que me intentaban describir: solo he visto el llano, las garitas y el refugio en el que estoy terminando mis días. Hace tiempo que ya no intento representarme las cosas que no conozco. He contemplado muchas veces los objetos que están en los estantes del pasillo, pero no he sacado nada en limpio. Quizá sean armas, o medios de comunicación que me habrían permitido ponerme en contacto con la humanidad. No importa. He renunciado a leer y releer los libros y tratados de astronáutica. Han pasado tan pocas cosas durante todos estos años en que he estado andando... He encontrado el autobús, he perdido el camino, he llegado aquí. Me habría muerto de todas formas: aunque hubiera tenido una vida ordinaria, como las de antes, habría llegado igual a la mañana de mi último día. A veces, a las mujeres les daba pena, decían que, al menos, ellas habían conocido una vida de verdad y yo me ponía muy celosa de ellas, pero ellas están muertas, como lo estaré yo. ¿Qué significa haber vivido cuando se ha dejado de vivir? Si no me hubiera puesto enferma, creo que me habría vuelto a poner en marcha y seguiría caminando, porque nunca he tenido nada más que hacer.

Sé perfectamente, aunque pretenda lo contrario, que soy la única persona viva en este planeta que casi no tiene estaciones. Soy la única que puede decir que el tiempo existe, pero me ha pasado por encima sin que me dé cuenta. He visto envejecer a las otras mujeres. Voy al espejo y me miro: supongo que estas arrugas que me cruzan la cara y rodean mis ojos no existían antes, pero no me acuerdo de mi cara de antes de las arrugas. Me explicaron lo que son las fotos, pero no tengo ninguna. Todo lo que sé del tiempo es que los días

pasan unos tras otros, tengo sueño y me duermo, tengo hambre y como. Por supuesto, cuento: cada treinta días digo que ha pasado un mes, pero solo son palabras, no me dan realmente la medida del tiempo. Quizá las personas que están solas no tienen tiempo. El tiempo solo se adquiere mirándolo pasar por los demás. Desde que todas las mujeres han muerto, ya solo lo veo pasar por las plantas raquílicas que crecen entre las piedras y dan las escasas flores necesarias para formar una sola semilla que caerá un poco más lejos, no mucho, ya que el viento nunca es muy fuerte, y germinará o no germinará. La alternancia de días y noches solo es un fenómeno físico, el tiempo es cosa de seres humanos. ¿Cómo podría considerarme un ser humano, si solo he conocido a treinta y nueve personas y todas eran mujeres? Pienso que el tiempo tendrá que ver con lo que dura un embarazo, el crecimiento de los niños, cosas que yo no he vivido. Si alguien me hablara, habría un tiempo, el principio y el fin de lo que me dirían, el momento en el que respondo, las palabras siguientes. La menor conversación hace nacer el tiempo. Quizá intenté crearlo escribiendo estas páginas: las empiezo, las lleno de palabras, las pongo en montoncitos, pero sigo sin existir, porque nadie las lee. Las destino a un lector ignoto que quizá no llegue nunca. Ni siquiera estoy segura de que la humanidad haya sobrevivido al hecho misterioso que decidió sobre mi vida. Pero si ese lector llega, las leerá y tendré un tiempo dentro de su cabeza. Tendrá en su interior mis pensamientos: él y yo, así mezclados, constituiremos una cosa viva, que no seré yo, porque estaré muerta, y mi lector tampoco será el mismo, tal y como era antes de la lectura, ya que mi historia, sumada a su mente, ya formará parte de su pensamiento. Solo habré muerto de verdad si nunca llega nadie, si los siglos, y luego los milenios se despliegan durante tanto tiempo que este planeta, que ya no creo que sea la Tierra, deja de existir. Mientras las páginas cubiertas por mi escritura estén sobre esta mesa, podré convertirme en una realidad en la mente de alguien. Luego todo se borrará, los soles se apagarán y desapareceré como el universo.

Porque supongo que no vendrá nadie. Dejaré la puerta abierta y mi relato sobre la mesa, donde se cubrirá lentamente de polvo. Un día, los cataclismos naturales que rompen los planetas destruirán esta llanura, el refugio se derrumbará sobre el pequeño montón de hojas bien colocadas que se desparramarán por las ruinas, sin que nadie las haya leído.

Supe que estaba enferma hace tres meses. Estaba en el aseo, antes de defecar, cuando me embargó una sensación desconocida, algo caliente corría por mi vagina, esta parte de mi cuerpo que siempre estuvo tan silenciosa que jamás pensaba en su existencia. Me incliné hacia el inodoro y vi un gran

coágulo negro, con filamentos amarillos. Antes de que me diera tiempo a asustarme, estaba perdiendo un chorro de sangre, con un dolor tan vivo que me quedé aturdida. Cuando me recuperé, estaba tumbada en el suelo y ya no me dolía nada. Me levanté sin muchas dificultades, solo me daba vueltas la cabeza, quizá a causa de la hemorragia, pero pronto pasó. Me lavé, limpié el suelo manchado de sangre y, recordando las enseñanzas de Théa, me preparé un trozo de carne roja para reparar las pérdidas.

Las mujeres habían hablado de menopausia, pero supongo que a mí no me afecta, ya que no he tenido pubertad. En cualquier caso, nada me permite suponer que no tenga útero ni ovarios, aunque su desarrollo no haya sido normal. Me quedé perpleja, pero luego me dije que la inquietud no me serviría de nada e intenté borrar de mi cabeza lo que había pasado. No soy muy hábil para este tipo de actividad mental y, aunque lo hubiera sido, no me habría servido mucho tiempo: al día siguiente había vuelto a empezar. Mis síntomas se parecían a los de Marie-Jeanne, de quien Théa decía que tenía un cáncer de los órganos genitales, la que se colgó de la reja cuando ya no soportaba el sufrimiento. No se podía hacer nada más y yo tampoco tendré otro tratamiento. Théa me había hablado de operaciones, de morfina. Quizá haya medicamentos en el pasillo, pero no soy capaz de reconocerlos y nunca he encontrado nada que se parezca a estos frascos de los que los guardias sacaban a veces pastillas blancas para la fiebre.

El dolor fue violento desde el principio y ahora es demasiado frecuente. Me duele más de la mitad del tiempo y eso me ha robado la tranquilidad en mi vida y los escasos momentos de tregua están destruidos por la debilidad. Ya no puedo subir la escalera de una vez y cuando llego arriba tengo frío. Tras un cuarto de hora de marcha tengo que descansar. Sin duda, el hecho de que ya no coma mucho no me hace bien, pero, aunque me esfuerce, tengo náuseas. Estoy acercándome al final.

Estoy completamente sola. Aunque a veces sueña con un visitante, he andado demasiado como para creer en él. Nadie vendrá, solo hay cadáveres. ¿Cómo es posible que el padre del príncipe Hamlet, si está muerto, se le aparezca y le hable? Los muertos están inmóviles, se descomponen donde los dejas y se acaban reduciendo a huesos que se desmoronan en cuanto los tocas. He visto centenares, pero ninguno ha venido a darme conversación en medio de la noche. ¡Ya me hubiera gustado! Théa intentó explicarme lo que decían que era Dios y el alma para los cristianos. Al parecer, había gente que creía firmemente en ello, incluso lo mencionan en el prefacio de uno de los libros de astronáutica. A veces me siento bajo el cielo, cuando está despejado, y

miro las estrellas diciendo, con mi voz ahora tan ronca: Señor, si estás en algún sitio allí arriba, si no tienes mucho trabajo, ven a decirme una palabra, pues estoy muy sola y será un placer. No ha pasado nada. No tengo más remedio que pensar que esta humanidad, de la que me pregunto si realmente formo parte, tenía demasiada imaginación.

No debo de ser muy mayor, si cuando salí del sótano tenía más o menos quince años, apenas tengo ahora sesenta. Las mujeres decían que, en el mundo de antes, la esperanza de vida era de más de setenta años, pero con atención médica. Allí habría tenido la regla, hijos y mi útero inútil no se habría podrido. Tengo hemorragias a menudo, se me cae a pedazos, sé lo suficiente como para no esperar curarme algún día y recuperar la salud. Desde hace un tiempo, tengo tos y dolores en el tórax: Théa me habló de metástasis. Pronto llegará el momento de intervenir. No esperaré, lo haré ahora mismo, casi he terminado mi relato y cuando ponga el punto final no habrá nada que me retenga.

Cuando entendí que estaba enferma pensé en los medios de darme muerte. No me quiero colgar y quedarme por toda la eternidad momificada colgando de una puerta. Quiero estar tumbada dignamente, como el hombre sentado entre los colchones plegados, mirando al frente, pero si el dolor es excesivo quizá tenga que vivir cosas desagradables. No me quedan ni tiempo ni fuerzas para volver al autobús a recuperar una de las armas que dejé sobre las tumbas, así que he estado afilando un cuchillo: si lo toco, me corto. La hoja es fina, plana y sólida. Sé dónde hay que hundirla para que entre muy recta entre dos costillas, llegue al corazón y lo detenga. Cuando el dolor me deja en paz, me cuesta creer que lo vaya a conseguir y cuando se desata mis dudas desaparecen.

Me tumbaré sobre la cama, colocaré los almohadones y las mantas a mi alrededor para que mi cuerpo quede bien sujeto. Todo estará perfectamente limpio y en orden. Espero que no haya sangre, sé que es posible. Quizá no venga nadie, quizá un día un ser humano asombrado, que llegue a la escalera como llegué yo hace tiempo, verá la sala de madera oscura, la cama bien hecha y una anciana sentada, con un cuchillo en el corazón y apariencia tranquila.

Es extraño que me muera del útero, yo, que nunca he tenido la regla. Yo que nunca supe de los hombres.



JACQUELINE HARPMAN (Etterbeek, Bruselas, Bélgica, 5 de julio de 1929 - 24 de mayo de 2012) psicoanalista y escritora belga en lengua francesa. Obtuvo el premio Medici en 1996, por su novela *Orlanda*.

En 2021 se publicó en español su novela *Moi qui n'ai pas connu les hommes*, con el título *Yo que nunca supe de los hombres*.

Jacqueline nació de Jeanne Honorez y Andries Harpman en Etterbeek, un municipio de Bruselas. La pareja exportaba telas y encajes belgas a las colonias del norte de África. Ella era la segunda hija de la pareja. Durante la Segunda Guerra Mundial, su familia; el padre era judío; se refugia en Casablanca, Marruecos, donde ella vivió hasta 1945. Parte de su familia fue deportada a Auschwitz durante la guerra y morirían allí.

En Casablanca y, especialmente, en la biblioteca municipal, Jacqueline se encontraría con sus dos grandes pasiones: la literatura francesa y el psicoanálisis. «A los catorce años descubrí a Freud» —cuenta—, «y tuve la completa convicción de que me convertiría en novelista y psicoanalista».

En 1941, entra en la universidad de Casablanca, donde estudió lenguas modernas, inglés y árabe.

En 1945, terminada la guerra, la familia volvió a Bélgica. Harpman completó sus estudios de secundaria y, después, inició Medicina en la Universidad

Libre de Bruselas. Pero al poco tiempo, en 1950, una tuberculosis grave la obliga a internarse veintiún meses en un sanatorio. De aquel escenario doliente brotaría su escritura. El primer texto que escribió durante su ingreso, *Les Jeux dangereux* (*Los juegos peligrosos*) quedó inédito. Los siguientes, gracias a la confianza del editor René Julliard, verían la luz en París, como posteriormente toda su obra.

Brève Arcadie (1959), *L'Apparition des esprits* (1960) y *Les Bons Sauvages* (1966), tuvieron un gran recibimiento de la crítica. Por el primero le otorgarían el premio Rossel, uno de los más prestigiosos de Bélgica. Pero la muerte de Julliard en 1962 y el desdén del nuevo director editorial por su obra hacen que Harpman interrumpa por completo la escritura. En su lugar, se vuelca en su segunda pasión: el psicoanálisis. Habrá que esperar más de 20 años para su regreso a la novela.

Mientras tanto, retoma sus estudios: en 1967 decide dirigirse, ahora sí, directa a la Psicología. Se licencia en la ULB y, unos años después, se incorpora a la Sociedad Belga de Psicoanálisis. En 1980, Harpman es una psicoanalista que dedica a la terapia psicoanalítica todo su tiempo y actividad.

Y entonces, en 1987, con 58 años, un «destello repentino» desencadena su vuelta a la literatura: cuenta que, estando de vacaciones con amigos, un quinteto de Schumann que comienza a sonar en la radio la distrae de su conversación y le proporciona súbitamente la idea para una novela. *La Mémoire trouble* será publicada por Gallimard (y después por Stock y Grasset) ese mismo año, e inaugurará un torrente de fertilidad literaria que dará nada menos que veintiséis títulos y un Premio Médicis (1996), y que terminó solo con su muerte en 2012, a la edad de 82 años, víctima del cáncer.